

Mitch Albom

Martes

con mi viejo profesor

un testimonio
sobre la vida,
la amistad
y el amor



de

Martes con mi viejo profesor es una historia real en la que el autor desgrana sus conversaciones con un antiguo profesor suyo en la universidad. Martes tras martes, profesor y alumno —cada uno en dos situaciones vitales muy distintas, al menos en apariencia— van desgranando los temas esenciales de la vida en unas clases magistrales, aunque no académicas, llenas de sabiduría y sentido para cualquiera que se haga las grandes preguntas del ser humano.

En 1993, *Martes con mi viejo profesor* fue llevada al cine por el director Mick Jackson, con Hank Azaria y Jack Lemmon como protagonistas. La película recibió varios premios.



Mitch Albom

Martes con mi viejo profesor

ePUB r1.3

Mowgli 5.12.13

Título original: *Tuesdays with Morrie*

Mitch Albom, 1997

Traducción: Alejandro Pareja

Retoque de portada: Tiver

Editor digital: Mowgli

Corrección de erratas: Lihuen,
leyendoaver, Peludus, y DiabloKhel
(¡gracias!)

ePub base r1.0



Este libro está dedicado a Peter, mi
hermano,
la persona más valiente que
conozco.

ANÓNIMO

Agradecimientos

Quiero agradecer la enorme ayuda que he recibido para crear este libro. Deseo dar las gracias por sus recuerdos, por su paciencia y por su orientación, a Charlotte, Rob y Jonathan Schwartz, a Maurie Stein, a Charlie Derber, a Gordie Fellman, a David Schwartz, al rabino Al Axelrad, y a la multitud de amigos y compañeros de Morrie. Quiero expresar también mi agradecimiento especial a Bill Thomas, mi editor, por haber llevado este proyecto con el toque preciso. Y, como siempre, mi aprecio a David Black, que suele tener más fe en

mí que yo mismo.

Y gracias, sobre todo, a Morrie, por haber estado dispuesto a elaborar juntos esta última tesina. ¿Tuviste tú alguna vez un maestro así?



Morrie Schwartz, el viejo Profesor.

El plan de estudios

Mi viejo profesor impartió la última asignatura de su vida dando una clase semanal en su casa, junto a una ventana de su despacho, desde un lugar donde podía contemplar cómo se despojaba de sus hojas rosadas un pequeño hibisco. La clase se impartía los martes. Comenzaba después del desayuno. La asignatura era el Sentido de la Vida. Se impartía a partir de la experiencia propia.

No se daban notas, pero había exámenes orales cada semana. El alumno debía responder a varias

preguntas, y debía formular preguntas por su cuenta. También debía realizar tareas físicas de vez en cuando, tales como levantar la cabeza del catedrático para dejarla en una postura cómoda sobre la almohada, o calarle bien las gafas en la nariz. Si le daba un beso de despedida, ganaba puntos adicionales.

No se necesitaba ningún libro, pero se cubrían muchos temas, entre ellos el amor, el trabajo, la comunidad, la familia, la vejez, el perdón y, por último, la muerte. La última lección fue breve, de sólo unas pocas palabras.

En lugar de ceremonia de graduación se celebró un funeral.

Aunque no hubo examen final, el alumno debía preparar un largo trabajo sobre lo que había aprendido. Aquí se presenta ese trabajo.

En la última asignatura de la vida de mi viejo profesor sólo había un alumno.

Ese alumno era yo.

Estamos a finales de la primavera de 1979, una tarde calurosa y húmeda de sábado. Somos centenares y estamos sentados juntos, lado a lado, en filas de sillas plegables de madera, en el prado principal del campus. Llevamos togas azules de nailon. Escuchamos con

impaciencia los largos discursos. Cuando termina la ceremonia, tiramos los birretes al aire y ya somos oficialmente graduados universitarios, la última promoción de la Universidad de Brandeis, de la ciudad de Waltham, en Massachusetts. Para muchos de nosotros acaba de caer el telón sobre nuestra infancia.

Más tarde, busco a Morrie Schwartz, mi catedrático favorito, y se lo presento a mis padres. Es un hombre pequeño que camina a pasitos, como si en cualquier momento una ráfaga de viento fuerte pudiera arrastrarlo hasta las nubes. Vestido con su toga de las

ceremonias de graduación, parece un cruce entre un profeta bíblico y un duende de árbol de Navidad. Tiene los ojos de color azul verdoso, chispeantes, el cabello plateado y ralo, que le cae sobre la frente, las orejas grandes, la nariz triangular y matas de cejas canosas. Aunque tiene torcidos los dientes, y los inferiores están inclinados hacia atrás, como si alguien se los hubiera hundido de un puñetazo, cuando sonríe parece como si le acabaras de contar el primer chiste de la historia del mundo.

Cuenta a mis padres cómo me porté yo en cada una de las asignaturas que

me impartió. Les dice: «Tienen aquí un muchacho especial». Avergonzado, me miro los pies. Antes de marcharnos, entrego a mi catedrático un regalo, un maletín de color cuero con sus iniciales en la parte delantera. Lo había comprado el día anterior en un centro comercial. No quería olvidarme de él. Quizás no quisiera que él se olvidase de mí.

—Mitch, eres de los buenos —dice, admirando el maletín. Después, me abraza. Siento sus brazos delgados alrededor de mi espalda. Soy más alto que él, y cuando me tiene en sus brazos me siento incómodo, más viejo, como si

yo fuera el padre y él fuera el hijo.

Me pregunta si seguiré en contacto con él, y yo digo sin titubear:

—Por supuesto.

Cuando se aparta, veo que está llorando.

El programa de la asignatura

Le llegó su sentencia de muerte en el verano de 1994. Volviendo la vista atrás, Morrie ya supo mucho antes que se le venía encima algo malo. Lo supo el día en que dejó de bailar.

Mi viejo profesor siempre había sido bailarín. No le importaba con qué música. El rock and roll, el jazz de grandes orquestas, el blues: todo le encantaba. Cerraba los ojos y, con una sonrisa beatífica empezaba a moverse siguiendo su propio sentido del ritmo.

No siempre era bonito. Pero, por otra parte, no se preocupaba de bailar con una pareja. Morrie bailaba solo.

Solía ir todos los miércoles por la noche a una iglesia que está en la plaza Harvard para asistir a lo que llamaban «Baile Gratis». Allí había luces destellantes y altavoces estruendosos, y Morrie se mezclaba entre el público, compuesto principalmente por estudiantes, con una camiseta blanca y pantalones de chándal negros y con una toalla al cuello, y fuera cual fuese la música que sonaba, aquella música bailaba él. Bailaba el *lindy* con música de Jimi Hendrix. Se retorció y giraba,

agitaba los brazos como un director de orquesta que hubiera tomado anfetaminas, hasta que le caía el sudor por la espalda. Nadie sabía que era un eminente doctor en Sociología con años de experiencia como catedrático y que había publicado varios libros muy respetados. Lo tomaban, simplemente, por un viejo chiflado.

Una vez llevó una cinta de tangos y consiguió que la pusieran por los altavoces. A continuación, se hizo el amo de la pista de baile, moviéndose velozmente de un lado a otro como un ardiente *latin lover*. Cuando terminó, todos le aplaudieron. Podría haberse

quedado en aquel momento para siempre.

Pero el baile terminó.

Cuando tenía sesenta y tantos años empezó a sufrir asma. Respiraba con dificultad. Un día, iba caminando por la orilla del río Charles y una ráfaga de aire frío lo dejó sin respiración. Lo llevaron urgentemente al hospital y le inyectaron adrenalina.

Algunos años más tarde empezó a costarle trabajo caminar. En la fiesta de cumpleaños de un amigo tropezó inexplicablemente. Otra noche, se cayó por las escaleras de un teatro y sobresaltó a un pequeño grupo de

personas.

—¡Dadle aire! —gritó alguien.

Como por entonces ya había cumplido los setenta, los presentes susurraron «es la edad», y le ayudaron a levantarse. Pero Morrie, que siempre había mantenido un contacto más estrecho con el interior de su cuerpo que el que mantenemos los demás, supo que lo que iba mal era otra cosa. Aquello era más que la vejez. Estaba cansado constantemente. Le costaba trabajo dormir. Soñaba que se moría.

Empezó a consultar a los médicos. A muchos. Le hicieron análisis de sangre. Le hicieron análisis de orina.

Le metieron una sonda por el trasero y miraron el interior de sus intestinos. Por fin, en vista de que no encontraban nada, un médico solicitó una biopsia muscular, para la que tomaron un trocito del muslo de Morrie. El informe del laboratorio indicaba la existencia de un problema neurológico, y sometieron a Morrie a una nueva serie de pruebas. Para realizar una de estas pruebas se sentó en una silla especial mientras le aplicaban descargas eléctricas (como una especie de silla eléctrica) y estudiaban sus reacciones neurológicas.

—Tenemos que analizar esto más a fondo —dijeron los médicos,

observando sus resultados.

—¿Por qué? —preguntó Morrie—.
¿De qué se trata?

—No estamos seguros. Sus tiempos son lentos.

¿Que sus tiempos eran lentos? ¿Qué significaba aquello?

Por fin, un día caluroso y húmedo de agosto de 1994, Morrie y su esposa, Charlotte, fueron a la consulta del neurólogo y éste les pidió que tomaran asiento antes de darles la noticia: Morrie tenía esclerosis lateral amiotrófica (ELA), la enfermedad de Lou Gehrig, una enfermedad brutal, despiadada, del sistema neurológico.

No tenía tratamiento conocido.

—¿Cómo la he contraído? —

preguntó Morrie.

No lo sabía nadie.

—¿Es mortal?

—Sí.

—Así que ¿voy a morirme?

—Sí, así es —dijo el médico—. Lo siento mucho.

Pasó casi dos horas con Morrie y con Charlotte, respondiendo con paciencia a sus preguntas. Cuando ya se marchaban, el médico les dio alguna información sobre la ELA, unos folletos pequeños, como si estuvieran abriendo una cuenta corriente en un banco.

Cuando salieron a la calle brillaba el sol y la gente se dedicaba a sus asuntos. Una mujer corría a meter monedas en el parquímetro. Otra llevaba bolsas de la compra. Por la mente de Charlotte corría un millón de pensamientos. *¿Cuánto tiempo nos queda? ¿Cómo nos las vamos a arreglar? ¿Cómo pagaremos las facturas?*

Mientras tanto, mi viejo profesor estaba perplejo por la normalidad cotidiana que lo rodeaba. *¿No debería detenerse el mundo? ¿Es que no saben lo que me ha pasado?*

Pero el mundo no se detuvo, no le prestó ninguna atención, y cuando

Morrie tiró débilmente de la portezuela del coche sentía que estaba cayendo en un hoyo.

¿Y ahora, qué?, pensó.

Mientras mi viejo profesor buscaba respuestas, la enfermedad se iba apoderando de él, día a día, semana a semana. Una mañana intentó sacar el coche del garaje, marcha atrás, y apenas fue capaz de pisar el freno. Así dejó de conducir. Tropezaba constantemente, de modo que se compró un bastón. Así dejó de caminar con libertad.

Seguía acudiendo al YMCA para

nadar, según su costumbre, pero descubrió que ya no era capaz de desvestirse solo. Así que contrató a su primer asistente de ayuda a domicilio (un estudiante de Teología llamado Tony), que le ayudaba a entrar y a salir de la piscina, y a ponerse y quitarse el bañador. En el vestuario, los demás nadadores fingían que no lo miraban. Pero lo miraban, de todos modos. Así dejó de tener intimidad.

En el otoño de 1994, Morrie acudió al campus de la Universidad de Brandeis, lleno de cuestas, para impartir su última asignatura universitaria. Podría habérselo ahorrado, por

supuesto. La universidad lo habría entendido. «¿Por qué sufrir delante de tanta gente? Quédese en casa. Ponga en orden sus asuntos». Pero a Morrie no se le ocurrió la idea de abandonar.

En vez de ello, entró cojeando en el aula, que había sido su hogar durante más de treinta años. A causa del bastón, tardó bastante tiempo en llegar al sillón. Por fin, se sentó, se quitó las gafas y contempló los rostros jóvenes que le devolvían en silencio su mirada.

—Amigos míos, supongo que todos están aquí para la clase de Psicología Social. Llevo veinte años impartiendo esta asignatura y ésta es la primera vez

que puedo decir que corren un riesgo al cursarla, pues padezco una enfermedad mortal. Quizás no viva hasta final del semestre.

»Si esto les parece un problema, y si desean anular su matrícula en esta asignatura, lo comprenderé.

Sonrió.

Y así dejó de tener su secreto.

La ELA es como una vela encendida: te funde los nervios y te deja el cuerpo como un montón de cera. Suele empezar por las piernas, y va subiendo. Pierdes el control de los músculos de los

muslos, de manera que no eres capaz de mantenerte de pie. Pierdes el control de los músculos del tronco, de modo que no eres capaz de mantenerte sentado y erguido. Al final, si sigues vivo, estás respirando por un tubo que te pasa por un agujero de la garganta, mientras tu alma, completamente despierta, está presa en una cáscara flácida, quizás capaz de pestañear, o de chascar la lengua, como un ser de una película de ciencia ficción, el hombre congelado dentro de su propia carne. Esto no tarda en llegar más de cinco años contados desde el día en que contraes la enfermedad.

Los médicos de Morrie calculaban que le quedaban dos años.

Morrie sabía que era menos tiempo.

Pero mi viejo profesor había tomado una decisión profunda, una decisión que había empezado a forjar desde el día en que salió de la consulta del médico con una espada suspendida sobre la cabeza.

¿Voy a consumirme y a desaparecer, o voy a sacar el mejor partido posible del tiempo que me queda?, se había preguntado.

No estaba dispuesto a consumirse. No estaba dispuesto a avergonzarse de morir.

Por el contrario, haría de la muerte

su proyecto final, el centro de sus días. Dado que todo el mundo iba a morir, él podría ser muy valioso, ¿no es así? Podía ser materia de investigación. Un libro de texto humano. *Estudiadme en mi fallecimiento lento y paciente. Observad lo que me pasa. Aprended conmigo.*

Morrie estaba dispuesto a atravesar ese puente definitivo entre la vida y la muerte y a narrar su viaje.

El semestre académico de otoño transcurrió rápidamente. El número de pastillas aumentó. La terapia se

convirtió en una rutina regular. Acudían enfermeros a casa de Morrie para trabajar sus piernas, que se consumían, para mantener activos los músculos, flexionándolas hacia delante y hacia atrás como si estuvieran sacando agua de un pozo con una bomba. Acudían masajistas una vez por semana para intentar aliviar la rigidez constante y pesada que sentía. Consultó a maestros de meditación, y cerraba los ojos y comprimía sus pensamientos hasta que su mundo se reducía a un único aliento que entraba y salía, entraba y salía.

Un día, caminando con su bastón, tropezó con el bordillo de la acera y se

cayó en la calzada. El bastón fue sustituido por un andador. Al irse debilitando su cuerpo, los viajes de ida y vuelta al baño llegaron a agotarlo demasiado, de modo que Morrie empezó a orinar en un recipiente grande. Mientras lo hacía, tenía que apoyarse, lo que significaba que alguien tenía que sostener el recipiente mientras Morrie lo llenaba.

Todo aquello nos resultaría embarazoso a casi todos, teniendo en cuenta sobre todo la edad de Morrie. Pero Morrie no era como casi todos nosotros. Cuando lo visitaban algunos compañeros suyos de confianza, les

decía:

—Escucha, tengo que mear. ¿Te importaría ayudarme? ¿No te molesta?

Con frecuencia, y con sorpresa por parte de ellos mismos, no les molestaba.

De hecho, recibía una riada creciente de visitantes. Mantenía tertulias sobre la muerte, sobre su verdadero significado, sobre el modo en que las sociedades la han temido siempre sin comprenderla necesariamente. Dijo a sus amigos que si querían ayudarlo de verdad, no debían ofrecerle su comprensión sino visitarle, llamarle por teléfono, compartir con él sus problemas, como los habían

compartido siempre, pues Morrie había sabido siempre escuchar maravillosamente.

A pesar de todo lo que le estaba pasando, tenía la voz fuerte y atractiva, y su mente vibraba con un millón de pensamientos. Estaba decidido a demostrar que la palabra «moribundo» no era sinónimo de «inútil».

Pasó el día de Año Nuevo. Aunque Morrie no se lo dijo a nadie, sabía que aquél sería el último año de su vida. Por entonces iba en silla de ruedas y luchaba contra el tiempo para decir todas las cosas que quería decir a todas las personas a las que amaba. Cuando un

compañero suyo de la Universidad de Brandeis murió repentinamente de un ataque al corazón, Morrie asistió a sus funerales. Volvió a su casa deprimido.

—¡Qué desperdicio! —decía—. Tantas personas diciendo cosas maravillosas, e Irv no pudo oír nada.

Morrie tuvo una idea mejor. Hizo algunas llamadas. Fijó una fecha. Y una fría tarde de domingo se reunió con él en su casa un pequeño grupo de amigos y de familiares para celebrar unos «funerales en vida». Todos tomaron la palabra y rindieron homenaje a mi viejo profesor. Algunos lloraron. Otros rieron. Una mujer leyó una poesía:

*Querido y amado primo...
Tu corazón sin edad
mientras te desplazas por el
tiempo, capa sobre capa,
secoya tierna...*

Morrie lloraba y reía con ellos. Y Morrie dijo aquel día todas esas cosas que se sienten y que nunca llegamos a decir a los que amamos. Sus «funerales en vida» tuvieron un éxito resonante.

Sólo que Morrie no había muerto todavía.

De hecho, estaba a punto de iniciarse la parte más singular de su vida.

El alumno

Llegado este punto, debo explicar lo que me había sucedido desde aquel día de verano en que di el último abrazo a mi profesor apreciado y sabio y le prometí que me mantendría en contacto con él.

No me mantuve en contacto con él.

La verdad es que perdí el contacto con la mayoría de las personas que había conocido en la universidad, entre ellos los amigos con los que tomaba cervezas y la primera mujer a cuyo lado me desperté una mañana. Los años que pasaron tras la graduación me endurecieron hasta convertirme en una

persona muy diferente del graduado orgulloso que había salido aquel día del campus camino de Nueva York, dispuesto a ofrecer al mundo su talento.

Descubrí que yo no le interesaba tanto al mundo. Pasé mis primeros años de la veintena vagando de un lado a otro, pagando alquileres y leyendo los anuncios por palabras y preguntándome por qué no se ponían en verde los semáforos para mí. Soñaba ser músico famoso (tocaba el piano), pero después de varios años de clubes oscuros y desiertos, de promesas incumplidas, de grupos que siempre se disolvían y de productores que parecían interesados

por todo el mundo menos por mí, el sueño se truncó. Estaba fracasando por primera vez en mi vida.

Al mismo tiempo, tuve mi primer encuentro serio con la muerte. Mi tío favorito, el hermano de mi madre, el hombre que me había enseñado música, que me había enseñado a conducir, que me había tomado el pelo por el asunto de las chicas, que me había tirado una pelota de fútbol americano, el adulto al que yo había tomado como modelo siendo niño, diciéndome: «Así quiero ser yo de mayor», murió de cáncer de páncreas a los cuarenta y cuatro años de edad. Era un hombre bajo de estatura,

bien parecido, con un bigote espeso, y yo estuve a su lado durante el último año de su vida, pues vivía en el apartamento inferior al suyo. Vi cómo su cuerpo fuerte se consumía primero, se hinchaba después, lo vi sufrir, noche tras noche, doblado ante la mesa del comedor, apretándose el vientre, con los ojos cerrados, con la boca torcida de dolor.

—Ayyyyyy, Dios —gemía—.
¡Ayyyyyy, Jesús!

Los demás —mi tía, sus dos hijos pequeños, yo— nos quedábamos callados, rebañando los platos, apartando la vista.

Nunca me he sentido más impotente

en toda mi vida.

Una noche de mayo, mi tío y yo estábamos sentados en el balcón de su apartamento. Corría la brisa y hacía calor. Él dirigió la vista al horizonte y dijo, con los dientes apretados, que no estaría para ver a sus hijos empezar el curso escolar siguiente. Me pidió que cuidara de ellos. Yo le dije que no hablara así. Él se me quedó mirando tristemente.

Murió pocas semanas más tarde.

Después de los funerales, mi vida cambió. Me pareció de pronto que el tiempo era precioso, como agua que se perdía por un desagüe abierto, y que

toda la prisa con que yo me moviera era poca. Se acabó lo de tocar música en clubes medio vacíos. Se acabó lo de componer canciones en mi apartamento, unas canciones que nadie iba a escuchar. Volví a la universidad. Saqué un máster en periodismo y acepté el primer trabajo que me ofrecieron, de periodista deportivo. En vez de perseguir mi propia fama, escribía acerca de los deportistas famosos que perseguían la suya. Trabajaba en plantilla en los periódicos y como *freelance* para las revistas. Trabajaba sin horario fijo, sin límite de tiempo. Me despertaba por la mañana, me cepillaba los dientes y me

sentaba a la máquina de escribir con la misma ropa con que había dormido. Mi tío había trabajado en una gran empresa y no le gustaba nada, todos los días lo mismo, y yo estaba decidido a no acabar como él.

Trabajé en diversos lugares, desde Nueva York hasta Florida, y acabé aceptando un trabajo en Detroit como columnista del *Detroit Free Press*. En aquella ciudad tenían un apetito insaciable por el deporte —había equipos profesionales de fútbol americano, de baloncesto, de béisbol y de hockey sobre hielo—, tan insaciable como mi ambición. Al cabo de pocos

años, no sólo escribía columnas en la prensa, sino que también escribía libros de deportes, hacía programas de radio y salía con regularidad en la televisión, soltando mis opiniones sobre los jugadores de fútbol americano ricos y sobre los programas hipócritas de becas deportivas de las universidades. Formaba parte de la tormenta informativa que empapa actualmente nuestro país. Estaba muy solicitado.

Dejé de alquilar. Empecé a comprar. Me compré una casa sobre una colina. Me compré coches. Invertí en acciones y reuní una cartera. Había metido la directa, y todo lo que hacía estaba sujeto

a un plazo de entrega. Hacía ejercicio como un poseso. Conducía mi coche a una velocidad temeraria. Ganaba más dinero del que me había figurado ver junto en mi vida. Conocí a una mujer de pelo oscuro llamada Janine que se las arreglaba para amarme a pesar de mi agenda de trabajo y de mis constantes ausencias. Nos casamos tras siete años de noviazgo. Volví al trabajo una semana después de la boda. Le dije, y me dije a mí mismo, que un día tendríamos hijos, cosa que ella deseaba mucho. Pero ese día no llegó nunca.

En vez de ello, me sumergí en los éxitos, porque creía que los éxitos me

permitirían controlar las cosas, me permitirían apurar al máximo hasta el último fragmento de felicidad antes de ponerme enfermo y morirme como había muerto mi tío, lo que yo suponía que era mi sino natural.

¿Y Morrie? Bueno, pensaba en él de vez en cuando, en las cosas que me había enseñado acerca de «ser humanos» y de «relacionarse con los demás», pero era siempre a lo lejos, como si perteneciera a otra vida. Al cabo de los años acabé tirando a la papelera el correo que recibía de la Universidad de Brandeis, suponiendo que no querían más que pedir dinero.

Por eso no me enteré de la enfermedad de Morrie. Había olvidado hacía mucho tiempo a las personas que podrían habérmelo dicho, y sus números de teléfono estaban enterrados en alguna caja guardada en el desván.

Podría haber seguido así si no hubiera sido porque, una noche, tarde, cuando yo hacía *zapping* ante el televisor, oí una cosa que me llamó la atención...

El audiovisual

En marzo de 1995, una limusina que llevaba a Ted Koppel, presentador del programa de televisión *Nightline*, de la ABC, aparcó junto a una acera cubierta de nieve, ante la casa de Morrie, en West Newton, Massachusetts.

Morrie ya estaba permanentemente en silla de ruedas, se iba acostumbrando a que sus asistentes lo llevaran en vilo, como si fuera un saco pesado, de la silla a la cama y de la cama a la silla. Había empezado a toser cuando comía, y masticar era para él una tarea penosa. Tenía muertas las piernas; no volvería a

caminar jamás.

Pero se negaba a deprimirse. Por el contrario, Morrie se había convertido en un pararrayos de ideas. Apuntaba sus pensamientos en blocs de hojas amarillas, en sobres, en carpetas, en trozos de papel. Escribía pensamientos filosóficos, del tamaño de un bocado, sobre la vida a la sombra de la muerte: «Acepta lo que eres capaz de hacer y lo que no eres capaz de hacer»; «Acepta el pasado como pasado, sin negarlo ni descartarlo»; «Aprende a perdonarte a ti mismo y a perdonar a los demás»; «No des por supuesto que es demasiado tarde para comprometerte».

Al cabo de cierto tiempo, ya tenía más de cincuenta de estos «aforismos», que compartía con sus amigos. A uno de estos amigos, también catedrático de la Universidad de Brandeis, llamado Maurie Stein, le cautivaron tanto aquellas palabras que se las envió a un periodista del *Boston Globe*, que vino a verlo y escribió un artículo largo sobre Morrie. El titular decía:

LA ASIGNATURA FINAL
DE UN CATEDRÁTICO: SU
PROPIA MUERTE

El artículo llamó la atención de un

productor del programa *Nightline*, que se lo llevó a Koppel, en Washington D.C.

—Echa una ojeada a esto —dijo el productor.

En menos de lo que tarda en contarse, había operadores de cámara en el cuarto de estar de Morrie y la limusina de Koppel estaba aparcada ante la casa.

Algunos amigos y familiares de Morrie se habían reunido para recibir a Koppel, y cuando el famoso personaje entró en la casa todos murmuraron llenos de emoción; todos, menos Morrie, que se adelantó haciendo rodar la silla,

arqueó las cejas y acalló el clamor con su voz aguda y cantarina.

—Ted, tengo que hacerte unas preguntas antes de acceder a que me hagas esta entrevista.

Hubo un momento embarazoso de silencio, y a continuación se condujo a los dos hombres al estudio. Se cerró la puerta.

—Caramba —susurró un amigo de Morrie ante la puerta cerrada—. Espero que Ted no sea muy duro con Morrie.

—Espero que Morrie no sea muy duro con Ted —dijo otro.

Una vez dentro del despacho, Morrie indicó a Koppel con un gesto que tomase

asiento. Cruzó las manos sobre su regazo y sonrió.

—Dime algo que esté próximo a tu corazón —dijo Morrie, para empezar.

—¿A mi corazón?

Koppel estudió al viejo.

—Está bien —dijo, con precaución, y habló de sus hijos. Estaban próximos a su corazón ¿no?

—Bueno —dijo Morrie—. Ahora, dime algo de tu fe.

Koppel se sentía incómodo.

—No suelo hablar de cosas así con personas a las que acabo de conocer hace unos minutos.

—Ted, me estoy muriendo —dijo

Morrie, mirando por encima de los cristales de sus gafas—. No dispongo de mucho tiempo.

Koppel se rió. Muy bien. La fe. Citó un pasaje de Marco Aurelio, algo que le producía una poderosa impresión.

Morrie asintió con la cabeza...

—Ahora, déjeme que le pregunte algo a usted —dijo Koppel—. ¿Ha visto mi programa alguna vez?

Morrie se encogió de hombros.

—Dos veces, creo.

—¿Dos veces? ¿Nada más?

—No te preocupes. Sólo he visto una vez el programa de Oprah.

—Bueno, y las dos veces que ha

visto mi programa, ¿qué le pareció?

Morrie hizo una pausa.

—¿Sinceramente?

—¿Y bien?

—Pensé que eras un narcisista.

Koppel se echó a reír.

—Soy demasiado feo para ser narcisista —dijo.

Al poco tiempo, las cámaras estaban rodando ante la chimenea del cuarto de estar, donde estaba Koppel con su pulcro traje azul y Morrie con su jersey gris lanudo. Se había negado a ponerse ropa elegante y a que lo maquillaran

para la entrevista. Su filosofía decía que la muerte no debía ser una vergüenza; no estaba dispuesto a maquillarla.

Como Morrie estaba sentado en la silla de ruedas, la cámara no llegó a captar sus piernas consumidas. Y como todavía era capaz de mover las manos —Morrie agitaba las dos manos siempre que hablaba—, manifestaba una gran pasión al explicar cómo se enfrenta uno con el final de la vida.

—Ted —dijo—, cuando empezó todo esto, me pregunté a mí mismo: «¿voy a retirarme del mundo, como hace la mayoría de la gente, o voy a vivir?». Decidí que iba a vivir, o que al menos

iba a intentar vivir, tal como quiero, con dignidad, con valor, con humor, con compostura.

»Algunas mañanas lloro mucho y estoy de duelo por mí mismo. Algunas mañanas estoy muy enfadado y muy amargado. Pero no dura demasiado. Después, me levanto y me digo: «quiero vivir...».

»De momento, he sido capaz de hacerlo. ¿Seré capaz de seguir así? No lo sé. Pero apuesto conmigo mismo a que lo seré.

Koppel parecía enormemente cautivado por Morrie. Le hizo una pregunta acerca de la humildad que

inspiraba la muerte.

—Bueno, Fred —dijo Morrie por error—; quiero decir, Ted... —dijo en seguida, corrigiéndose.

—Bueno, esto sí que inspira humildad —dijo Koppel, riéndose.

Los dos hombres hablaron del más allá. Hablaron de cómo dependía Morrie cada vez más de otras personas. Ya necesitaba ayuda para comer, para sentarse y para moverse de un lado a otro. Koppel preguntó a Morrie qué era lo que más temía de aquel deterioro lento e insidioso.

Morrie hizo una pausa. Preguntó si podía decir aquello en televisión.

Koppel le dijo que adelante.

Morrie miró directamente a los ojos del entrevistador más famoso de los Estados Unidos.

—Bueno, Ted, algún día, dentro de poco, alguien va a tener que limpiarme el culo.

El programa se emitió un viernes por la noche. Se abría con la imagen de Ted Koppel que hablaba desde detrás de su mesa en Washington, con una voz resonante de autoridad.

—¿Quién es Morrie Schwartz —decía—, y por qué, cuando termine esta

velada, muchos de ustedes estarán interesados por él?

A mil quinientos kilómetros de distancia, en mi casa sobre la colina, yo hacía *zapping* distraídamente. Oí aquellas palabras que salían del aparato: «¿Quién es Morrie Schwartz?», y me quedé petrificado.

Es nuestra primera clase juntos, en la primavera de 1976. Entro en el gran despacho y observo los libros, aparentemente innumerables, que cubren las paredes, una estantería tras otra. Libros de sociología, de filosofía,

de religión, de psicología. Hay una alfombra grande en el suelo de madera y una ventana que domina el paseo del campus. Sólo hay una docena de estudiantes, más o menos, que revuelven cuadernos y programas. La mayoría llevan pantalones vaqueros y zapatillas deportivas y camisas de franela a cuadros. Pienso para mis adentros que no será fácil fumarme una clase de tan pocos alumnos. Quizás no debiera matricularme en ella.

—¿Mitchell? —dice Morrie, leyendo la lista de alumnos.

Levanto una mano.

—¿Prefieres que te llame Mitch?

¿O es mejor Mitchell?

Nunca me había preguntado eso un profesor. Echo una segunda ojeada a aquel tipo con su jersey amarillo de cuello de cisne y sus pantalones de pana verdes, con el pelo plateado que le cae sobre la frente. Está sonriendo.

—Mitch —digo—. Mis amigos me llaman Mitch.

—Bueno, entonces te quedas con Mitch —dice Morrie, como quien cierra un trato—. Y, Mitch...

—¿Sí?

—Espero que un día me consideres amigo tuyo.

La orientación

Cuando enfilé con el coche alquilado la calle de Morrie en West Newton, un pueblo tranquilo de las afueras de Boston, llevaba una taza de café en una mano y sujetaba un teléfono móvil entre la oreja y el hombro. Estaba hablando con un productor de televisión, de un trabajo que estábamos preparando. Miraba alternativamente el reloj digital, mi vuelo de vuelta salía pocas horas después, y los números de los buzones de aquella calle residencial bordeada de árboles. Llevaba encendida la radio del coche, en el canal de todo noticias. Así

funcionaba yo, haciendo cinco cosas al mismo tiempo.

—Rebobina la cinta —dije al productor—. Déjame oír esa parte otra vez.

—Muy bien —dijo él—. Tardará un momento.

De pronto, estaba ante la casa. Pisé el freno, derramando café en mi regazo. Cuando se detuvo el coche, percibí una imagen pasajera de un gran falso plátano y de tres figuras que estaban sentadas cerca del árbol en el camino de acceso a la casa, un hombre joven y una mujer de mediana edad entre los cuales estaba un anciano pequeño en una silla de ruedas.

Morrie.

Cuando vi a mi viejo profesor, me quedé de piedra.

—¿Oye? —me dijo el productor al oído—. ¿Se ha cortado...?

Llevaba dieciséis años sin verlo. Tenía el pelo más ralo, casi blanco, y tenía la cara demacrada. De pronto, me sentí poco preparado para esta reunión (para empezar, estaba enganchado al teléfono), y confié en que no hubiera advertido mi llegada de modo que yo pudiera dar varias vueltas más a la manzana con el coche, terminar mi asunto, prepararme mentalmente. Pero Morrie, aquella versión nueva,

consumida, de un hombre al que yo había conocido tan bien en cierta época, sonreía al coche con las manos cruzadas sobre su regazo, esperando a que yo saliera.

—¿Oye? —volvió a decir el productor—. ¿Estás ahí?

Por todo el tiempo que habíamos pasado juntos, por toda la amabilidad y toda la paciencia que Morrie había tenido conmigo cuando yo era joven, yo debería haber soltado el teléfono y debería haber saltado del coche, debería haber corrido hasta él, debería haberlo saludado con un abrazo y un beso.

En vez de ello, apagué el motor y me

agaché en el asiento como si estuviera buscando algo.

—Sí, sí, estoy aquí —susurré, y seguí con mi conversación con el productor de televisión hasta que terminamos.

Hice lo que había aprendido a hacer mejor: me ocupé de mi trabajo, incluso mientras mi catedrático, que se estaba muriendo, me esperaba en el jardín de su casa. No estoy orgulloso de ello, pero eso fue lo que hice.

Ahora, cinco minutos más tarde, Morrie me estaba abrazando, rozándome

la mejilla con su pelo ralo. Le había dicho que estaba buscando mis llaves, que por eso había tardado tanto tiempo en salir del coche, y lo apreté más fuerte, como si pudiera aplastar mi pequeña mentira. Aunque hacía calor al sol de la primavera, llevaba puesta una cazadora y tenía las piernas cubiertas con una manta. Olía levemente a rancio, como huelen a veces las personas que están tomando medicación. Mientras apretaba fuertemente mi rostro con el suyo, yo le oía respirar trabajosamente junto a mi oído.

—Mi viejo amigo —susurró—, has vuelto, por fin.

Se apoyaba contra mí, meciéndose, sin soltarme, levantando las manos para tomarme los codos mientras yo me inclinaba sobre él. A mí me sorprendió este afecto, después de tantos años, pero la verdad era que los muros de piedra que había levantado entre mi presente y mi pasado me habían hecho olvidar lo unidos que llegamos a estar. Recordé el día de la graduación, el maletín, sus lágrimas a mi partida, y tragué saliva porque sabía, muy dentro de mí, que yo ya no era el buen estudiante, portador de presentes, que él recordaba.

Mi única esperanza era poder engañarlo durante unas pocas horas.

Una vez dentro de la casa nos sentamos ante una mesa de comedor de nogal, cerca de una ventana por la que se veía la casa del vecino. Morrie se revolvía en su silla de ruedas intentando ponerse cómodo. Como tenía por costumbre, quiso darme de comer, y yo accedí. Uno de los asistentes, una mujer italiana gruesa llamada Connie, cortó pan y tomates y sacó recipientes con ensalada de pollo, hummus y tabouli.

También sacó unas píldoras. Morrie las miró y suspiró. Tenía los ojos más hundidos de lo que yo los recordaba, y tenía los pómulos más pronunciados. Aquello le daba un aspecto más severo,

más envejecido; hasta que sonreía, naturalmente, y las mejillas flácidas se corrían como cortinas.

—Mitch —dijo en voz baja—, sabes que me estoy muriendo.

—Me he enterado.

—Está bien.

Morrie se tragó las pastillas, dejó el vaso de papel, inspiró hondo y dijo lo que tenía que decir.

—¿Quieres que te cuente cómo es?

—¿Cómo es? ¿Morirse?

—Sí —me dijo.

Aunque yo no era consciente de ello, acababa de empezar nuestra última asignatura.

Es mi primer año de universitario. Morrie es más viejo que la mayoría de los profesores y yo soy más joven que la mayoría de los estudiantes, pues terminé el instituto con un año de adelanto. Para compensar mi juventud en el campus, llevo sudaderas viejas de color gris, practico el boxeo en un gimnasio de la localidad y llevo en la boca un cigarrillo apagado, a pesar de que no fumo. Conduzco un Mercury Cougar destartado, con las ventanillas bajadas y con la música alta. Busco mi identidad haciéndome el

duro; pero lo que me atrae es la suavidad de Morrie, y como él no me trata como si fuera un chico que intenta ser más de lo que es, yo me tranquilizo.

Termino aquella primera asignatura con él y me matriculo en otra. Es generoso con las calificaciones; no le importan mucho las notas. Cuentan que un año, durante la Guerra del Vietnam, dio sobresalientes a todos sus alumnos varones para ayudarles a mantener las prórrogas por estudios.

Empiezo a llamar a Morrie «Entrenador», como solía llamar a mi

*entrenador de atletismo en el instituto.
A Morrie le gusta el mote.*

*—Entrenador —dice—. Está bien:
seré tu entrenador. Y tú puedes ser mi
jugador. Puedes jugar a todos los
juegos encantadores de la vida para los
que yo ya estoy demasiado viejo.*

*A veces comemos juntos en la
cafetería. Morrie, para mi gran
consuelo, es todavía una calamidad
mayor que yo comiendo. Habla en vez
de masticar, se ríe con la boca llena,
comunica un pensamiento apasionado
a través de un bocado de ensalada de
huevo, mientras le salen disparados de
los dientes los fragmentos amarillos.*

Me mata de risa. Durante todo el tiempo que lo he conocido, he tenido dos deseos irresistibles: abrazarlo y darle una servilleta.

El aula

El sol entraba a raudales por la ventana del comedor, iluminando el suelo de madera. Llevábamos casi dos horas hablando. El teléfono sonó una vez más y Morrie pidió a su asistente, Connie, que lo cogiera. Ella iba apuntando en la pequeña agenda negra de Morrie los nombres de las personas que llamaban. Amigos. Maestros de meditación. Una tertulia. Uno que quería hacerle fotos para una revista. Estaba claro que yo no era el único interesado en visitar a mi viejo profesor (su aparición en el programa *Nightline* le había dado cierta

fama), pero me impresionaba, quizás incluso me daba cierta envidia, ver cuántos amigos parecía tener Morrie. Pensé en los «amiguetes» que giraban a mi alrededor en la universidad. ¿Dónde habían ido a parar?

—Sabes, Mitch, ahora que me estoy muriendo me he vuelto mucho más interesante para la gente.

—Siempre fuiste interesante.

—Ja —dijo Morrie con una sonrisa—. Qué amable eres.

«No, no lo soy», pensé.

—Esto es lo que hay —dijo—. La gente me ve como si fuera un puente. No estoy tan vivo como antes, pero todavía

no estoy muerto. Estoy algo así como... en medio.

Tosió, y recuperó de nuevo su sonrisa.

—Estoy haciendo el último gran viaje, y la gente quiere que les diga qué equipaje deben preparar.

Volvió a sonar el teléfono.

—¿Puedes hablar, Morrie? — preguntó Connie.

—Ahora estoy charlando con mi viejo amigo —anunció—. Que vuelvan a llamar.

Yo no sabría decir por qué me recibió con tanto calor. Me parecía muy poco al estudiante prometedor que se

había despedido de él hacía dieciséis años. De no haber sido por el programa *Nightline*, Morrie podría haberse muerto sin volver a verme. Yo no tenía ninguna buena excusa al respecto, sino la que parece tener todo el mundo en estos tiempos. Me había dejado arrastrar demasiado por el canto de sirena de mi propia vida. Estaba ocupado.

¿Qué me ha pasado?, me pregunté a mí mismo. La voz aguda, acre, de Morrie me hizo recordar mis años de universitario, cuando yo pensaba que la gente rica era mala, que la camisa y la corbata eran ropas carcelarias y que la vida sin libertad para ponerse en pie e ir

adelante —sobre una moto, con el viento en la cara, paseando por las calles de París, adentrándose en las montañas del Tíbet— no era en absoluto una buena vida. *¿Qué me ha pasado?*

Habían pasado los ochenta. Habían pasado los noventa. Había pasado la muerte, la enfermedad, engordar y quedarme calvo. Había cambiado muchos sueños por unos ingresos mayores, y ni siquiera me había dado cuenta de lo que hacía.

A pesar de lo cual, allí estaba Morrie hablando con la capacidad de asombro de nuestros años de universidad, como si yo no hubiera

hecho más que tomarme unas largas vacaciones.

—¿Has encontrado a alguien con quien compartir tu corazón? —me preguntó.

»¿Estás aportando algo a tu comunidad?

»¿Estás en paz contigo mismo?

»¿Estás procurando ser tan humano como te sea posible?

Yo estaba violento, intentando dar a entender que me había enfrentado a fondo a estas cuestiones. *¿Qué me ha pasado?* Hubo un tiempo en que me prometí a mí mismo que no trabajaría nunca por dinero, que me afiliaría al

Cuerpo de la Paz, que viviría en sitios hermosos e inspiradores.

Por el contrario, llevaba ya diez años viviendo en Detroit, trabajando en un mismo sitio, siendo cliente de un mismo banco, acudiendo a un mismo peluquero. Tenía treinta y siete años; era más eficiente que en la universidad, atado como estaba a los ordenadores, a los módem y a los teléfonos móviles. Escribía artículos sobre deportistas ricos, a la mayoría de los cuales la gente como yo no les importaba lo más mínimo. Yo ya no era más joven que mis compañeros, ni tampoco andaba por ahí con sudaderas ni cigarrillos apagados en

la boca. No mantenía largas discusiones sobre el sentido de la vida mientras comía sándwiches de ensalada de huevo.

Tenía ocupados mis días, pero seguía insatisfecho durante buena parte del tiempo.

¿Qué me ha pasado?

—Entrenador —dije, de pronto, recordando el mote. Morrie sonrió abiertamente.

—Ése soy yo. Todavía soy tu entrenador.

Se rió y siguió comiendo, una comida que había empezado hacía cuarenta minutos. Yo observaba que

movía las manos con cautela, como si estuviera aprendiendo a servirse de ellas por primera vez. No era capaz de hacer fuerza con el cuchillo. Le temblaban los dedos. Cada bocado era una batalla; masticaba mucho la comida antes de tragar, y a veces se le derramaba por las comisuras de los labios, de modo que debía dejar lo que tenía en las manos para limpiarse la cara con una servilleta. Tenía la piel moteada de manchas desde la muñeca hasta los nudillos, y la tenía flácida, como la piel que cuelga de un hueso de pollo con el que se ha hecho caldo.

Pasamos un rato sin hacer nada más

que comer así, un viejo enfermo y un hombre más joven sano, absorbiendo ambos el silencio de la habitación. Yo hubiera dicho que se trataba de un silencio incómodo, pero parecía que el único que estaba incómodo era yo.

—Morirse no es más que una de las cosas que nos entristecen, Mitch —dijo Morrie de pronto—. Vivir infelices es otra cosa. Muchos de los que vienen a visitarme son infelices.

—¿Por qué?

—Bueno, para empezar, la cultura que tenemos no hace que las personas se sientan contentas consigo mismas. Estamos enseñando cosas equivocadas.

Y uno ha de tener la fuerza suficiente para decir que si la cultura no funciona, no hay que tragársela. Uno tiene que crearse la suya. La mayoría de las personas no son capaces de hacerlo. Son más infelices que yo, aun en la situación en que me encuentro ahora.

»Aunque me esté muriendo, estoy rodeado de almas llenas de amor y de cariño. ¿Cuántas personas pueden decir lo mismo?

Me asombró su falta absoluta de autocompasión. Morrie, que ya no podía bailar, ni nadar, ni bañarse ni caminar; Morrie, que ya no podía salir a abrir la puerta de su propia casa, ni secarse

después de ducharse, ni siquiera darse la vuelta en la cama. ¿Cómo podía aceptarlo todo de aquella manera? Lo vi luchar con el tenedor, intentando pinchar un trozo de tomate, fracasar en los dos primeros intentos: una escena patética, pero yo no podía negar que el hecho de estar sentado en su presencia me proporcionaba una serenidad casi mágica, la misma brisa calma que me tranquilizaba en los tiempos de la universidad.

Eché una mirada a mi reloj, la fuerza de la costumbre; se hacía tarde, y pensé en cambiar la reserva del avión de vuelta. Entonces, Morrie hizo una cosa

cuyo recuerdo me persigue hasta hoy.

—¿Sabes cómo voy a morirme? —
me dijo.

Yo levanté las cejas.

—Voy a ahogarme. Sí. Mis pulmones no son capaces de afrontar la enfermedad, debido a mi asma. Esta ELA me va subiendo por el cuerpo. Ya se ha apoderado de mis piernas. Pronto se apoderará de mis brazos y de mis manos. Y cuando me llegue a los pulmones...

Se encogió de hombros,

»... estoy hundido.

Yo no tenía idea de qué podía decir, de modo que dije:

—Bueno, sabes, quiero decir que... nunca se sabe.

Morrie cerró los ojos.

—Yo lo sé, Mitch. No debes tener miedo a mi muerte. He llevado una buena vida, y todos sabemos lo que va a pasar. Me quedan tal vez cuatro o cinco meses.

—Vamos —dije, nervioso—. Nadie puede saber...

—Yo sí puedo —dijo con voz suave—. Hasta hay una pequeña prueba. Me la enseñó un médico.

—¿Una prueba?

—Inspira varias veces.

Hice lo que me decía.

—Ahora, inspira una vez más, pero esta vez, mientras espiras, cuenta en voz alta todos los números que puedas antes de volver a respirar.

Yo espiré contando rápidamente.

—Uno-dos-tres-cuatro-cinco-seis-siete-ocho...

Llegué hasta el setenta antes de perder el aliento.

—Muy bien —dijo Morrie—. Tienes los pulmones sanos. Ahora bien. Mira cómo lo hago yo.

Inspiró, y después empezó a contar con su voz suave y temblorosa.

—Uno-dos-tres-cuatro-cinco-seis-siete-ocho-nueve-diez-once-doce-trece-

catorce-quince-dieciséis-diecisiete-
dieciocho...

Lo dejó, jadeando por falta de aire.

—La primera vez que el médico me pidió que hiciera esto, yo llegaba al veintitrés. Ahora llego al dieciocho.

Cerró los ojos, sacudió la cabeza.

—Tengo el depósito casi vacío.

Me di golpecitos nerviosos en los muslos. Ya era suficiente para una tarde.

—Vuelve a ver a tu viejo profesor —me dijo Morrie cuando le di un abrazo de despedida.

Yo se lo prometí, e intenté no acordarme de la última vez que le había prometido aquello mismo.



Voy a la librería del campus a adquirir los libros de la lista de lecturas de Morrie. Compro unos libros cuya existencia no conocía siquiera, con títulos tales como Juventud: identidad y crisis, Yo y tú, El yo dividido.

Antes de llegar a la universidad yo no sabía que las relaciones humanas pudieran ser objeto de estudio erudito. No me lo creí hasta que conocí a Morrie.

Pero su pasión por los libros es genuina y contagiosa. Empezamos a

hablar en serio a veces, después de la clase, cuando el aula se queda vacía. Me hace preguntas acerca de mi vida y después saca citas de Erich Fromm, de Martin Buber, de Erik Erikson. Se remite con frecuencia a las palabras de estos autores, introduciendo sus propios consejos como notas a pie de página, aunque es evidente que él había pensado las mismas cosas por su cuenta. Es en esas ocasiones cuando me doy cuenta de que es, verdaderamente, un profesor, y no un tío. Una tarde me quejo de la confusión propia de mi edad, de la oposición entre lo que se espera de mí y lo que

quiero yo mismo.

—¿Te he hablado de la tensión de los opuestos? —me pregunta.

—¿La tensión de los opuestos?

—La vida es una serie de tirones hacia atrás y hacia adelante. Quieres hacer una cosa pero estás obligado hacer otra diferente. Algo te hace daño, pero tú sabes que no debería hacértelo. Das por supuestas ciertas cosas, aunque sabes que no deberías dar nada por supuesto.

»Es una tensión de opuestos, como una goma elástica estirada. Y la mayoría de nosotros vive en un punto intermedio.

—*Algo parecido a un combate de lucha libre —le digo.*

—*Un combate de lucha libre —dice, riéndose—. Sí: la vida podría describirse así.*

—*¿Qué bando gana, entonces? —le pregunto.*

—*¿Que qué bando gana?*

Me sonrío, con sus ojos llenos de arrugas, con sus dientes torcidos.

—*Gana el amor. El amor gana siempre.*

Pasando lista

Algunas semanas más tarde volé a Londres. Iba a cubrir los campeonatos de Wimbledon, el torneo de tenis más importante del mundo, que es, además, uno de los pocos acontecimientos a los que voy donde el público no abucea nunca y donde no hay ningún borracho en el aparcamiento. En Inglaterra hacía un tiempo caluroso y nublado, y yo recorría a pie todas las mañanas las calles bordeadas de árboles próximas a las pistas de tenis, pasando junto a adolescentes que hacían cola para adquirir las entradas que quedaban y

junto a vendedores ambulantes de fresas con nata. Delante de la puerta había un puesto de periódicos donde se vendían media docena de periódicos a todo color de la prensa amarilla británica, donde se veían fotos de mujeres con los pechos desnudos, fotos de la familia real británica tomadas por *paparazzi*, horóscopos, información deportiva, sorteos y alguna que otra noticia propiamente dicha. El titular más importante del día se escribía en una pizarra pequeña que se apoyaba en el último paquete de periódicos, y solía decir algo así como ¡DIANA RIÑE CON CHARLES!, o GAZZA DICE AL

EQUIPO: ¡QUIERO MILLONES!

La gente arrebatava estos periódicos, devoraba sus cotilleos, y yo había hecho siempre lo mismo en mis visitas anteriores a Inglaterra. Pero ahora, por alguna razón, me daba cuenta de que cada vez que leía alguna cosa estúpida o descerebrada pensaba en Morrie. Me lo imaginaba constantemente en aquella casa con el falso plátano y los suelos de madera, contándose el aliento, aprovechando al máximo cada momento con sus seres queridos, mientras yo dedicaba tantas horas a cosas que no significaban absolutamente nada para mí personalmente: las

estrellas de cine, las súper modelos, las últimas declaraciones de Lady Di o de Madonna o de John F. Kennedy hijo. Yo envidiaba extrañamente la calidad del tiempo de Morrie, a la vez que lamentaba que cada vez dispusiera de menos. ¿Por qué nos preocupábamos de tantas cosas que nos distraían? En mi país estaba en pleno apogeo el juicio de O. J. Simpson, y había personas que renunciaban a todas sus horas del almuerzo para poder verlo y dejaban grabando el resto para poder seguir viéndolo por la noche. No conocían a O. J. Simpson. No conocían a nadie que hubiera intervenido en el caso. Pero

renunciaban a días y a semanas enteras de sus vidas, enviciados con el drama de otra persona.

Yo recordaba lo que había dicho Morrie durante nuestra visita: *«La cultura que tenemos no hace que las personas se sientan contentas de sí mismas. Y uno ha de tener la fuerza suficiente para decir que si la cultura no funciona, no hay que tragársela».*

Morrie, fiel a estas palabras tuyas, había desarrollado su cultura propia mucho antes de ponerse enfermo. Tertulias, paseos con amigos, bailar con su música en la iglesia de la plaza Harvard. Había puesto en marcha un

proyecto llamado Casa Verde, gracias al cual la gente pobre podía disponer de asistencia de salud mental. Leía libros para encontrar ideas nuevas que exponer en sus clases, visitaba y recibía visitas de sus compañeros, seguía en contacto con sus antiguos alumnos, escribía cartas a amigos lejanos. Dedicaba más tiempo a comer y a contemplar la naturaleza y no desperdiciaba el tiempo delante de la televisión viendo comedias o «películas de la semana». Se había creado una crisálida de actividades humanas (conversación, trato, afecto), y ésta llenaba su vida como un cuenco de sopa que rebosa.

Yo también me había desarrollado mi cultura propia: el trabajo. En Inglaterra trabajaba para cuatro o cinco medios de comunicación, haciendo malabarismos como un payaso. Pasaba ocho horas al día ante el ordenador, introduciendo mis artículos para enviarlos a los Estados Unidos. También realizaba trabajos de televisión, recorriendo con un equipo diversas partes de Londres. Además, enviaba por teléfono crónicas para la radio todas las mañanas y todas las tardes. Aquella carga de trabajo no era anormal. A lo largo de los años, yo había tomado al trabajo por compañero y había dejado

de lado todo lo demás.

En Wimbledon, yo comía en la pequeña cabina de madera donde trabajaba y no le daba importancia. Un día especialmente loco, una jauría de periodistas había intentado dar caza a Andre Agassi y a su célebre novia, Brooke Shields, y a mí me había tirado al suelo de un empujón un fotógrafo británico que apenas murmuró «perdón» mientras seguía adelante apresuradamente, con sus enormes objetivos fotográficos de metal colgados del cuello. Recordé otra cosa que me había dicho Morrie:

«Son muchas las personas que van

por ahí con una vida carente de sentido. Parece que están medio dormidos, aun cuando están ocupados haciendo cosas que les parecen importantes. Esto se debe a que persiguen cosas equivocadas. La manera en que puedes aportar un sentido a tu vida es dedicarte a amar a los demás, dedicarte a la comunidad que te rodea y dedicarte a crear algo que te proporcione un objetivo y un sentido».

Yo sabía que tenía razón. Pero no hice nada al respecto.

Cuando terminó el torneo, y después de los incontables cafés que me había

tomado para superarlo, apagué mi ordenador, recogí mis cosas de mi cabina y volví al apartamento para hacer el equipaje. Era tarde. En la televisión no se veía más que nieve.

Fui en avión a Detroit, llegué a última hora de la tarde, me arrastré hasta mi casa y me eché a dormir. Cuando me desperté, me enteré de una noticia estremecedora: los sindicatos de mi periódico se habían declarado en huelga. El centro de trabajo estaba cerrado. Había piquetes en la entrada principal y manifestantes que cantaban consignas por la calle. Como miembro del sindicato, no tenía otra elección: me

había quedado de pronto, y por primera vez en mi vida, sin trabajo, sin nómina, y enfrentado con mi empresa. Los dirigentes sindicales me llamaban a casa y me advertían que no debía mantener contacto alguno con mis antiguos redactores jefes, muchos de los cuales eran amigos míos; me decían que si intentaban llamarme para exponerme su postura yo debía colgar el teléfono.

—¡Vamos a luchar hasta la victoria!
—juraban los dirigentes sindicales, como si fueran soldados.

Yo me sentía confuso y deprimido. Aunque los bajos para la televisión y para la radio eran unos complementos

agradables, el periódico había sido mi cordón umbilical, mi oxígeno; cuando veía impresos mis artículos cada mañana, sabía que estaba vivo, al menos en un sentido.

Ahora, lo había perdido. Y a medida que la huelga se iba prolongando (el primer día, el segundo día, el tercer día), recibía llamadas telefónicas preocupadas y oía rumores según los cuales aquello podía prolongarse meses enteros. Todo lo que yo había conocido estaba patas arriba. Cada noche se celebraban acontecimientos deportivos que yo habría ido a cubrir. En vez de ello, me quedaba en casa y los veía por

televisión. Me había acostumbrado a creer que los lectores necesitaban, en cierto modo, mi columna. Me asombraba ver la facilidad con que salían las cosas adelante sin mí.

Después de una semana en la misma situación cogí el teléfono y marqué el número de Morrie. Connie lo llevó hasta el teléfono.

—Vienes a visitarme —me dijo, como afirmación más que como pregunta.

—Bien. ¿Puedo ir?

—¿Qué te parece el martes?

—El martes me viene bien —le dije

—. El martes estaría muy bien.

En mi segundo año de universidad me matriculo además en otras dos asignaturas tuyas. Fuera del aula, nos reunimos de vez en cuando simplemente para charlar. Yo no había hecho aquello nunca con ningún adulto que no fuera pariente mío, pero me siento cómodo al hacerlo con Morrie, y él da la impresión de estar cómodo al dedicarme su tiempo.

—¿Dónde nos reuniremos hoy? — me pregunta alegremente cuando entro en su despacho.

En primavera nos sentamos bajo un

árbol ante el edificio de Sociología, y en invierno nos sentamos junto a su escritorio, yo con mis sudaderas grises y mis zapatillas Adidas y Morrie con zapatos Rockport y pantalones de pana. Cada vez que charlamos empieza por escuchar mis divagaciones y a continuación intenta transmitirme alguna especie de lección para la vida. Me advierte que el dinero no es lo más importante, contrariamente a la opinión más generalizada en el campus. Me dice que tengo que ser plenamente humano. Habla de la alienación de la juventud y de la necesidad de mantener una «conexión»

con la sociedad que me rodea. Comprendo algunas de estas cosas, otras no. No me importa. Los debates me sirven de excusa para hablar con él, en unas conversaciones paternales que no puedo tener con mi propio padre, al que le gustaría que yo me hiciera abogado.

A Morrie le repugnan los abogados.

—¿Qué quieres hacer cuando salgas de la universidad? —me pregunta.

—Quiero ser músico —le digo—. Pianista.

—Maravilloso —dice él—. Pero es una vida dura.

—Sí.

—Hay muchos buitres.

—Eso he oído decir.

—Aun así, si lo deseas de verdad, harás realidad tu sueño —me dice.

Siento deseos de abrazarlo, de darle las gracias por haber dicho aquello, pero no soy tan efusivo. En vez de ello, me limito a asentir con la cabeza.

—Apuesto a que tocas el piano con mucho brío —dice él.

Yo me río.

—¿Con brío?

Él me devuelve la risa.

—Con brío. ¿Qué pasa? ¿Ya no se

dice así?

El Primer Martes.

Hablamos del mundo

Connie abrió la puerta y me hizo pasar. Morrie estaba en su silla de ruedas junto a la mesa de la cocina; llevaba una camisa de algodón que le venía grande y unos pantalones de chándal que le venían más grandes todavía. Le venían grandes porque se le habían atrofiado las piernas hasta quedar más pequeñas que las tallas normales de la ropa: se le podían rodear los muslos con las dos manos tocándose los dedos. Si pudiera ponerse de pie, no mediría más de un

metro y medio, y seguramente le vendrían bien unos vaqueros de un chico de sexto curso.

—Te he traído una cosa —le anuncié, mostrando una bolsa de papel marrón. Al venir del aeropuerto me había pasado por un supermercado próximo y había comprado algo de pavo, ensalada de patata, ensalada de pasta y bagels. Ya sabía que había bastante comida en la casa, pero quería aportar algo. Me sentía impotente para ayudar a Morrie de ningún otro modo. Y recordaba su afición a comer.

—¡Ah, cuánta comida! —dijo con voz cantarina—. Bueno. Ahora tienes

que comértela conmigo.

Nos sentamos a la mesa de la cocina, que estaba rodeada de sillas de mimbre. Esta vez, sin necesidad de poner al día dieciséis años de datos, nos sumergimos rápidamente en las aguas familiares de nuestro antiguo diálogo de la universidad: Morrie me hacía preguntas, escuchaba mis respuestas, se detenía a añadir, como un buen cocinero, el aderezo de algo que a mí se me había olvidado o de lo que no me había dado cuenta. Me interrogó acerca de la huelga del periódico y, fiel a su modo de ser, no fue capaz de comprender por qué los dos bandos no se comunicaban entre sí,

simplemente, y resolvían sus problemas. Yo le dije que no todo el mundo era tan listo como él.

De vez en cuando tenía que hacer una pausa para ir al baño, un proceso que requería cierto tiempo. Connie lo llevaba en su silla de ruedas hasta el retrete y allí lo izaba de la silla y lo sujetaba mientras él orinaba en el cuenco. Cada vez que volvía parecía cansado.

—¿Recuerdas cuando dije a Ted Koppel que al cabo de muy poco tiempo alguien tendría que limpiarme el culo? —me dijo.

Yo me reí.

—Un momento así no se olvida.

—Bueno, pues creo que se acerca ese día. Eso sí que me preocupa.

—¿Por qué?

—Porque es el síntoma definitivo de la dependencia. Que alguien te limpie el trasero. Pero estoy procurando resolverlo. Estoy intentando disfrutar del proceso.

—¿Disfrutar del proceso?

—Sí. Al fin y al cabo, volveré a ser un niño de pecho una vez más.

—Es una manera singular de verlo.

—Bueno, ahora tengo que ver la vida de una manera singular. Afrontémoslo. No puedo ir de compras.

No puedo ocuparme de las cuentas del banco. No puedo sacar la basura. Pero puedo sentarme aquí, con mis días menguantes y meditar sobre lo que considero importante en la vida. Cuento con el tiempo y con la lucidez suficientes para hacerlo.

—Así pues —dije yo, respondiendo de manera reflejamente cínica—, supongo que la clave para encontrar el sentido de la vida es dejar de sacar la basura.

Él se rió, y a mí me alivió que lo hiciera.

Cuando Connie se llevó los platos yo me fijé en un montón de periódicos que, evidentemente, habían sido leídos antes de mi llegada.

—¿Te molestas en mantenerte al día de las noticias? —le pregunté.

—Sí —dijo Morrie—. ¿Te parece extraño? ¿Crees que, como me estoy muriendo, no debería importarme lo que pasa en este mundo?

—Tal vez.

Suspiró.

—Quizás tengas razón. Quizás no debiera importarme. Al fin y al cabo, no estaré aquí para ver en qué acaba todo.

»Pero es difícil explicarlo, Mitch.

Ahora que estoy sufriendo, me siento más cerca que nunca de la gente que sufre. La otra noche vi en televisión a la gente de Bosnia que cruzaba la calle, les disparaban, los mataban, víctimas inocentes... y, simplemente, me eché a llorar. Siento su angustia como si fuera la mía propia. No conozco a ninguna de esas personas. Pero... ¿cómo podría expresarlo? Casi me siento... atraído por ellas».

Se le humedecieron los ojos y yo intenté cambiar de tema, pero él se limpió la cara y me hizo callar con un gesto.

—Ahora lloro constantemente —me

dijo—. No importa.

Asombroso, pensé yo. Yo trabajaba en el sector de la información. Cuando alguien se moría, yo cubría la información. Entrevistaba a los familiares afligidos. Incluso asistía a los funerales. Y no lloraba nunca. Morrie estaba llorando por el sufrimiento de personas que estaban a medio mundo de distancia. *¿Es esto lo que llega al final?*, me pregunté. Es posible que la muerte sea la gran niveladora, la única cosa grande que es capaz de conseguir, por fin, que las personas que no se conocen derramen una lágrima las unas por las otras.

Morrie se sonó la nariz ruidosamente con el pañuelo de papel.

—¿No te molesta que un hombre lllore, verdad?

—Claro que no —respondí yo, con demasiada precipitación.

Él sonrió.

—Ay, Mitch, voy a lograr que te desinhibas. Un día te voy a enseñar que no importa llorar.

—Sí, sí —dije yo.

—Sí, sí —dijo él.

Nos reímos los dos, porque él decía eso mismo casi veinte años atrás. Principalmente, los martes. En realidad, los martes habían sido siempre los días

que pasábamos juntos. La mayor parte de mis clases con Morrie tenían lugar los martes, él tenía sus horas de tutoría los martes, y cuando preparé mi tesina, que se basó en buena parte en las sugerencias de Morrie desde el primer momento, nos reuníamos los martes ante su escritorio, o en la cafetería, o en la escalinata del edificio Pearlman, para repasar el trabajo.

Así pues, parecía propio que volviésemos a reunirnos un martes, allí, en la casa que tenía delante el falso plátano. Cuando me disponía a marcharme, se lo comenté a Morrie.

—Somos personas de los martes —

dijo él.

—Personas de los martes —repetí yo.

Morrie sonrió.

—Mitch, me preguntaste por qué me preocupaba de personas a las que ni siquiera conozco. Pero ¿quieres que te diga lo que más estoy aprendiendo con esta enfermedad?

—¿Qué es?

—Que lo más importante de la vida es aprender a dar amor y a dejarlo entrar.

Su voz se redujo a un susurro.

—Dejarlo entrar. Creemos que no nos merecemos el amor, creemos que si

lo dejamos entrar nos volveremos demasiado blandos. Pero un hombre sabio que se llamaba Levine lo expresó certeramente. Dijo: «El amor es el único acto racional».

Lo repitió con cuidado, haciendo una pausa para producir mayor efecto.

—«El amor es el único acto racional».

Yo asentí con la cabeza como un buen alumno y él suspiró débilmente. Me acerqué a él para darle un abrazo. Y después, aunque en realidad no es un gesto típico de mí, le di un beso en la mejilla. Sentí sus manos debilitadas sobre mis brazos, la pelusa de su barba

que me rozaba la cara.

—¿Así que volverás el martes que viene? —susurró.

Entra en el aula, se sienta, no dice nada. Nos mira, nosotros lo miramos a él. Al principio se oyen algunas risitas, pero Morrie no hace más que encogerse de hombros, y por fin impera un silencio profundo y empezamos a percibir los sonidos más leves, el zumbido del radiador en el rincón del aula, la respiración nasal de un estudiante gordo.

Algunos estamos inquietos.

¿Cuándo va a decir algo? Nos revolvemos, miramos los relojes. Algunos estudiantes miran por la ventana intentando situarse por encima de todo aquello. Esta situación dura sus buenos quince minutos, hasta que Morrie interviene por fin con un susurro.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunta.

Y poco a poco se inicia una discusión —lo que pretendía Morrie desde el principio— sobre el efecto del silencio sobre las relaciones humanas. ¿Por qué nos incomoda tanto el silencio? ¿Por qué encontramos alivio

en tanto ruido?

A mi no me molesta el silencio. A pesar de todo el ruido que hago con mis amigos, sigo sin sentirme cómodo al hablar de mis sentimientos ante los demás, sobre todo ante mis compañeros de clase. Podría pasarme horas enteras sentado en silencio si así lo exigiera el programa de la asignatura.

A la salida, Morrie me detiene.

—Hoy no has dicho gran cosa — comenta.

—No sé. Simplemente, no tenía nada que añadir.

—Creo que tienes mucho que añadir. En realidad, Mitch, me

recuerdas a un conocido mío al que también le gustaba guardarse las cosas para sí cuando era más joven.

—¿Quién era?

—Yo.

El segundo martes. Hablamos del sentido de lástima por uno mismo

Volví el martes siguiente. Y durante muchos martes sucesivos. Esperaba aquellas visitas más de lo que cabría suponer, teniendo en cuenta que hacía un viaje de mil kilómetros en avión para sentarme al lado de un moribundo. Pero cuando visitaba a Morrie me parecía haber dado un salto en el tiempo, y yo me apreciaba más a mí mismo cuando

estaba allí. Ya no alquilaba un teléfono móvil para los viajes en coche desde el aeropuerto. Que esperen, me decía a mí mismo, imitando a Morrie.

La situación del periódico no había mejorado en Detroit. En realidad se había vuelto cada vez más delirante, con enfrentamientos violentos entre los piquetes y los trabajadores que sustituían a los huelguistas, con detenciones y heridos que quedaban tendidos en la calle ante las camionetas de reparto.

En vista de ello, mis visitas a Morrie me parecían un baño purificador de amabilidad humana. Hablábamos de

la vida y hablábamos del amor. Hablábamos de uno de los temas favoritos de Morrie, la compasión, y de por qué nuestra sociedad tenía tanta carencia de ella. Antes de visitarlo por tercera vez me pasé por un supermercado llamado Pan y Circo (yo había visto bolsas de este supermercado en casa de Morrie y me imaginé que le gustaría la comida que vendían allí) y me cargué de recipientes de plástico de la sección de comida preparada para llevar, con cosas tales como fideos con verduras, sopa de zanahoria y baklava.

Cuando entré en el despacho de Morrie le mostré las bolsas como si

acabase de atracar un banco.

—¡El hombre de la comida! —grité.

Morrie puso los ojos en blanco y sonrió.

Mientras tanto, yo buscaba indicios del avance de la enfermedad. Los dedos le funcionaban lo suficiente como para que pudiera escribir con lápiz o coger las gafas, pero sólo era capaz de levantar los brazos hasta poco más arriba del pecho. Pasaba cada vez menos tiempo en la cocina y en el cuarto de estar y más en su despacho, donde le habían preparado un sillón reclinable grande con almohadas, mantas y bloques de gomaespuma cortados a la medida

para que apoyara los pies y para sujetarle las piernas consumidas. Tenía una campanilla al alcance de la mano, y cuando necesitaba que le acomodasen la cabeza o cuando tenía que «ir al excusado», como lo llamaba él, agitaba la campanilla y acudían Connie, Tony, Bertha o Amy, su pequeño ejército de asistentes domésticos. No siempre le resultaba fácil levantar la campanilla, y cuando no era capaz de hacerla sonar se sentía frustrado.

Pregunté a Morrie si sentía lástima de sí mismo.

—A veces, por la mañana —me dijo—. Es entonces cuando me lamento. Me

palpo el cuerpo. Muevo los dedos y las manos, en la medida en que todavía puedo moverlos, y deploro lo que he perdido. Deploro el modo lento e insidioso en que me estoy muriendo. Pero, a continuación, dejo de lamentarme.

—¿Así de fácil?

—Me permito un buen llanto si lo necesito. Pero después me concentro en todas las cosas buenas que me quedan en la vida. En las personas que vienen a verme. En las anécdotas que voy a oír. En ti, si es martes. Porque somos personas de los martes.

Sonreí. Personas de los martes.

—Mitch, ésa es toda la autocompasión que me concedo. Una poca cada mañana, algunas lágrimas, y eso es todo.

Pensé en todas las personas que yo conocía que se pasaban muchas horas del día sintiendo lástima de sí mismas. ¡Qué útil sería establecer un límite diario a la autocompasión! Unos pocos minutos lacrimosos, y después a seguir adelante con la jornada. Y si Morrie era capaz de hacerlo, con la enfermedad tan horrible que padecía...

—Sólo es horrible si lo consideras así —dijo Morrie—. Es horrible ver que mi cuerpo se va consumiendo

lentamente hasta quedarse en nada. Pero también es maravilloso, por todo el tiempo de que dispongo para despedirme. No todos tienen tanta suerte —añadió con una sonrisa.

Yo lo contemplé en su sillón, incapaz de ponerse de pie, de lavarse, de ponerse los pantalones. ¿Suerte? ¿De verdad había dicho «suerte»?

En una pausa, una vez que Morrie tuvo que ir al baño, hojeé un periódico de Boston que estaba cerca de su sillón. Traía una crónica sobre una pequeña población de leñadores donde dos

muchachas adolescentes habían torturado y asesinado a un hombre de setenta y tres años que se había hecho amigo de ellas, y después habían organizado una fiesta en la casa sobre ruedas de él y habían exhibido el cadáver. Había otra crónica que hablaba del próximo juicio de un hombre heterosexual que había matado a un hombre gay después de que éste apareciera en un programa de entrevistas de la televisión y dijera que estaba loco por él.

Dejé el periódico. Volvieron a traer a Morrie en su silla de ruedas, sonreía, como siempre, y Connie se dispuso a

llevarlo en vilo de la silla de ruedas al sillón reclinable.

—¿Quieres que lo haga yo? —le pregunté.

Se produjo un silencio momentáneo, y ni siquiera estoy seguro de por qué me había ofrecido, pero Morrie miró a Connie y le dijo:

—¿Puedes enseñarle a hacerlo?

—Claro —dijo Connie.

Siguiendo sus instrucciones, me incliné sobre él, uní las manos pasando los antebrazos bajo las axilas de Morrie y lo hice pivotar hacia mí, como si estuviera levantando un tronco grande. Después me incorporé, levantándolo a él

a la vez. Normalmente, cuando levantas a una persona, esperas que ésta se aferre a su vez a ti con los brazos, pero Morrie no era capaz de hacerlo. Era en su mayor parte un peso muerto, y yo sentí que su cabeza rebotaba suavemente sobre mi hombro y que su cuerpo caía flácido sobre el mío como una hogaza grande y mojada.

—Aaaah —suspiró suavemente.

—Ya te tengo, ya te tengo —dije yo.

El tenerlo en los brazos de ese modo me conmovió de una manera que no soy capaz de describir; lo único que puedo decir es que sentí las semillas de la muerte dentro de su cuerpo que se

encogía, y cuando lo deposité en el sillón, colocándole la cabeza en las almohadas, comprendí muy fríamente que se nos acababa el tiempo.

Y yo tenía que hacer algo.

Es mi tercer año de universidad, 1978, cuando la música disco y las películas de Rocky causan furor en nuestra cultura. Estamos en una asignatura de sociología poco corriente en la Universidad de Brandeis; se trata de lo que Morrie llama «Procesos de Grupo». Cada semana estudiamos los modos en que

los estudiantes del grupo se relacionan entre sí, cómo reaccionan ante la ira, los celos, la atención. Somos ratones de laboratorio humanos. Con mucha frecuencia alguien acaba llorando. Yo lo llamo «la asignatura de los sensibleros». Morrie dice que debo tener más amplitud de miras.

Este día, Morrie dice que tiene preparado un ejercicio para que lo ensayemos. Debemos ponernos en pie, dando la espalda a nuestros compañeros, y dejarnos caer de espaldas confiados en que otro estudiante nos cogerá. La mayoría nos sentimos incómodos al hacerlo y no

somos capaces de dejarnos caer más que unos centímetros antes de incorporarnos de nuevo. Nos reímos, avergonzados.

Por último, una estudiante, una muchacha delgada, callada, de pelo negro, que he observado que lleva casi siempre gruesos jerséis blancos de pescador, cruza los brazos sobre el pecho, cierra los ojos, se deja caer hacia atrás y no titubea, como en ese anuncio del té Lipton en que la modelo se deja caer en la piscina.

Tengo durante un momento la seguridad de que se va a caer al suelo. En el último instante, el compañero que

se le ha asignado la agarra por la cabeza y por los hombros y la levanta torpemente.

—¡Bien! —gritan algunos estudiantes. Otros aplauden.

Morrie sonríe por fin.

—Ya lo ves —dice a la chica—: has cerrado los ojos. En eso estribó la diferencia. A veces no eres capaz de creerte lo que ves, tienes que creer lo que sientes. Y si quieres que los demás lleguen a confiar en ti, también tú debes sentir que puedes confiar en ellos, aunque estés a oscuras. Aunque te estés cayendo.

El tercer martes. Hablamos de los arrepentimientos

El martes siguiente llegué con las habituales bolsas de comida. Pasta con maíz, ensalada de patata, tarta de manzana, y con una cosa más: una grabadora Sony.

—Quiero recordar de qué hablamos —dije a Morrie—. Quiero tener tu voz para poder escucharla... más tarde.

—Cuando me haya muerto.

—No digas eso.

Él se rió.

—Mitch, voy a morirme. Y más bien temprano que tarde.

Contempló el nuevo aparato.

—Qué grande es —dijo. Yo me sentí como un intruso, como solemos sentirnos los periodistas, y empecé a pensar que una grabadora entre dos personas que eran supuestamente amigos era un objeto extraño, un oído artificial. Con toda la gente que le pedía a voces que les dedicase una parte de su tiempo, quizás yo estuviera intentando llevarme demasiado de aquellos martes.

—Escucha —le dije, tomando la grabadora—. No hace falta que utilicemos esto. Si te hace sentirte

incómodo...

Me hizo callar, sacudió un dedo y después se quitó las gafas y las dejó colgadas del cordón que llevaba al cuello. Me miró fijamente a los ojos.

—Déjalo —me dijo.

Yo lo dejé.

—Mitch —siguió diciendo, ahora en voz baja—, no lo entiendes. Quiero hablarte de mi vida. Quiero contártela antes de que ya no pueda contártela.

Su voz se redujo a un susurro.

—Quiero que alguien oiga mi historia. ¿Quieres oírla tú?

Asentí con la cabeza.

Nos quedamos en silencio durante un

momento.

—Entonces, ¿está en marcha? —dijo él.

La verdad era que aquella grabadora se debía a algo más que a la nostalgia. Yo estaba perdiendo a Morrie; todos estábamos perdiendo a Morrie: su familia, sus amigos, sus antiguos alumnos, los profesores compañeros suyos, los amigos de las tertulias políticas que tanto le gustaban, sus antiguos compañeros de baile, todos nosotros. Y supongo que las cintas magnetofónicas, como las fotografías y

los vídeos, son un intento desesperado de robar algo de la maleta de la muerte.

Pero también me estaba quedando claro, por su valor, por su humor, por su paciencia y por su franqueza, que Morrie estaba viendo la vida desde un lugar muy diferente del de cualquier otro conocido mío. Desde un lugar más sano. Desde un lugar más sensato. *Y estaba a punto de morir.*

Si es verdad que cuando uno mira a la muerte cara a cara nos viene una claridad mística de pensamiento; yo sabía que Morrie quería compartirla. Y yo quería recordarla todo el tiempo que pudiera.

La primera vez que vi a Morrie en *Nightline* me pregunté de qué tenía que arrepentirse ahora que sabía que su muerte era inminente. ¿Lamentaba la pérdida de algunos amigos? ¿Le gustaría haber hecho muchas cosas de otra manera? Egoístamente, me pregunté si, encontrándome en su caso, me consumiría pensando con tristeza en todo lo que me había perdido. ¿Me arrepentiría de haberme guardado ciertos secretos?

Cuando hablé de esto a Morrie, él asintió con la cabeza.

—Todo el mundo se preocupa por eso ¿verdad? ¿Y si hoy fuera mi último día sobre la tierra?

Estudió mi rostro, percibiendo quizás cierta ambivalencia en mis propias decisiones. Yo me veía a mí mismo derrumbándome un día sobre mi escritorio mientras redactaba un artículo; mis redactores jefe se apoderaban del texto mientras los enfermeros se llevaban mi cadáver.

—Mitch... —dijo Morrie.

Yo sacudí la cabeza sin decir nada. Pero Morrie se dio cuenta de mi titubeo.

—Mitch —dijo—, esta cultura no te anima a pensar en esas cosas hasta que

estás a punto de morirte. Estamos muy absortos en asuntos egocéntricos, en nuestra carrera profesional, en la familia, en tener dinero suficiente, en pagar la hipoteca, en comprarnos un coche nuevo, en arreglar el radiador cuando se rompe; estamos muy ocupados con billones de actos pequeños que sólo sirven para salir adelante. De modo que no adquirimos la costumbre de contemplar nuestras vidas desde fuera y decirnos: ¿esto es todo?, ¿es esto todo lo que quiero?, ¿me falta algo?

Hizo una pausa.

—Necesitas que alguien te empuje en ese sentido. No va a ocurrir de

manera automática.

Entendí lo que me decía. Todos necesitamos maestros en nuestras vidas.

Y el mío estaba sentado delante de mí.

Está bien, pensé. Si yo iba a ser el alumno, sería tan buen alumno como me fuera posible.

Volviendo a casa aquel día, en el avión, preparé en un bloc de hojas amarillas una breve lista de asuntos y cuestiones con las que todos tenemos que enfrentarnos, desde la felicidad hasta la muerte, pasando por la vejez y

tener hijos. Naturalmente, había un millón de libros de autoayuda sobre estos temas, y muchos programas de televisión por cable, y sesiones de consulta a 90 dólares la hora. Los Estados Unidos se habían convertido en un mercado persa de la autoayuda.

Pero, al parecer, todavía no existían respuestas claras. ¿Tenemos que cuidar de los demás, o tenemos que cuidar de nuestro «niño interior»? ¿Tenemos que volver a los valores tradicionales, o tenemos que rechazar la tradición por inútil? ¿Tenemos que buscar el éxito, o la sencillez? ¿Tenemos que «simplemente, decir que no» o que

«simplemente, hacerlo»?^[1]

Lo único que yo sabía era esto: Morrie, mi viejo profesor, no había entrado en el negocio de la autoayuda. Estaba en la vía del tren oyendo el silbido de la locomotora de la muerte, y tenía muy claras las cosas importantes de la vida.

Yo deseaba aquella claridad. Todas las almas confusas y atormentadas que yo conocía deseaban aquella claridad.

—Pregúntame cualquier cosa — decía siempre Morrie.

Así que yo escribí esta lista:

- La Muerte

- El Miedo
- La Vejez
- La Codicia
- El Matrimonio
- La Familia
- La Sociedad
- El Perdón
- Una Vida con Sentido

Yo llevaba la lista en mi bolsa cuando regresé a West Newton por cuarta vez, un martes a finales de agosto en que no funcionaba el aire acondicionado en la terminal del aeropuerto Logan y la gente se abanicaba y se secaba con rabia el sudor

de la frente, y todas las caras que yo veía daban la impresión de estar dispuestas a matar a alguien.

Al comienzo de mi último año, he cursado tantas asignaturas de sociología que sólo me faltan unos pocos créditos para licenciarme. Morrie me sugiere que redacte una tesina.

—¿Yo? —le pregunto—. ¿De qué podría tratar?

—¿Qué te interesa? —me pregunta él.

Nos devolvemos mutuamente la

pelota hasta que nos decidimos por fin por los deportes, ni más ni menos. Emprendo un proyecto de todo un año sobre el modo en que el fútbol americano se ha convertido en los Estados Unidos en un ritual, en casi una religión, en un opio del pueblo. No tengo ni idea de que con ello me estoy preparando para mi futura carrera profesional. Lo único que sé es que me permite pasar otra serie de sesiones semanales con Morrie.

Y, con su ayuda, en la primavera tengo una tesina de ciento doce páginas, bien preparada, anotada, documentada, y encuadernada

elegantemente en piel negra. Se la enseño a Morrie con el orgullo de un jugador de béisbol de la liga infantil que recorre las bases para anotarse su primera carrera.

—Felicidades —dice Morrie.

Yo sonrío mientras él la hojea, y recorro su despacho con la mirada. Las estanterías de libros, el suelo de madera, la alfombra, el sofá. Pienso para mis adentros que me he sentado en casi todos los sitios donde es posible sentarse en esta habitación.

—No sé, Mitch —dice Morrie pensativamente, ajustándose las gafas mientras lee—; con trabajos como éste,

quizás tengamos que hacerte volver para que curses estudios de postgrado.

—Ya, ya —digo yo.

Yo me río por lo bajo, pero la idea me parece atractiva por un momento. Una parte de mí tiene miedo de dejar la universidad. Otra parte de mí quiere desesperadamente marcharse. La tensión de los opuestos. Contemplo a Morrie mientras lee mi tesina y me pregunto cómo será el ancho mundo allí fuera.

El audiovisual, segunda parte

El programa *Nightline* había emitido un segundo reportaje sobre Morrie, debido en parte a la buena acogida que había tenido el primero. En esta ocasión, cuando entraron por la puerta los cámaras y los productores, ya se sentían como si fueran de la familia. Y el propio Koppel estaba apreciablemente más afable. No hubo ningún proceso de tanteo, ninguna entrevista antes de la entrevista. Como toma de contacto, Koppel y Morrie se contaron

mutuamente cosas de su infancia: Koppel habló de cómo se había criado en Inglaterra, y Morrie de cómo se había criado en el Bronx. Morrie llevaba una camisa azul de manga larga —tenía frío casi siempre, hasta cuando hacía treinta y dos grados al aire libre—, pero Koppel se quitó la chaqueta e hizo la entrevista con camisa y corbata. Era como si Morrie lo fuera desmembrando, quitándole las capas de una en una.

—Tienes buen aspecto —dijo Koppel cuando empezaron a rodar las cámaras.

—Eso me dicen todos —dijo Morrie.

—Pareces animado.

—Eso me dicen todos.

—Entonces, ¿cómo sabes que las cosas marchan cuesta abajo?

Morrie suspiró.

—Nadie puede saberlo..., Ted. Pero yo lo sé.

Y cuando siguió hablando, saltó a la vista. Ya no agitaba las manos para recalcar sus palabras con tanta libertad como lo había hecho en la primera conversación entre ambos. Le costaba trabajo pronunciar ciertas palabras: parecía que el sonido de la letra *e* se le atascaba en la garganta. Al cabo de algunos meses, quizás no fuera capaz de

hablar en absoluto.

—Te diré cómo marchan mis emociones —dijo Morrie a Koppel—. Cuando hay aquí gente y amigos, estoy muy animado. Las relaciones de amor me sostienen.

»Pero hay días en que estoy deprimido. No quiero engañarte. Veo que pierdo algunas cosas y tengo una sensación de temor. ¿Qué voy a hacer sin mis manos? ¿Qué va a pasar cuando no pueda hablar? Lo de tragar no me preocupa tanto: me darán de comer por un tubo, ¿y qué? Pero ¿y mi voz?, ¿y mis manos? Son una parte muy esencial de mí. Hablo con mi voz. Hago gestos con

las manos. Así es como doy algo a las personas».

—¿Cómo les darás algo cuando ya no puedas hablar? —le preguntó Koppel.

Morrie se encogió de hombros.

—Quizás pida que todos me hagan preguntas que pueda responder con un «sí» o un «no».

Era una respuesta tan sencilla que Koppel tuvo que sonreír. Interrogó a Morrie acerca del silencio. Habló de un amigo querido de Morrie, Maurie Stein, que había sido quien había enviado los aforismos de Morrie al Boston Globe. Habían trabajado juntos en la

Universidad de Brandeis desde principios de los sesenta. Ahora, Stein se estaba quedando sordo. Koppel se imaginó a los dos hombres juntos algún día, uno incapaz de hablar, el otro incapaz de oír. ¿Cómo sería aquello?

—Nos cogemos de la mano —dijo Morrie—. Y nos transmitiremos mucho amor. Hemos vivido treinta y cinco años de amistad, Ted. No hace falta hablar ni oír para sentirlo.

Antes de terminar el programa, Morrie leyó a Koppel una de las cartas que había recibido. Desde la emisión del primer programa de *Nightline* se había recibido mucho correo. Una carta,

en concreto, era de una maestra de Pensilvania que dirigía una clase especial a la que asistían nueve niños; todos los niños de aquella clase habían sufrido la muerte de uno de sus padres.

—He aquí la carta que yo le envié a ella —dijo Morrie a Koppel, mientras se calaba cuidadosamente las gafas en la nariz y en las orejas:

—«Querida Bárbara... Me conmovió mucho tu carta. Me parece que el trabajo que has realizado con los niños que han perdido a uno de sus padres es muy importante. Yo también perdí a uno de mis padres a una edad temprana...».

De pronto, mientras las cámaras seguían zumbando, Morrie se ajustó las gafas. Se detuvo, se mordió el labio y le embargó la emoción. Le cayeron las lágrimas por la nariz.

—«Perdí a mi madre cuando era niño... y fue un gran golpe para mí... Me hubiera gustado tener un grupo como el tuyo, donde poder hablar de mis penas. Habría ingresado en tu grupo, porque...».

Se le quebró la voz.

—«Porque estaba muy solo...».

—Morrie —dijo Koppel—, hace setenta años que murió tu madre. ¿Todavía te dura el dolor?

—Ya lo creo —susurró Morrie.

El profesor

Tenía ocho años. Llegó un telegrama del hospital, y como su padre, inmigrante ruso, no sabía leer el inglés, fue Morrie quien tuvo que dar la noticia, leyendo la notificación de la muerte de su madre como un alumno ante la clase.

«Lamentamos informarle...» — empezó a leer.

La mañana de los funerales, los parientes de Morrie bajaron por la escalera de su edificio de apartamentos en el Lower East Side, un barrio pobre de Manhattan. Los hombres llevaban trajes oscuros, las mujeres llevaban

velos. Los chicos del barrio iban camino de la escuela y, cuando pasaron por su lado, Morrie bajó la vista, avergonzado de que sus compañeros de clase lo vieran así. Una de sus tías, una mujer corpulenta, agarró a Morrie y se puso a gemir.

—¿Qué vas a hacer sin tu madre?
¿Qué va a ser de ti?

Morrie rompió a llorar. Sus compañeros de clase echaron a correr.

En el cementerio, Morrie vio cómo echaban tierra en la tumba de su madre. Intentó recordar los momentos tiernos que habían compartido en vida de ella. Había llevado una tienda de dulces hasta

que cayó enferma, y desde entonces había pasado casi todo el tiempo durmiendo o sentada junto a la ventana, con un aspecto frágil y débil. A veces daba un grito a su hijo para pedirle una medicina, y el joven Morrie, que jugaba al béisbol en la calle, fingía que no la oía. Creía para sus adentros que podía hacer que desapareciera la enfermedad a fuerza de no hacerle caso.

¿De qué otra manera puede afrontar la muerte un niño?

El padre de Morrie, al que todos llamaban Charlie, había venido a América para no tener que ingresar en el ejército ruso. Trabajaba en el ramo de la

peletería, pero estaba siempre en paro. Como no tenía estudios y apenas sabía hablar inglés, era terriblemente pobre, y la familia pasaba muchas temporadas viviendo de la beneficencia. Su apartamento era un local oscuro, estrecho, deprimente, detrás de la tienda de dulces. No tenían lujos. No tenían coche. A veces, para ganar algún dinero, Morrie y su hermano pequeño, David, lavaban juntos los escalones de los porches por cinco centavos.

Tras la muerte de su madre, enviaron a los dos chicos a un pequeño albergue en los bosques de Connecticut, donde varias familias compartían una cabaña

grande y una cocina común. Sus parientes pensaban que el aire puro sería bueno para los niños. Morrie y David no habían visto nunca tanta vegetación, y corrían y jugaban por los campos. Una noche, después de cenar, salieron a dar un paseo y empezó a llover. En vez de volver a casa, pasaron varias horas chapoteando bajo la lluvia.

A la mañana siguiente, cuando se despertaron, Morrie saltó de la cama.

—Vamos —dijo a su hermano—. Levántate.

—No puedo.

—¿Qué quieres decir?

David tenía el terror escrito en el

rostro.

—No puedo... moverme.

Tenía la polio.

Naturalmente, aquello no se debía a la lluvia. Pero un niño de la edad de Morrie no era capaz de entenderlo. Durante mucho tiempo —mientras ingresaban periódicamente a su hermano en un sanatorio especial y le obligaban a llevar aparatos en las piernas, que le hacían cojear—, Morrie se sintió responsable.

Así pues, iba a la sinagoga por las mañanas, solo, pues su padre no era devoto, y se quedaba de pie entre los hombres que se balanceaban, con sus

largos abrigos negros, y pedía a Dios que cuidase de su madre muerta y de su hermano enfermo.

Y por las tardes se ponía al pie de las escaleras del metro y vendía revistas; todo el dinero que ganaba lo entregaba a su familia para comprar comida.

Por las noches veía a su padre comer en silencio, esperando una muestra de afecto, de comunicación, de calor, pero sin recibirla nunca.

A los nueve años sentía sobre sus hombros el peso de una montaña.

Pero al año siguiente entró en la vida de Morrie un abrazo salvador: su nueva madrastra, Eva. Era una inmigrante rumana pequeña, de rasgos corrientes, con el pelo castaño y rizado y con la vitalidad de dos mujeres. Tenía un brillo que inundaba de calor el ambiente, lóbrego por lo demás, que creaba el padre. Hablaba cuando su nuevo marido estaba callado, cantaba canciones a los niños por la noche. Morrie encontraba consuelo en su voz tranquilizadora, en las lecciones escolares que les daba, en su carácter fuerte. Cuando su hermano regresó del sanatorio, llevando todavía aparatos en

las piernas por la polio, los dos compartieron una cama plegable en la cocina del apartamento y Eva les daba un beso al acostarse. Morrie esperaba aquellos besos como un cachorro espera su leche, y sentía, muy dentro de sí, que volvía a tener madre.

Pero no salían de su pobreza. Vivían por entonces en el Bronx, en un apartamento de un dormitorio en un edificio de ladrillos rojos en la avenida Tremont, junto a una cervecería italiana con terraza al aire libre donde los viejos jugaban a las bochas las tardes de verano. A causa de la Depresión, el padre de Morrie encontraba todavía

menos trabajo en el ramo de la peletería. A veces, cuando la familia se sentaba a cenar, lo único que Eva podía darles era pan.

—¿Qué más hay? —preguntaba David.

—Nada más —respondía ella.

Cuando arropaba a Morrie y a David en la cama, les cantaba en *yiddish*. Hasta las canciones eran tristes y hablaban de la pobreza. Había una de una niña que intentaba vender cigarrillos:

Por favor, cómprenme mis cigarrillos.

Están secos, no los ha mojado la

lluvia.

Tengan piedad de mí, tengan piedad de mí.

Con todo, a pesar de sus circunstancias, a Morrie le enseñaron a amar y a querer. Y a aprender. Eva no aceptaba más que las mejores notas posibles en la escuela, pues veía que la educación era el único antídoto para su pobreza. Ella misma asistía a la escuela nocturna para mejorar su inglés. El amor de Morrie al estudio se incubó en sus brazos.

Estudiaba por la noche, a la luz de la lámpara de la mesa de la cocina. Y por las mañanas iba a la sinagoga para

recitar el Yizkor, la oración en recuerdo de los muertos, por su madre. Lo hacía para mantener vivo su recuerdo. Aunque parezca increíble, el padre de Morrie le había dicho que no hablase nunca de ella. Charlie quería que el pequeño David creyera que Eva era su madre natural.

Era una carga terrible para Morrie. Durante años enteros, la única prueba que tuvo Morrie de la existencia de su madre fue el telegrama que había notificado su muerte. Lo había escondido el día que llegó.

Lo conservó durante el resto de su vida.

Cuando Morrie era adolescente, su padre lo llevó a una fábrica de peletería donde trabajaba. Era en tiempos de la Depresión. Pretendía encontrar trabajo para Morrie.

Entró en la fábrica y sintió inmediatamente que las paredes se le venían encima. La sala estaba oscura y calurosa; las ventanas estaban cubiertas de mugre y las máquinas, muy juntas, giraban como las ruedas de un tren. Los pelos de las pieles volaban por el aire cargando el ambiente, y los trabajadores que cosían las pieles estaban inclinados

sobre sus agujas mientras el jefe recorría las filas y les gritaba que trabajasen más deprisa. Morrie apenas podía respirar. Estaba de pie junto a su padre, paralizado de miedo, esperando que el jefe no le gritase también a él.

En el descanso para la comida, el padre de Morrie lo llevó ante el jefe y lo puso ante él de un empujón, mientras preguntaba si había trabajo para su hijo. Pero apenas había trabajo para los adultos, y ninguno quería dejarlo.

Aquello fue una bendición para Morrie. Le repugnaba aquel lugar. Hizo otro voto que mantuvo hasta el final de su vida: que no trabajaría nunca

explotando a otra persona y que no consentiría nunca ganar dinero a costa del sudor de otros.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntaba Eva.

—No lo sé —decía él. Descartó el Derecho porque no le gustaban los abogados, y descartó la Medicina porque no soportaba ver la sangre.

—*¿Qué vas a hacer?*

El mejor profesor que yo he tenido nunca se hizo maestro sólo por eliminación.

Un maestro afecta a la eternidad; nunca sabe dónde termina su influencia.

El cuarto martes. Hablamos de la muerte

Vamos a empezar con esta idea —dijo Morrie—: Todo el mundo sabe que se va a morir, pero nadie se lo cree.

Aquel martes estaba con talante metódico. El tema era la muerte, el primero de los enunciados de mi lista. Antes de mi llegada, Morrie había escrito algunas notas en pequeños pedazos de papel blanco para no olvidarse de lo que quería decir. Su letra temblorosa ya era incomprensible

para todos menos para él. Ya faltaba poco para el Día del Trabajo^[2], y yo veía por la ventana del despacho los setos de color de espinaca del patio trasero y oía los gritos de los niños que jugaban en la calle en su última semana de libertad antes del comienzo de las clases.

Allá en Detroit, los huelguistas de los periódicos organizaban una enorme manifestación para el día de la fiesta, con el fin de demostrar la solidaridad de los sindicatos en contra de la dirección. Durante el vuelo había leído el caso de una mujer que había matado a tiros a su marido y a sus dos hijas cuando

dormían, y que alegaba que los había querido proteger de «la gente mala». En California, los abogados del juicio de O. J. Simpson se estaban convirtiendo en personajes muy famosos.

Allí, en el despacho de Morrie, la vida se vivía día a día y cada día era precioso. Ahora estábamos sentados los dos, a poca distancia de la última novedad de la casa: un aparato de oxígeno. Era pequeño y portátil, llegaba aproximadamente a la altura de la rodilla. Algunas noches, cuando Morrie no aspiraba el aire suficiente para poder tragar, se conectaban a la nariz los largos tubos de plástico, que se le

adherían a los orificios nasales como una sanguijuela. No me gustaba nada la idea de que Morrie estuviera conectado a una máquina, e intentaba no mirarla mientras él hablaba.

—Todo el mundo sabe que se va a morir —volvió a decir—, pero nadie se lo cree. Si nos lo creyéramos, haríamos las cosas de otra manera.

—De modo que nos engañamos acerca de la muerte —dije yo.

—Sí. Pero existe un planteamiento mejor. El de saber que te vas a morir y estar preparado en cualquier momento. Eso es mejor. Así, puedes llegar a estar verdaderamente más comprometido en tu

vida mientras vives.

—¿Cómo puede uno estar preparado para morir? —dije.

—Haz lo que hacen los budistas. Haz que todos los días se te pose en el hombro un pajarito que te pregunta: «¿Es éste el día? ¿Estoy preparado? ¿Estoy haciendo todo lo que tengo que hacer? ¿Estoy siendo la persona que quiero ser?».

Volvió la cabeza hacia su hombro como si tuviera allí al pajarito en aquel momento.

—¿Es éste el día en que voy a morir?

Morrie tomaba libremente ideas de

todas las religiones. Había nacido judío, pero se había vuelto agnóstico en su adolescencia, debido en parte a todo lo que le había pasado de niño. Le gustaban algunas ideas filosóficas del budismo y del cristianismo, y seguía sintiéndose a gusto dentro de la cultura del judaísmo. Era un ecléctico en cuestión de religión, y esto le había hecho ser todavía más receptivo a los estudiantes que fueron sus alumnos a lo largo de los años. Y las cosas que decía en sus últimos meses sobre la tierra parecían trascender todas las diferencias religiosas. Es un efecto característico de la muerte.

—La verdad, Mitch —me dijo—, es que cuando aprendes a morir, aprendes a vivir.

Yo asentí con la cabeza.

—Voy a decirlo otra vez —dijo—. Cuando aprendes a morir, aprendes a vivir.

Sonrió, y yo me di cuenta de lo que pretendía. Se estaba asegurando de que yo absorbía aquella idea sin avergonzarme haciéndome una pregunta. Era una de las virtudes que lo convertían en un buen maestro.

—¿Pensabas mucho en la muerte antes de ponerte enfermo? —le pregunté.

—No —respondió Morrie,

sonriendo—. Yo era como todos. Una vez dije a un amigo mío, en un momento de exuberancia: «¡Voy a ser el viejo más sano que has conocido nunca!».

—¿Qué edad tenías?

—Sesenta y tantos.

—Así que eras optimista.

—¿Por qué no? Como ya he dicho, nadie se cree de verdad que se va a morir.

—Pero todo el mundo conoce a alguien que se ha muerto —dije yo—. ¿Por qué es tan difícil pensar en morirse?

—Porque la mayoría de nosotros vamos por ahí como sonámbulos —

siguió diciendo Morrie—. En realidad, no conocemos el mundo plenamente, porque estamos medio dormidos, haciendo las cosas que automáticamente creemos que debemos hacer.

—¿Y el hecho de enfrentarse a la muerte lo cambia todo?

—Pues, sí. Te quitas de encima todas esas tonterías y te centras en lo esencial. Cuando te das cuenta de que te vas a morir, lo ves todo de una manera muy diferente.

Suspiró.

—Aprende a morir y aprenderás a vivir.

Advertí que ahora temblaba cuando

movía las manos. Tenía las gafas colgadas al cuello, y cuando se las llevaba a los ojos le resbalaban por las sienes, como si intentase ponérselas a otra persona a oscuras. Le ayudé con la mano a colocárselas en las orejas.

—Gracias —susurró Morrie. Cuando le rocé la cabeza con la mano, sonrió. El menor contacto humano le producía una alegría inmediata.

—Mitch. ¿Puedo decirte una cosa?

—Claro —dije yo.

—Quizás no te guste.

—¿Por qué no?

—Bueno, la verdad es que si escuchases de verdad al pajarito que

está posado en tu hombro, si aceptases que puedes morirte en cualquier momento... entonces quizás no fueras tan ambicioso como eres.

Esboqué una leve sonrisa forzada.

—Las cosas a las que dedicas tanto tiempo, todo ese trabajo que haces, podrían parecerte menos importantes. Podrías tener que hacer sitio a cosas más espirituales.

—¿Cosas espirituales?

—No te gusta esa palabra, ¿verdad? Te parece sensiblera.

—Bueno... —dije yo.

Intentó guiñar el ojo, con poco éxito, y yo me derrumbé y me eché a reír.

—Mitch —dijo él, riendo conmigo —, ni siquiera yo sé qué significa el «desarrollo espiritual». Pero sí sé que nos falta algo. Estamos demasiado comprometidos con las cosas materiales y éstas no nos satisfacen. Las relaciones de amor que mantenemos, el universo que nos rodea, son cosas que damos por supuestas.

Señaló con la cabeza la ventana, por donde entraba a raudales la luz del sol.

—¿Ves eso? Tú puedes salir allí fuera, al aire libre, en cualquier momento. Puedes dar una vuelta a la manzana corriendo y hacer locuras. Yo no puedo hacerlo. No puedo salir. No

puedo correr. No puedo estar allí fuera sin miedo a ponerme enfermo. Pero ¿sabes una cosa? Yo aprecio esa ventana más que tú.

—¿La aprecias?

—Sí. Me asomo a esa ventana todos los días. Advierto los cambios de los árboles, la fuerza del viento. Es como si viera realmente el paso del tiempo por esa ventana. Como sé que mi tiempo casi se ha agotado, me siento atraído por la naturaleza como si la viera por primera vez.

Calló, y pasamos un momento sin hacer otra cosa que mirar por la ventana. Intenté ver lo que veía él. Intenté ver el

tiempo y las estaciones, el transcurso de mi vida a cámara lenta. Morrie dejó caer ligeramente la cabeza y la volvió hacia su hombro.

—¿Es hoy, pajarito? —preguntó—. ¿Es hoy?

Morrie seguía recibiendo cartas de todo el mundo, gracias a sus apariciones en *Nightline*. Se sentaba, cuando tenía fuerzas, y dictaba las cartas de contestación a sus amigos y familiares que se reunían para celebrar sesiones de redacción de cartas.

Un domingo, cuando sus hijos, Rob y

Jon, estaban en su casa, se reunieron todos en el cuarto de estar. Morrie estaba sentado en su silla de ruedas, con sus piernas delgadas cubiertas por una manta. Cuando sintió frío, uno de sus asistentes le puso sobre los hombros una chaqueta de nailon.

—¿Cuál es la primera carta? —dijo Morrie.

Un compañero suyo leyó una nota de una mujer llamada Nancy, que había perdido a su madre, víctima de la ELA. Le escribía para decirle lo mucho que había sufrido por la pérdida y que sabía lo mucho que debía estar sufriendo Morrie también.

—Está bien —dijo Morrie cuando terminó la lectura de la carta. Cerró los ojos.

—Vamos a empezar diciendo: «Querida Nancy, me has conmovido mucho con lo que me has contado de tu madre. Y comprendo lo que has pasado. Hay tristeza y sufrimiento por ambas partes. El dolor por la pérdida me ha hecho bien a mí, y espero que también te haya hecho bien a ti».

—Quizás debas cambiar la última frase —dijo Rob.

Morrie reflexionó un momento y dijo:

—Tienes razón. ¿Qué te parece:

«Espero que puedas encontrar el poder sanador del dolor por la pérdida»?
¿Está mejor así?

Rob asintió con la cabeza.

—Añade: «Gracias, Morrie» —dijo Morrie.

Leyeron otra carta de una mujer llamada Jane que le agradecía sus palabras inspiradoras en el programa *Nightline*. Lo calificaba de profeta.

—Es un elogio muy grande —dijo un compañero—. Profeta.

Morrie torció el gesto. Evidentemente, no estaba de acuerdo con aquel calificativo.

—Vamos a darle las gracias por sus

grandes elogios. Y decidle que me alegro de que mis palabras significaran algo para ella. Y no olvidéis firmar «Gracias, Morrie».

Había una carta de un hombre de Inglaterra que había perdido a su madre y que pedía a Morrie que le ayudase a ponerse en contacto con ella a través del mundo espiritual. En otra carta una pareja quería desplazarse a Boston en coche para conocerle. Había una larga carta de una antigua alumna de posgrado que le contaba su vida después de dejar la universidad. Hablaba de un asesinato seguido de suicidio y de tres partos de niños muertos. Hablaba de su madre,

que había muerto de la ELA. Manifestaba su temor de que ella, la hija, contrajese también la enfermedad. Seguía y seguía. Dos páginas. Tres páginas. Cuatro páginas.

Morrie soportó todo el largo y sombrío relato. Cuando terminó por fin, dijo suavemente:

—Bueno, ¿qué respondemos?

El grupo se quedó en silencio. Al cabo, Rob dijo:

—¿Qué os parece: «Gracias por tu larga carta»?

Todos rieron. Morrie miró a su hijo y sonrió alegremente.

En el periódico que está cerca de su sillón hay una foto del lanzador de un equipo de béisbol de Boston que sonríe después de haber ganado el partido sin que marcara el equipo contrario. Pienso para mis adentros que, con todas las enfermedades que existen, Morrie ha tenido que contraer una que lleva el nombre de un deportista.

—¿Te acuerdas de Lou Gehrig? —le pregunto.

—Recuerdo su despedida en el estadio.

—¿Así que recuerdas su frase

famosa?

—¿Cuál?

—Vamos. La de Lou Gehrig. «El orgullo de los Yankees». El discurso que resonó por los altavoces.

—Recuérdamelo —dice Morrie—. Repite el discurso.

Oigo por la ventana abierta el ruido de un camión de la basura. Aunque hace calor, Morrie lleva una camisa de manga larga, una manta sobre las piernas, tiene la piel pálida. La enfermedad lo posee.

Levanto la voz e imito a Gehrig, como si las palabras retumbasen por las tapias del estadio:

—Hoooy... siento que soooy... el hombre más afortunadooo... sobre la faz de la tierra...

Morrie cierra los ojos y asiente despacio con la cabeza.

—Sí. Bueno. Yo no he dicho eso.

El quinto martes.

Hablamos de la familia

Era la primera semana de septiembre, la semana de la vuelta a las clases, y tras treinta y cinco otoños consecutivos a mi viejo profesor no lo esperaba una clase en un campus universitario. Boston estaba abarrotado de estudiantes que aparcaban en doble fila en las calles secundarias, que descargaban sus equipajes. Y Morrie estaba allí, en su despacho. Parecía fuera de lugar, como los jugadores de fútbol americano que se retiran por fin y que tienen que

enfrentarse a aquel primer domingo en su casa, viendo la televisión y pensando yo podría hacer eso aún. A lo largo de mis relaciones con esos jugadores he aprendido que es mejor dejarlos en paz cuando empieza la temporada otra vez. No hay que decirles nada. Pero, por otra parte, no me hacía falta recordar a Morrie que se le acababa el tiempo.

Para grabar nuestras conversaciones, habíamos descartado los micrófonos de mano, porque a Morrie le costaba demasiado trabajo sujetar nada durante tanto tiempo, a favor de los micrófonos miniatura que suelen utilizar los presentadores de televisión. Estos

micrófonos se pueden sujetar en el cuello o en la solapa de la ropa. Naturalmente, como Morrie sólo llevaba camisas de algodón blando que le caían sueltas sobre su cuerpo que se encogía cada vez más, el micrófono se hundía y se agitaba y yo tenía que acercarme a ajustarlo con frecuencia. Aquello parecía gustarle a Morrie, pues así yo me acercaba a él, al alcance de sus brazos, y su necesidad de afecto físico era más fuerte que nunca. Cuando yo me inclinaba sobre él, oía su respiración trabajosa y su tos débil, y chascaba suavemente los labios antes de tragar.

—Bueno, amigo mío —dijo—, ¿de

qué hablamos hoy?

—¿Qué te parece si hablamos de la familia?

—De la familia.

Reflexionó un momento.

—Bueno, ya ves a la mía, a mi alrededor.

Indicó con la cabeza las fotos de las estanterías, en las que se veía a Morrie de niño con su abuela; a Morrie de joven con su hermano, David; a Morrie con su mujer, Charlotte; a Morrie con sus dos hijos, Rob, que era periodista en Tokio, y Jon, que era informático en Boston.

—Creo que, a la luz de lo que hemos

estado hablando todas estas semanas, la familia resulta más importante todavía —dijo.

»La verdad es que la gente de hoy no tiene cimientos, no tiene una base segura, si no es la familia. Me ha quedado muy claro desde que estoy enfermo. Si no tienes el apoyo, el amor, el cariño y la dedicación que te ofrece una familia, no tienes gran cosa. El amor tiene una importancia suprema. Como dijo nuestro gran poeta Auden, «amaos los unos a los otros o pereceréis». Yo lo anoté.

—«Amaos los unos a los otros o pereceréis». ¿Lo dijo Auden?

—«Amaos los unos a los otros o pereceréis» —dijo Morrie—. Es bueno ¿verdad? Y es muy cierto. Sin amor, somos pájaros con las alas rotas.

»Supón que yo estuviera divorciado, o que viviera solo, o que no tuviera hijos. Esta enfermedad, lo que estoy pasando, sería mucho más duro. No estoy seguro de que pudiera soportarlo. Claro que vendría gente a visitarme: amigos, compañeros, pero no es lo mismo que tener a alguien que no se va a marchar. No es lo mismo que tener a alguien que sabes que te tiene el ojo encima, que te está observando todo el tiempo».

»Esto es parte de lo que es una familia, no es sólo amor, sino también hacer saber a los demás que hay alguien que está velando por ellos. Es lo que yo echaba tanto en falta cuando murió mi madre, lo que yo llamo «la seguridad espiritual» de uno: saber que tu familia estará allí, velando por ti. Nada en el mundo te dará eso. Ni el dinero. Ni la fama.

Me echó una mirada.

—Ni el trabajo —añadió.

La creación de una familia era una de las cuestiones que aparecían en mi pequeña lista: una de las cosas que uno quiere hacer bien antes de que sea

demasiado tarde. Hablé a Morrie del dilema de mi generación a la hora de decidir tener hijos o no, cómo solíamos pensar que nos ataban, que nos convertían en esas cosas llamadas «padres» que no queríamos ser. Reconocí que yo mismo compartía algunos de estos sentimientos.

Pero cuando miraba a Morrie me preguntaba si, estando en su lugar, a punto de morir, y si no tuviera familia, ni hijos, ¿no sería insoportable el vacío? Él había criado a sus dos hijos enseñándolos a amar y a querer, y, como el propio Morrie, ellos no sentían timidez a la hora de expresar su afecto.

Si él lo hubiera deseado, ellos habrían dejado todo lo que tuvieran entre manos para pasar junto a su padre cada minuto de sus últimos meses. Pero él no quería aquello.

—No interrumpáis vuestras vidas — les dijo—. De lo contrario, esta enfermedad nos habrá estropeado la vida a los tres en vez de a uno.

De este modo, aun muriéndose, manifestaba su respeto por los mundos de sus hijos. No es de extrañar que cuando se sentaban a su lado se produjera una catarata de afecto; se intercambiaban muchos besos y ellos se agachaban junto a la cama cogiéndole de

la mano.

—Cuando alguien me pregunta si debe tener hijos o no, yo no digo nunca lo que debe hacer —decía ahora Morrie, contemplando una foto de su hijo mayor—. Le digo, sencillamente: «No hay experiencia igual a tener hijos». Eso es todo. No se puede sustituir por nada. No se puede hacer con un amigo. No se puede hacer con una amante. Si quieres tener la experiencia de ser completamente responsable de otro ser humano y de aprender a amar y a estrechar lazos de la manera más profunda, entonces debes tener hijos.

—Entonces, ¿volverías a tenerlos?

—le pregunté.

Eché una mirada a la foto. Rob estaba besando a Morrie en la frente, y Morrie se reía con los ojos cerrados.

—¿Que si volvería a tenerlos? —me dijo, con aire de sorpresa—. Mitch, no me habría perdido esa experiencia por nada. Aunque...

Tragó saliva y dejó la foto en su regazo.

—...aunque hay que pagar un precio doloroso —dijo.

—Porque los vas a dejar.

—Porque los voy a dejar pronto.

Frunció los labios, cerró los ojos, y yo vi caer la primera lágrima por su

mejilla.

—Y ahora —susurró—, habla tú.

—¿Yo?

—De tu familia. Conozco a tus padres. Los conocí hace años, el día de la graduación. También tienes una hermana, ¿verdad?

—Sí —dije.

—Mayor, ¿verdad?

—Mayor.

—Y un hermano, ¿no es así?

Asentí con la cabeza.

—¿Menor?

—Menor.

—Como yo —dijo Morrie—.

También tengo un hermano menor.

—Como tú —dije yo.

—Asistió también a tu graduación, ¿verdad?

Parpadeé, y vi mentalmente a todos nosotros allí reunidos, dieciséis años atrás, el sol cálido, las togas azules, entrecerrando los ojos mientras nos estrechábamos con los brazos y posábamos para hacernos fotos de *Instamatic*, y alguien decía: «A la una, a las dos, a las treeees...».

—¿Qué pasa? —dijo Morrie advirtiéndome mi silencio repentino—. ¿En qué estás pensando?

—En nada —dije yo, cambiando de tema.

La verdad es que yo tengo, en efecto, un hermano, un hermano rubio, de ojos castaños, dos años menor que yo, tan diferente de mí y de mi hermana, que tiene el pelo oscuro, que solíamos hacerle rabiar diciéndole que unos desconocidos lo habían dejado en la puerta de la casa cuando era recién nacido.

—Y un día volverán por ti —le decíamos. Él lloraba cuando le decíamos esto, pero se lo decíamos igual.

Se crió como se crían muchos hijos más pequeños, mimado, adorado, y atormentado interiormente. Soñaba con

ser actor o cantante; volvía a reproducir, sentado a la mesa cuando cenábamos, las películas que había visto en la televisión, representando todos los papeles, mientras su sonrisa luminosa casi se le saltaba de los labios. Yo era el buen estudiante, él era el malo; yo era obediente, él transgredía las reglas; yo me abstenia de las drogas y del alcohol, él probaba todo lo que se podía meter en el cuerpo. Poco después de terminar los estudios secundarios se fue a vivir a Europa, pues prefería el estilo de vida más informal que había encontrado allí. Pero siguió siendo el favorito de la familia. Cuando visitaba la casa

familiar, yo me solía sentir rígido y conservador en su presencia alocada y divertida.

Con todo lo diferentes que éramos, yo razonaba que nuestros destinos nos lanzarían en direcciones opuestas cuando llegásemos a la edad adulta. Y tenía razón en todos los sentidos menos en uno. A partir del día en que murió mi tío, yo creí que sufriría una muerte semejante, una enfermedad temprana que acabaría conmigo. Por eso yo trabajaba a un ritmo febril y me preparaba para el cáncer. Sentía su aliento. Sabía que se me venía encima. Lo esperaba como el condenado a muerte espera al verdugo.

Y yo tenía razón. Llegó.

Pero a mí me respetó.

Atacó a mi hermano.

Era el mismo tipo de cáncer de mi tío. De páncreas. Un tipo poco frecuente. Y así, el más joven de nuestra familia, con su pelo rubio y sus ojos castaños, tuvo que someterse a la quimioterapia y a las radiaciones. Se le cayó el pelo; la cara se le quedó tan consumida como la de un esqueleto. Tenía que haberme tocado a mí, pensaba yo. Pero mi hermano no era yo y no era mi tío. Era un luchador, y lo había sido desde sus primeros años, cuando luchábamos en el sótano y llegaba a morderme

atravesando mi zapato con los dientes hasta que yo daba un grito de dolor y lo soltaba.

De modo que él plantó cara. Luchó contra la enfermedad en España, donde vivía, con la ayuda de un fármaco experimental que no estaba disponible en los Estados Unidos, ni lo está todavía. Recorrió toda Europa en avión para someterse a tratamientos. Después de cinco años de tratamientos, parecía que aquel fármaco iba expulsando al cáncer y lo hacía remitir.

Ésta era la buena noticia. La mala noticia era que mi hermano no me quería tener a su lado; ni a mí, ni a ninguno de

la familia. Por mucho que intentábamos llamarle y visitarle, él nos mantenía a distancia, insistiendo en que su lucha debía realizarla por su cuenta. Pasaban meses enteros sin que oyésemos una sola palabra suya. Los mensajes que dejábamos en su contestador automático quedaban sin respuesta. A mí me desgarraba el sentimiento de culpabilidad, pues pensaba que debería estar haciendo algo por él, y me consumía la ira por su negativa a concedernos el derecho a hacerlo.

Así pues, una vez más, me sumergí en el trabajo. Trabajaba porque el trabajo lo podía controlar. Trabajaba

porque trabajar era razonable y responsable. Y cada vez que llamaba al apartamento de mi hermano en España y me respondía el contestador automático, con la voz de mi hermano hablando en español, un indicio más de cuánto nos habíamos distanciado, yo colgaba y trabajaba un poco más.

Quizás fuera éste uno de los motivos por los que me sentía atraído por Morrie. Él me dejaba estar donde mi hermano no quería dejarme estar.

Volviendo la vista atrás, quizás Morrie lo supiera todo desde el principio.

Es un invierno de mi infancia, en una cuesta cubierta de nieve de nuestro barrio de las afueras. Mi hermano y yo vamos en el trineo, él arriba, yo debajo. Siento su barbilla en mi hombro y sus pies en mis corvas.

El trineo se desliza con estrépito sobre las placas de hielo. Cogemos velocidad según vamos bajando la cuesta.

—¡UN COCHE! —chilla alguien.

Lo vemos venir calle abajo, a nuestra izquierda. Gritamos e intentamos apartarnos gobernando el

trineo, pero los patines no se mueven. El conductor hace sonar la bocina y pisa el freno, y nosotros hacemos lo que hacen todos los niños: nos tiramos. Rodamos como troncos, con nuestros anoraks con capucha, por la nieve húmeda y fría, pensando que lo primero que nos tocará será la goma dura de la rueda de un coche. Vamos chillando, «AAAAAAH», y tenemos hormigueos de miedo, dando vueltas y más vueltas, viendo el mundo del revés, del derecho, del revés.

Y al final, nada. Dejamos de rodar y recobramos el aliento y nos limpiamos de la cara la nieve que gotea. El

conductor gira al final de la calle, haciéndonos un gesto sacudiendo el dedo. Estamos a salvo. Nuestro trineo ha chocado en silencio con un montón de nieve y nuestros amigos nos dan palmaditas y nos dicen: «guay», y «podíais haberos matado».

Sonríó a mi hermano y nos sentimos unidos por un orgullo infantil. Pensamos que no ha sido tan difícil, y estamos dispuestos a enfrentarnos de nuevo a la muerte.

El sexto martes. Hablamos de las emociones

Pasé ante los laureles silvestres y el falso plátano y subí los escalones de piedra azul de la puerta principal de la casa de Morrie. El canalón blanco colgaba como una tapadera sobre la puerta. Llamé al timbre y no salió a recibirme Connie sino Charlotte, la esposa de Morrie, una hermosa mujer de pelo gris que hablaba con voz melodiosa. No solía estar en casa cuando iba yo (seguía trabajando en el

Instituto de Tecnología de Massachusetts, tal como quería Morrie), y aquella mañana me sorprendió verla.

—Morrie lo está pasando mal hoy —me dijo. Fijó la vista durante un momento por encima de mi hombro, y después se dirigió a la cocina.

—Lo siento —dije yo.

—No, no, se alegrará de verte —dijo ella en seguida—. Estoy segura...

Se interrumpió a mitad de la frase, volviendo ligeramente la cabeza, escuchando algo. Después siguió diciendo:

—Estoy segura... de que se sentirá mejor cuando sepa que estás aquí.

Tomé las bolsas del supermercado, «mis víveres habituales», dije en broma, y ella pareció sonreír e inquietarse a la vez.

—Ya hay mucha comida. No se ha comido nada de lo que trajiste la última vez.

Aquello me cogió de sorpresa.

—¿No se ha comido nada? — pregunté.

Ella abrió la nevera y vi los recipientes de ensalada de pollo, fideos, verduras, calabacines rellenos, todo lo que había traído yo para Morrie. Abrió el congelador y había más cosas todavía.

—Morrie no se puede comer la mayor parte de esta comida. Es demasiado dura para que pueda ingerirla. Ahora tiene que comer cosas blandas y líquidos.

—Pero no me había dicho nada — dije yo. Charlotte sonrió.

—No quiere herir tus sentimientos.

—No habría herido mis sentimientos. Lo único que quería yo era ayudarle de alguna manera. Lo que quiero decir es que lo único que quería era traerle algo...

—Ya le estás trayendo algo. Espera tus visitas con ilusión. Habla de que tiene que realizar contigo este proyecto,

de que tiene que concentrarse y dedicarle tiempo. Creo que le está dando una buena orientación...

Volvió a dirigirme aquella mirada distante, de conectar con algo desde otra parte. Yo sabía que Morrie estaba pasando malas noches, que no dormía, y eso quería decir que con frecuencia Charlotte tampoco dormía en toda la noche. A veces, Morrie se quedaba despierto en la cama tosiendo durante horas enteras: tardaba todo ese tiempo en despejarse las flemas de la garganta. Ahora había enfermeras que se quedaban en casa toda la noche y muchos visitantes a lo largo del día,

antiguos alumnos, compañeros del claustro académico, maestros de meditación, que entraban y salían de la casa. Algunos días, Morrie tenía media docena de visitantes, y a menudo estaban en la casa cuando Charlotte volvía del trabajo. Ella lo llevaba con paciencia, aunque toda aquella gente de fuera consumía minutos preciosos que ella podía pasar con Morrie.

—... una orientación —siguió diciendo—. Sí. Eso es bueno, ya lo sabes.

—Así lo espero —dije yo.

Le ayudé a meter en la nevera toda la comida nueva. En la encimera de la

cocina había todo tipo de notas, mensajes, informaciones, instrucciones médicas. En la mesa había más frascos de pastillas que nunca —Selestone para el asma, Ativan para ayudarle a dormir, Naproxen para las infecciones—, además de un preparado de leche en polvo y de laxantes. Oímos que se abría una puerta al fondo del pasillo.

—Quizás esté disponible ahora... voy a verlo.

Charlotte volvió a mirar mi comida y yo me sentí avergonzado de pronto. Tantos recuerdos de cosas de las que Morrie no disfrutaría jamás.

Los pequeños horrores de su enfermedad iban en aumento, y cuando me senté por fin con Morrie, éste estaba tosiendo más de lo habitual, con una tos seca y purulenta que le sacudía el pecho y que le hacía mover bruscamente la cabeza hacia delante. Después de un acceso violento, dejó de toser, cerró los ojos y respiró. Yo me quedé sentado en silencio, pues pensaba que se estaría recuperando del esfuerzo.

—¿Está la cinta en marcha? —dijo de pronto, con los ojos cerrados todavía.

—Sí, sí —dije apresuradamente, pulsando los botones de play y record.

—Lo que estoy haciendo ahora —dijo, con los ojos cerrados todavía—, es desligarme de la vivencia.

—¿Desligarte?

—Sí. Desligarme. Y esto es importante; no sólo para una persona como yo, que me estoy muriendo, sino para una persona como tú, que estás perfectamente sano. Aprende a desligarte.

Abrió los ojos. Suspiró.

—¿Sabes lo que dicen los budistas? «No te aferres a las cosas, porque todo es impermanente».

—Pero, espera un momento —dije yo—. ¿No estás hablando siempre de vivir la vida? ¿Todas las emociones buenas, todas las malas?

—Sí.

—Pues bien, ¿cómo puedes hacer eso si estás desligado?

—Ah. Estás pensando, Mitch. Pero el desapego no significa que no dejes que la vivencia penetre en ti. Al contrario: dejas que penetre en ti plenamente. Así es como eres capaz de dejarla.

—No te sigo.

—Toma el caso de cualquier emoción: el amor a una mujer, o el dolor

por la pérdida de un ser querido, o lo que estoy pasando yo, el miedo y el dolor de una enfermedad mortal. Si contienes las emociones, si no te permites a ti mismo llevarlas hasta el final, nunca podrás llegar a estar desligado; estarás demasiado ocupado con tu miedo. Tienes miedo al dolor, tienes miedo a la pérdida de un ser querido. Tienes miedo a la vulnerabilidad que trae aparejado el amor.

Pero si te sumerges en estas emociones, permitiéndote a ti mismo tirarte de cabeza a ellas, hasta el final, por encima de tu cabeza incluso, las

vives de una manera plena y completa. Sabes lo que es el dolor. Sabes lo que es el amor. Sabes lo que es la pérdida de un ser querido. Y sólo entonces puedes decir: «Está bien. He vivido esa emoción. Reconozco esa emoción. Ahora necesito desligarme de esa emoción por un momento».

Morrie hizo una pausa y me observó, tal vez para asegurarse de que yo entendía bien aquello.

—Sé que crees que sólo estamos hablando de la muerte —dijo—, pero es lo que yo te repito: cuando aprendes a morir, aprendes a vivir.

Morrie me habló de sus momentos

más terribles, cuando sentía el pecho bloqueado con ataques de tos o cuando no sabía si volvería a respirar. Eran momentos horribles, decía, y sus primeras emociones eran el horror, el miedo, la angustia. Pero cuando llegó a reconocer la sensación de esas emociones, su textura, su humedad, el escalofrío por la espalda, el sofoco que te recorre el cerebro, entonces fue capaz de decirse: «Está bien. Esto es miedo. Apártate de él. Apártate».

Pensé en la frecuencia con que era necesario esto en la vida diaria. En cómo nos sentimos solos, a veces hasta el borde de las lágrimas, pero no

dejamos salir esas lágrimas porque no debemos llorar. O en cómo sentimos un arrebato de amor por nuestra pareja, pero no decimos nada porque nos paraliza el miedo a las consecuencias que pudieran tener esas palabras sobre la relación de pareja.

El planteamiento de Morrie era exactamente el contrario. Abre el grifo. Lávate con la emoción. No te hará daño. Sólo puede ayudarte. Si dejas entrar el miedo, si te lo pones como una camisa habitual, entonces podrás decirte a ti mismo: «Bueno, no es más que miedo, no tengo que dejar que me controle. Lo veo por lo que es».

Lo mismo pasa con la soledad: te dejas llevar, dejas salir las lágrimas, la sientes por completo, pero al final eres capaz de decir: «Bueno, éste ha sido mi momento con la soledad. No tengo miedo a sentirme solo, pero ahora voy a dejar de lado esa soledad y sé que hay otras emociones en el mundo, y voy a vivirlas también».

—Deslígate —volvió a decir Morrie.

Cerró los ojos, y tosió.

Y volvió a toser.

Y volvió a toser, más fuerte.

De pronto, estaba casi ahogándose, parecía que la congestión de sus

pulmones se burlaba de él, saltando hasta media altura, volviendo a caer después, robándole el aliento. Se ahogaba, después tosía violentamente y sacudía las manos ante sí, con los ojos cerrados, sacudiendo las manos, casi parecía un poseso, y yo sentí que la frente se me inundaba de sudor. Tiré de él instintivamente hacia delante y le di palmadas en la espalda, y él se llevó un pañuelo de papel a la boca y escupió un esputo de flema.

La tos cesó, y Morrie volvió a recostarse entre las almohadas de gomaespuma y absorbió aire.

—¿Estás bien? ¿Está todo bien? —

pregunté yo, intentando ocultar mi miedo.

—Estoy... bien —susurró Morrie, levantando un dedo tembloroso—. Espera... un momento, nada más.

Nos quedamos en silencio hasta que volvió a respirar normalmente. Yo sentía el sudor en mi cuero cabelludo. Me pidió que cerrase la ventana, pues la brisa le daba frío. No le dije que en el exterior hacía una temperatura de veintiséis grados.

Por último, con un susurro, dijo:

—Ya sé cómo quiero morir.

Yo esperé en silencio.

—Quiero morir serenamente. En

paz. No como lo que acaba de pasar.

»Y aquí es donde entra en juego el desapego. Si me muero en pleno ataque de tos, como el que acabo de tener, tengo que ser capaz de desligarme del horror, tengo que decir: «éste es mi momento».

»No quiero dejar el mundo en un estado de miedo. Quiero saber lo que está pasando, aceptarlo, ir a un lugar en paz y soltarme. ¿Me entiendes?».

Asentí con la cabeza.

—No te sueltes todavía —añadí en seguida.

Morrie sonrió de manera forzada.

—No. Todavía no. Todavía nos

queda trabajo que hacer.

—¿Crees en la reencarnación? —le pregunto.

—Quizás.

—¿En qué forma te gustaría volver?

—Si pudiera elegir, en forma de gacela.

—¿De gacela?

—Sí. Tan elegante. Tan veloz.

—¿De gacela?

Morrie me sonríe.

—¿Te parece raro?

Observo su cuerpo encogido, sus

ropas sueltas, sus pies envueltos en calcetines, apoyados rígidamente sobre almohadones de gomaespuma, incapaz de moverse, como un preso con grillos en los pies. Me imagino una gacela que corre por el desierto.

—No —le digo—. No me parece raro en absoluto.

El profesor, segunda parte

El Morrie que yo conocía, el Morrie que conocían tantos otros, no habría sido el hombre que era si no hubiera pasado unos años trabajando en un hospital psiquiátrico en las afueras de Washington D. C., un hospital que tenía el nombre engañosamente apacible de *Chestnut Lodge*, Casa de los Castaños. Era uno de los primeros empleos de Morrie después de obtener su máster y su doctorado en la Universidad de Chicago. Después de descartar

Medicina, Derecho y Empresariales, Morrie había llegado a la conclusión de que el mundo de la investigación sería un lugar donde él podría aportar algo sin explotar a los demás.

Morrie fue becado para observar a los pacientes psiquiátricos y registrar sus tratamientos. Esta idea nos parece corriente ahora mismo, pero era revolucionaria en los primeros años cincuenta. Morrie veía a pacientes que se pasaban todo el día gritando. A pacientes que se pasaban toda la noche llorando. A pacientes que se hacían las necesidades encima. A pacientes que se negaban a comer, a los que había que

reducir a la fuerza, darles medicamentos, alimentarlos por vía intravenosa.

Una paciente, una mujer de mediana edad, salía todos los días de su habitación y se tumbaba boca abajo en el suelo de baldosas, se quedaba allí horas enteras, mientras los médicos y las enfermeras pasaban a su lado esquivándola. Morrie lo veía con horror. Tomaba notas, pues para eso estaba allí. Ella hacía lo mismo todos los días: salía por la mañana, se tumbaba en el suelo, se quedaba allí hasta el anochecer, sin hablar con nadie, sin que nadie le hiciera caso. Aquello entristecía a

Morrie. Empezó a sentarse en el suelo con ella, hasta a echarse junto a ella, intentando sacarla de su tristeza. Por fin consiguió que se incorporara, e incluso que volviese a su habitación. Descubrió que lo que más quería ella era lo mismo que quieren muchas personas: que alguien advirtiera su presencia.

Morrie trabajó cinco años en *Chestnut Lodge*. Aunque no estaba bien visto, se hizo amigo de algunos pacientes, entre ellos de una mujer que bromeaba con él hablando de la suerte que tenía ella de estar allí, «porque mi marido es rico, de modo que se lo puede permitir. ¿Se imagina que yo tuviera que

estar en uno de esos psiquiátricos baratos?».

Otra mujer, que escupía a todas las demás personas, cobró simpatía a Morrie y lo llamaba amigo suyo. Hablaban todos los días, y el personal se animó, al menos, al ver que alguien había conectado con ella. Pero un día se fugó, y pidieron a Morrie que les ayudara a hacerla volver. La encontraron en una tienda próxima, escondida en la trastienda, y cuando entró Morrie ella lo fulminó con una mirada iracunda.

—¿Así que tú eres también uno de ellos? —le dijo con desprecio.

—¿Uno de quiénes?

—De mis carceleros.

Morrie observó que la mayoría de los pacientes que estaban ingresados allí habían sido rechazados y despreciados en sus vidas, se les había hecho sentir que no existían. También echaban de menos la compasión, que era algo que se le acababa en seguida al personal. Y muchos de aquellos pacientes eran gente acomodada, de familias ricas, pero su riqueza no les servía para conseguir la felicidad ni la satisfacción. Él no olvidó nunca aquella lección.

Yo solía decir a Morrie en broma

que estaba varado en los años sesenta. Él me respondía que los años sesenta no habían sido tan malos comparados con los tiempos que vivíamos ahora.

Llegó a la Universidad de Brandeis después de su trabajo en el terreno de la salud mental, poco antes de que comenzaran los años sesenta. Al cabo de pocos años, el campus se convirtió en un foco de revolución cultural. Drogas, sexo, cuestión racial, protestas por la guerra de Vietnam. Abbie Hoffman estudió en Brandeis. También estudiaron allí Jerry Rubin y Angela Davis. Morrie tenía en sus clases a muchos de los estudiantes «radicales».

Esto se debía en parte a que, en vez de limitarse a impartir las clases, el claustro de sociología se comprometió. Se oponía ferozmente a la guerra, por ejemplo. Cuando los catedráticos se enteraron de que los alumnos, que no mantenían una cierta nota media, podían perder sus prórrogas por estudios y ser llamados a filas, decidieron no dar ninguna nota. Cuando el rectorado dijo: «Si no dan notas a estos estudiantes, todos suspenderán», Morrie encontró una solución: «Vamos a darles sobresaliente a todos». Y eso hicieron.

Así como los años sesenta abrieron el campus, también se abrió el personal

del departamento de Morrie, desde los vaqueros y las sandalias que se ponían para trabajar hasta su visión del aula como un lugar vivo, que respira. Preferían los debates a las conferencias, la experiencia a la teoría. Enviaban alumnos al Sur Profundo para que realizaran proyectos sobre los derechos civiles y al centro de la ciudad para que hicieran trabajos de campo. Iban a Washington a participar en manifestaciones, y Morrie solía viajar en los autobuses con sus alumnos. En uno de los viajes contempló divertido cómo unas mujeres con faldas sueltas y con cuentas del amor ponían flores en

los fusiles de los soldados y se sentaban en un prado, cogidas de la mano, intentando hacer que el Pentágono levitase.

—No lo movieron —recordaba más tarde—, pero fue un buen intento.

Una vez, un grupo de estudiantes negros se encerró en el edificio Ford, en el campus de Brandeis, y le colgaron una pancarta que decía: UNIVERSIDAD MALCOLM X. En el edificio Ford había laboratorios de química, y algunos miembros del rectorado temían que aquellos radicales estuvieran fabricando bombas en el sótano. Morrie conocía la realidad. Sabía cuál era el meollo del

problema: que unos seres humanos querían sentir que tenían importancia.

El encierro duró varias semanas. Y podría haber durado más tiempo si no hubiera sucedido un día que Morrie pasaba cerca del edificio y uno de los manifestantes lo reconoció como uno de sus profesores favoritos y lo llamó a gritos pidiéndole que entrase por una ventana.

Una hora más tarde, Morrie se deslizaba por la ventana con una lista de lo que querían los manifestantes. Llevó la lista al rector de la universidad, y la situación se resolvió.

Morrie encontraba siempre buenas

soluciones.

En Brandeis impartía asignaturas de psicología social, de enfermedad y salud mental, de procesos de grupo. En sus clases se daba poca importancia a lo que ahora llamaríamos «conocimientos para la carrera profesional» y mucha al «desarrollo personal».

Y, debido a esto, los estudiantes de Empresariales y de Derecho de hoy podrían creer que Morrie fue un estúpido ingenuo con sus aportaciones. ¿Cuánto dinero ganaron más tarde sus alumnos? ¿Cuántos grandes juicios ganaron?

Por otra parte, ¿cuántos estudiantes

de Empresariales o de Derecho visitan a sus antiguos profesores después de dejar la universidad? Los alumnos de Morrie lo hacían constantemente. Y en sus últimos meses acudieron a él a centenares: de Boston, Nueva York, California, Londres y Suiza; de sedes sociales de empresas y de programas escolares en zonas urbanas pobres. Le llamaban. Le escribían. Hacían viajes de centenares de kilómetros en coche para dedicarle una visita, una palabra, una sonrisa.

«Nunca he tenido otro maestro como tú», decían todos.

Mientras sigo repitiendo mis visitas a Morrie empiezo a leer libros que tratan de la muerte, del modo en que las diversas culturas conciben el paso final. Hay una tribu de la región ártica de Norteamérica, por ejemplo, cuyos miembros creen que todas las cosas que hay en la tierra tienen un alma cuya forma es la del cuerpo que la contiene, en miniatura, de modo que el ciervo tiene dentro un ciervo pequeño y el hombre tiene dentro un hombre pequeño. Cuando muere el ser grande, esa forma pequeña sigue

viviendo. Puede deslizarse al interior de algo que nace en las proximidades, o puede ir a un lugar de descanso temporal en el cielo, en el vientre de un gran espíritu femenino, donde espera hasta que la Luna puede volver a enviarla a la tierra de nuevo.

Dicen que, a veces, la Luna está tan ocupada con las nuevas almas del mundo que desaparece del cielo. Por eso tenemos noches sin Luna. Pero al final la Luna regresa siempre, como regresamos todos.

Eso es lo que creen.

El séptimo martes. Hablamos de miedo a la vejez

Morrie había perdido su batalla. Otra persona ya le limpiaba el trasero.

Lo afrontó aceptándolo con su valor característico. Cuando ya no era capaz de llegarse al trasero cuando utilizaba el inodoro, informó a Connie de su última limitación.

—¿Te incomodaría hacerlo por mí?

Ella dijo que no.

A mí me pareció característico de él que se lo preguntase primero.

Morrie reconoció que le había costado cierto trabajo acostumbrarse, pues era, en cierto modo, una rendición completa ante la enfermedad. Ya se le había despojado de las cosas más personales y más básicas: ir al baño, sonarse la nariz, lavarse las partes íntimas. Con la excepción de respirar y de ingerir la comida, dependía de los demás prácticamente para todo.

Pregunté a Morrie cómo conseguía seguir siendo positivo con todo lo que estaba pasando.

—Tiene gracia, Mitch —me dijo—. Yo soy una persona independiente, de modo que mi tendencia era resistirme a

todo esto, a que me ayudaran a bajar del coche, a que otra persona me vistiera. Me sentía un poco avergonzado, pues nuestra cultura nos dice que debemos avergonzarnos si no somos capaces de limpiarnos el trasero. Pero después pensé: Olvídate de lo que dice la cultura. He pasado por alto la cultura durante buena parte de mi vida. No voy a avergonzarme. ¿Qué importancia tiene?

»Y ¿sabes una cosa? Una cosa muy extraña».

—¿Qué es?

—Que empecé a disfrutar de mi dependencia. Ahora me gusta que me

vuelvan de costado y me pongan pomada en el trasero para que no me salgan llagas. O que me sequen la frente, o que me den un masaje en las piernas. Gozo con ello. Cierro los ojos y me deleito con ello. Y me parece muy familiar.

»Es como volver a ser niño. Que una persona te bañe. Que una persona te tome en brazos. Que una persona te limpie. Todos sabemos ser niños. Lo llevamos dentro. Para mí, es una cuestión de recordar el modo de disfrutarlo.

»La verdad es que cuando nuestras madres nos tenían en brazos, nos acunaban, nos acariciaban la cabeza,

ninguno de nosotros se cansaba nunca. Todos anhelamos de algún modo volver a aquellos días en que nos cuidaban por completo, con amor incondicional. La mayoría no nos cansábamos nunca.

»Sé que yo no me cansaba».

Miré a Morrie y comprendí de pronto por qué le gustaba que mi inclinase sobre él para ajustarle el micrófono, para mover las almohadas o para secarle los ojos. El contacto humano. A sus setenta y ocho años, estaba dando como adulto y recibiendo como niño.

Aquel mismo día, más tarde, hablamos de la vejez. O quizás debiera decir que hablamos del miedo a la vejez, que era otro de los puntos de mi lista de «las cosas que inquietan a mi generación». Cuando venía del aeropuerto de Boston había contado por el camino los carteles publicitarios en los que salían personas jóvenes y guapas. Había un joven guapo con sombrero de vaquero, fumándose un cigarrillo, dos jóvenes hermosas sonriendo ante un frasco de champú, una adolescente de aspecto sensual con los vaqueros desabrochados, y una mujer provocativa con un vestido de

terciopelo negro junto a un hombre de smoking, sujetando sendos vasos de whisky escocés.

No había visto ni un solo personaje que pudiera aparentar más de treinta y cinco años. Dije a Morrie que yo ya me sentía en la cuesta abajo, por mucho que intentaba desesperadamente mantenerme en la cumbre. Hacía ejercicio constantemente. Tenía cuidado con lo que comía. Me observaba las entradas del pelo en el espejo. Había pasado de estar orgulloso de decir mi edad, por todo lo que había conseguido tan joven, a no tocar el tema, por el miedo a estarme acercando demasiado a los

cuarenta, y, por lo tanto, al olvido profesional.

Morrie tenía una visión mejor de la vejez.

—Toda esa importancia que se da a la juventud... yo no me la trago —dijo—. Mira, sé lo triste que puede resultar el ser joven, así que no me digan que es tan maravilloso. Todos aquellos chicos que acudían a mi con sus penalidades, sus luchas, sus sentimientos de ineptitud, su sensación de que la vida era desgraciada, que se sentían tan mal que se querían suicidar...

»Y además de todas las tristezas, los jóvenes no son sabios. Tienen un

entendimiento de la vida muy limitado. ¿Quién quiere vivir todos los días cuando no sabe lo que está pasando? ¿Cuando la gente te manipula, te dice que si te compras tal perfume serás guapa, o que si te compras tal par de vaqueros serás atractivo... y tú te lo crees? Es absurdo».

—¿No tuviste tú nunca miedo a hacerte viejo? —le pregunté.

—Mitch, yo abrazo la vejez.

—¿Que la abrazas?

—Es muy sencillo. Cuando creces, aprendes más. Si te quedaras en los veintidós años, serías siempre tan ignorante como cuando tenías veintidós

años. El envejecimiento no es sólo decadencia, ¿sabes? Es crecimiento. Es algo más que el factor negativo de que te vas a morir, también es el factor positivo de que entiendes que te vas a morir, y de que vives por ello una vida mejor.

—Sí —dije yo—, pero si es tan valioso envejecer, ¿por qué dice siempre la gente: «Ay, si yo volviera a ser joven»? Nunca se oye a nadie decir: «Ojalá tuviera sesenta y cinco años».

Sonrió.

—¿Sabes lo que se trasluce en eso? Vidas insatisfechas. Vidas no realizadas. Vidas que no han encontrado sentido.

Porque, si has encontrado un sentido en tu vida, no quieres volverte atrás. Quieres seguir adelante. Quieres ver más, hacer más. No quieres esperar a tener sesenta y cinco años.

»Escucha. Debes saber una cosa. Todos los más jóvenes deben saber una cosa. Si estás luchando siempre contra el envejecimiento, vas a ser siempre infeliz, porque te va a llegar en todo caso.

»Y, Mitch...

Bajó la voz.

»La verdad es que tú te vas a morir al final.

Asentí con la cabeza.

»No importará lo que te digas a ti mismo.

—Ya lo sé.

—Pero espero que eso no pase hasta dentro de mucho, mucho tiempo —dijo.

Cerró los ojos con un aire de paz y me pidió que le colocase las almohadas detrás de la cabeza. Necesitaba que le colocasen el cuerpo constantemente para estar cómodo. Estaba sujeto en el sillón con almohadas blancas, con gomaespuma amarilla y con toallas azules. A primera vista parecía que estuvieran embalando a Morrie para transportarlo.

—Gracias —susurró mientras yo

movía las almohadas.

—No hay de qué —dije yo.

—Mitch. ¿Qué piensas?

Hice una pausa antes de responder.

—Bueno —dije—, me pregunto cómo es que no envidias a las personas más jóvenes y más sanas.

—Ah, supongo que las envidio.

Cerró los ojos.

»Las envidio porque son capaces de ir al gimnasio o de ir a nadar. O a bailar. Sobre todo lo de bailar. Pero la envidia me invade, yo la siento, y después la suelto. ¿Recuerdas lo que dije del desapego? Suéltalo. Decirte a ti mismo: «Esto es envidia, y ahora voy a

apartarme de ella». «Y te alejas».

Tosió, una tos larga, rasposa, y se llevó a la boca un pañuelo de papel y escupió débilmente en él. Allí sentado, yo me sentía mucho más fuerte que él, desproporcionadamente más fuerte, como si pudiera levantarlo y echármelo al hombro como un saco de harina. Mi superioridad me turbaba, pues yo no me sentía superior a él en ningún otro sentido.

—¿Cómo consigues no envidiar...?

—¿Qué?

—No envidiarme a mí.

Sonrió.

—Mitch, es imposible que los viejos

no envidiemos a los jóvenes. Pero la cuestión es aceptar quién eres y gozar de ello. Éste es tu momento de tener treinta y tantos años. Yo tuve mi momento de tener treinta y tantos años, y ahora es mi momento de tener setenta y ocho.

»Tienes que encontrar lo que hay de bueno, de verdadero y de hermoso en tu vida tal como es ahora. Si miras atrás, te vuelves competitivo. Y la edad no es una cuestión de competitividad».

Suspiró y bajó los ojos, como para ver cómo se dispersaba su aliento por el aire.

»La verdad es que una parte de mí tiene todas las edades. Tengo tres años,

tengo cinco años, tengo treinta y siete años, tengo cincuenta años. He pasado por todas estas edades y sé cómo son. Me encanta ser un niño cuando es adecuado ser un niño. Me encanta ser un viejo sabio cuando es adecuado ser un viejo sabio. ¡Piensa todo lo que puedo ser! Tengo todas las edades hasta la mía. ¿Lo entiendes?».».

Asentí con la cabeza.

—«¿Cómo puedo tener envidia de que estés donde estás... cuando yo mismo he estado allí?».

«El destino hace sucumbir a

muchas especies: sólo una se pone en peligro a sí misma». W. H. AUDEN, el poeta favorito de Morrie.

El octavo martes.

Hablamos del dinero

«No quiero que se escriba en mi tumba: “Nunca tuve una cadena de emisoras”».

Morrie se rió y después sacudió la cabeza. Entraba el sol de la mañana por la ventana que tenía a su espalda, y caía sobre las flores rosadas del hibisco que estaba en el alféizar. La cita era de Ted Turner, magnate multimillonario de las comunicaciones, fundador de la CNN, que se estaba lamentando de no haber

conseguido apoderarse de la cadena de emisoras CBS en una operación gigantesca de absorción de empresas. Yo había llevado el artículo a Morrie aquella mañana porque me preguntaba si Turner, en el caso de encontrarse alguna vez en la situación de mi viejo profesor, perdiendo la respiración, petrificándosele el cuerpo, tachando uno a uno en el calendario los días que le quedaban, se lamentaría verdaderamente de no haber tenido una cadena de emisoras.

—Todo forma parte de un mismo problema, Mitch —dijo Morrie—. Depositamos nuestros valores en cosas

equivocadas. Y eso nos conduce a vivir unas vidas muy desilusionadas. Creo que debemos hablar de esto.

Morrie estaba centrado. Por entonces tenía días buenos y días malos. Estaba pasando un día bueno. La noche anterior había acudido a la casa para cantar ante él un coro local *a cappella*, y él me lo contó con emoción, como si hubieran pasado a visitarlo los mismísimos Ink Spots. Morrie ya tenía un poderoso amor a la música aun antes de ponerse enfermo, pero ahora ese amor era tan intenso que lo conmovía hasta saltársele las lágrimas. A veces escuchaba ópera por la noche, cerrando

los ojos, dejándose llevar por las voces magníficas que ascendían y caían.

—Deberías haber oído a aquel coro anoche, Mitch. ¡Qué sonido!

A Morrie le habían agradado siempre los placeres sencillos: cantar, reír, bailar. Ahora, más que nunca, las cosas materiales significaban poco o nada para él. Cuando una persona muere, siempre se oye decir a alguien: «No te lo puedes llevar a la tumba». Parecía que Morrie lo sabía desde hacía mucho tiempo.

—En nuestro país estamos practicando el lavado de cerebro en cierto modo —dijo Morrie con un

suspiro—. ¿Sabes cómo se lava el cerebro a la gente? Repitiendo algo una y otra vez. Y eso es lo que hacemos en este país. Poseer cosas es bueno. Más dinero es bueno. Más bienes es bueno. Más comercialismo es bueno. Más es bueno. Más es bueno. Lo repetimos, y nos lo repiten, una y otra vez, hasta que nadie se molesta siquiera en pensar lo contrario. La persona media está tan obnubilada por todo esto que ya no tiene una visión de lo que es verdaderamente importante.

»En mi vida me encontraba por todas partes con personas que querían engullir algo nuevo. Engullir un coche

nuevo. Engullir un bien inmobiliario nuevo. Engullir el último juguete. Y después querían contártelo. «¿A que no sabes lo que tengo? ¿A que no sabes lo que tengo?».

»¿Sabes cómo he interpretado esto siempre? Estas personas tenían tanta hambre de amor que aceptaban sucedáneos. Abrazaban las cosas materiales y esperaban que éstas les devolvieran el abrazo de alguna manera. Pero eso no da resultado nunca. Las cosas materiales no pueden servir de sucedáneo del amor, ni de la delicadeza, ni de la ternura, ni del sentimiento de camaradería.

»El dinero no sirve de sucedáneo de la ternura, y el poder no sirve de sucedáneo de la ternura. Te puedo asegurar, como que estoy aquí sentado muriéndome, que cuando más lo necesitas, ni el dinero ni el poder te darán el sentimiento que buscas, por mucho que tengas de las dos cosas».

Recorrí con la mirada el despacho de Morrie. Era idéntico aquel día que el primer día en que llegué allí. Los libros ocupaban los mismos lugares en los estantes. El mismo escritorio viejo estaba abarrotado de papeles. Las demás habitaciones no se habían mejorado ni modernizado. En realidad,

Morrie no se había comprado nada nuevo, salvo material médico, desde hacía mucho tiempo, desde hacía años quizás. El mismo día que supo que tenía una enfermedad terminal perdió interés por su poder adquisitivo.

Así pues, el televisor era el mismo, de modelo antiguo, el coche que llevaba Charlotte era el mismo, de modelo antiguo, la vajilla, los cubiertos y las toallas eran todas las mismas. Sin embargo, la casa había cambiado drásticamente. Se había llenado de amor, de enseñanzas y de comunicación. Se había llenado de amistad, de familia, de sinceridad y de lágrimas. Se había

llenado de compañeros, de alumnos, de maestros de meditación, de fisioterapeutas, de enfermeras y de coros *a cappella*. Se había convertido, de una manera muy real, en una casa rica, aunque la cuenta corriente de Morrie se estuviera agotando rápidamente.

—En este país hay una gran confusión entre lo que queremos y lo que necesitamos —dijo Morrie—. Necesitas comida; quieres un helado de chocolate. Tienes que ser sincero contigo mismo. No necesitas el último coche deportivo, no necesitas la casa más grande.

»La verdad es que estas cosas no te

dan satisfacción. ¿Sabes qué es lo que te da satisfacción de verdad?».

—¿Qué?

—Ofrecer a los demás lo que puedes dar.

—Pareces un *boy scout*.

—No me refiero al dinero, Mitch. Me refiero a tu tiempo. A tu interés. A tu capacidad para contar cuentos. No es tan difícil. Cerca de aquí han abierto un centro para ancianos. Allí acuden docenas de personas mayores todos los días. Si eres un hombre o una mujer joven y tienes unos conocimientos, te invitan a que vayas allí y los enseñes. Suponte que sabes informática. Vas allí

y les enseñas informática. Te reciben muy bien. Y te lo agradecen mucho. Así es como empiezas a recibir respeto, ofreciendo algo que tienes.

»Eso lo puedes hacer en muchos sitios. No hace falta que tengas un gran talento. En los hospitales y en las residencias de ancianos hay personas solas que no quieren más que algo de compañía. Juegas a las cartas con un hombre mayor que está solo y encuentras un nuevo respeto hacia ti mismo, porque te necesitan».

»¿Recuerdas lo que dije de encontrar una vida llena de sentido? Lo escribí, pero ahora lo puedo repetir de

memoria: Dedícate a amar a los demás, dedícate a la comunidad que te rodea y dedícate a crear algo que te aporte un norte y un sentido.

»Advertirás —añadió, sonriendo—, que aquí no se dice nada de un sueldo.

Yo apuntaba en un bloc de hojas amarillas algunas de las cosas que decía Morrie. Lo hacía principalmente porque no quería que me viera los ojos, que supiera lo que pensaba yo, que yo había perseguido durante una buena parte de mi vida, desde mi graduación, aquellas mismas cosas que él había denunciado: juguetes mayores, una casa más bonita. Como yo trabajaba entre deportistas

ricos y famosos, me había convencido a mí mismo de que mis necesidades eran realistas, de que mi codicia era insignificante comparada con la de ellos.

Aquello era una cortina de humo. Morrie lo había puesto de manifiesto.

—Mitch, si lo que quieres es presumir ante los que están en la cumbre, olvídale. Te despreciarán de todos modos. Y si lo que quieres es presumir ante los que están por debajo, olvídale. No harán más que envidiarte. Un alto nivel social no te llevará a ninguna parte. Sólo un corazón abierto te permitirá flotar equitativamente entre

todos.

Hizo una pausa y me miró.

—Me estoy muriendo ¿no es así?

—Sí.

—¿Por qué crees que es tan importante para mí oír los problemas de otras personas? ¿Acaso no tengo bastante dolor y sufrimiento propios?

»Claro que los tengo. Pero lo que me hace sentirme vivo es dar a los demás. No es mi coche ni mi casa. No es mi aspecto cuando me miro al espejo. Cuando doy mi tiempo, cuando puedo hacer sonreír a alguien que se sentía triste, me siento todo lo sano que puedo sentirme.

»Haz las cosas que te salen del corazón. Cuando las hagas, no estarás insatisfecho, no tendrás envidia, no desearás las cosas de otra persona. Por el contrario, lo que recibirás a cambio te abrumará».

Tosió e intentó coger la campanilla que estaba en la silla. Tuvo que tantearla varias veces, y por último la cogí yo y se la puse en la mano.

—Gracias —susurró. La agitó débilmente, intentando llamar a Connie...

—A ese tal Ted Turner —dijo Morrie—, ¿no se le pudo ocurrir ninguna otra cosa que escribir en su

lápida?

*«Cada noche, cuando me duermo,
me muero. Y a la mañana siguiente,
cuando me despierto, renazco».*
MAHATMA GANDHI.

El noveno martes. Hablamos de cómo perdura el amor

Las hojas habían empezado a cambiar de color y hacían del viaje a través de West Newton un retrato de oro y herrumbre. Allá en Detroit, el enfrentamiento laboral se había estancado, pues cada uno de los bandos acusaba al otro de falta de comunicación. Las noticias de la televisión eran igualmente deprimentes. En una zona rural de Kentucky, tres hombres habían arrojado pedazos de una lápida desde un puente, habían

destrozado el parabrisas de un coche que pasaba y habían matado a una muchacha adolescente que viajaba con su familia en una peregrinación religiosa. En California, el juicio de O. J. Simpson se aproximaba a su desenlace, y todo el país parecía obsesionado. Hasta en los aeropuertos se habían instalado televisores conectados con la CNN para que uno pudiera enterarse de la marcha del caso de O. J. mientras se dirigía a la puerta de embarque.

Yo había intentado varias veces llamar a mi hermano, que estaba en España. Le había dejado mensajes

diciéndole que tenía verdaderos deseos de hablar con él, que había estado pensando mucho en él y en mí. Algunas semanas más tarde recibí un breve mensaje en que decía que todo iba bien pero que, sintiéndolo mucho, no tenía ganas de hablar de su enfermedad.

Lo que estaba hundiendo a mi viejo profesor no era hablar de su enfermedad sino la enfermedad misma. Desde mi última visita, una enfermera le había insertado un catéter en el pene por el que salía la orina, que pasaba por un tubo y se recogía en una bolsa que estaba al pie de su sillón. Sus piernas necesitaban atenciones constantes —

todavía podía sentir el dolor, aunque no podía moverlas; era otra de las crueles paradojas de la ELA—, y si no tenía los pies suspendidos a una distancia precisa de los bloques de gomaespuma, sentía como si le estuvieran pinchando con un tenedor. A mitad de una conversación, Morrie tenía que pedir a sus visitas que le levantasen el pie y que se lo movieran sólo dos centímetros, o que le colocasen la cabeza para que encajara mejor en el hueco de las almohadas de colores. ¿Os imagináis lo que es no poder mover la cabeza?

En cada visita parecía que Morrie se iba fusionando más con su sillón, que su

columna vertebral adquiriría la forma del sillón. Con todo, insistía todas las mañanas en que lo levantaran de la cama y lo llevaran en la silla de ruedas a su despacho, en que lo depositaran allí entre sus libros y sus papeles y con el hibisco del alféizar. De una manera muy suya, encontraba algo de filosófico en aquello.

—Lo resumo en mi último aforismo —me dijo.

—Dímelo.

—Cuando estás en la cama, estás muerto.

Sonrió. Sólo Morrie era capaz de sonreír por una cosa así.

Había recibido llamadas de la gente del programa *Nightline* y del propio Ted Koppel.

—Quieren venir a hacer otro programa conmigo —dijo—. Pero dicen que quieren esperar.

—¿A qué? ¿A que estés dando el último suspiro?

—Puede ser. En todo caso, no me falta tanto.

—No digas eso.

—Perdona.

—Eso me fastidia: que quieran esperar a que te consumas.

—Te fastidia porque te preocupas por mí.

Sonrió.

—Mitch, es posible que se estén sirviendo de mí para crear un pequeño drama. Está bien. Es posible que yo también me esté sirviendo de ellos. Me ayudan a transmitir mi mensaje a millones de personas. No podría conseguirlo sin ellos ¿verdad? De modo que es un acuerdo.

Tosió, y la tos se convirtió en un largo gargarismo que terminó con otra flema en un pañuelo de papel arrugado.

—En todo caso —dijo Morrie—, yo les dije que más les valía no esperar demasiado o ya no tendré voz. Cuando esto me llegue a los pulmones, puede

resultarme imposible hablar. Ya no puedo hablar mucho tiempo sin tener que descansar. Ya he anulado las citas con muchas personas que querían hablar conmigo. Son muchos, Mitch. Pero estoy demasiado fatigado. Si no puedo ofrecerles la atención adecuada, no puedo ayudarles.

Miré la grabadora sintiéndome culpable, como si le estuviera robando el tiempo precioso de habla que le quedaba.

—¿Quieres que lo dejemos? —le dije—. ¿Te vas a cansar demasiado?

Morrie cerró los ojos y sacudió la cabeza. Parecía que estaba esperando a

que se le pasara un dolor callado.

—No —dijo por fin—. Tú y yo tenemos que seguir. Es nuestra última tesina juntos, ya lo sabes.

—Nuestra última tesina.

—Nos interesa hacerlo bien.

Pensé en la primera tesina que habíamos preparado juntos, en la universidad. Había sido idea de Morrie, por supuesto. Me había dicho que yo tenía la preparación suficiente para preparar una tesina, cosa que yo no me había planteado nunca.

Y aquí estábamos, haciendo lo mismo una vez más. Empezando por una idea. Un moribundo habla a un vivo, le

dice lo que debe saber. Esta vez yo tenía menos prisa por terminar.

—Ayer me hicieron una pregunta interesante —dijo ahora. Morrie, mirando por encima de mi hombro un tapiz que estaba a mi espalda, hecho de retazos con mensajes llenos de esperanza que sus amigos le habían cosido cuando cumplió setenta años. Cada retazo del tapiz contenía un mensaje diferente: AGUANTA HASTA LA META; LO MEJOR ESTÁ POR LLEGAR; ¡MORRIE, SIEMPRE EL NÚMERO 1 EN SALUD MENTAL!

—¿Qué pregunta es ésa? —le pregunté.

—Si me preocupaba que me olvidasen tras mi muerte.

—¿Y bien? ¿Te preocupa?

—Creo que no me preocupará.

Tengo a muchas personas que se han relacionado conmigo de maneras estrechas, íntimas. Y el amor es lo que te hace seguir vivo, aun después de que te hayas ido.

—Parece la letra de una canción: «El amor es lo que te hace seguir vivo».

Morrie se rió entre dientes.

—Puede ser. Pero, Mitch, ¿y todo lo que estamos hablando? ¿No oyes a veces mi voz cuando estás en tu casa? ¿Cuando estás solo? ¿En el avión,

quizás? ¿En tu coche, quizás?

—Sí —reconocí.

—Entonces, no me olvidarás cuando me haya ido. Piensa en mi voz, y yo estaré allí.

—Que piense en tu voz.

—Y si quieres llorar un poco, está bien.

Morrie. Había querido hacerme llorar desde que yo era estudiante de primer año.

—Uno de estos días te voy a impresionar —me decía.

—Sí, sí —respondía yo.

—Ya he decidido lo que quiero que escriban en mi lápida —me dijo.

—No quiero hablar de lápidas.

—¿Por qué? ¿Te ponen nervioso?

Me encogí de hombros.

—Podemos olvidarlo.

—No, no, sigue hablando. ¿Qué has decidido?

Morrie chascó los labios.

—Había pensado en esto: «Maestro Hasta el Fin».

Esperó a que yo lo asimilara.

—Maestro Hasta El Fin.

—¿Es bueno? —me preguntó.

—Sí —dije yo—. Muy bueno.

Llegó a encantarme el modo en que Morrie se iluminaba cuando yo entraba en la habitación. Lo hacía con muchas personas, ya lo sé, pero tenía el don especial de conseguir que cada visitante sintiera que aquella sonrisa era única.

—Aaaah, es mi amigo —decía cuando me veía, con aquella voz nebulosa y aguda. Y aquello no quedaba en el saludo. Cuando Morrie estaba contigo, estaba contigo de verdad. Te miraba directamente a los ojos y te escuchaba como si fueses la única persona en el mundo. ¿Cuánto mejor se

llevarían las personas si su primer encuentro de cada día fuera así, en vez del gruñido de una camarera, de un conductor de autobús o del jefe?

—Creo en estar plenamente presente —dijo Morrie—. Esto significa que debes estar con la persona con la que estás. Ahora que estoy hablando contigo, Mitch, intento centrarme sólo en lo que está pasando entre los dos. No pienso en algo que dijéramos la semana pasada. No pienso en lo que voy a hacer este viernes. No pienso en hacer otro programa con Koppel ni en la medicación que estoy tomando.

»Estoy hablando contigo. Estoy

pensando en ti».

Yo recordaba que nos solía enseñar esta idea en la asignatura de Procesos de Grupos en Brandeis. En aquellos tiempos yo lo había desdeñado, pensando que aquello no era digno del programa de una asignatura universitaria. ¿Aprender a prestar atención? ¿Qué importancia podía tener aquello? Ahora sé que es más importante que casi todo lo que nos enseñaron en la universidad.

Morrie me pidió con un gesto que le diera la mano, y al dársela sentí un arranque de culpabilidad. Allí tenía a un hombre que, si quería, podía dedicar

todos los momentos del día a la autocompasión, comprobar con las manos el estado de descomposición de su cuerpo, a contar su respiración. Hay muchas personas con problemas mucho menores que están tan absortas en sí mismas que se les ponen los ojos vidriosos si les hablas durante más de treinta segundos. Ya tienen otra cosa en la cabeza: un amigo al que tienen que llamar, un fax que tienen que enviar, un amante con el que están soñando. Sólo recuperan la atención plena de golpe cuando terminas de hablar, momento en el que dicen «ajá» o «sí, es verdad» e improvisan hasta llegar al momento

presente.

—Una parte del problema, Mitch, es la prisa que tiene todo el mundo —dijo Morrie—. Las personas no han encontrado sentido en sus vidas, por eso corren constantemente buscándolo. Piensan en el próximo coche, en la próxima casa, en el próximo trabajo. Y después descubren que esas cosas también están vacías, y siguen corriendo.

—Cuando empiezas a correr, es difícil ir más despacio —dije yo.

—No es tan difícil —dijo él, sacudiendo la cabeza—. ¿Sabes lo que hago yo? Cuando alguien quería pasar

por delante de mí en la carretera (cuando yo podía conducir), levantaba la mano...

Intentó hacerlo, pero la mano se levantaba débilmente, sólo un palmo.

»...levantaba la mano, como si fuera a hacer un gesto negativo, pero entonces les saludaba con la mano y sonreía. En vez de hacerles un corte de mangas, les dejabas pasar y les sonríes.

»Y ¿sabes una cosa? Muchas veces me devolvían la sonrisa.

»La verdad es que no me hace falta ir con tanta prisa con mi coche. Prefiero dedicar mi energía a la gente».

Hacía esto mejor que nadie que yo

hubiera conocido nunca. Los que se sentaban a su lado veían que se le humedecían los ojos cuando hablaban de algo terrible, o que le chispeaban de placer cuando le contaban un chiste francamente malo. Siempre estaba dispuesto a manifestar abiertamente la emoción que tanto solía faltarnos a los de mi generación de la época del *baby boom*. Se nos da de maravilla la charla intrascendente: «¿A qué te dedicas?». «¿Dónde vives?». Pero ¿cuántas veces escuchamos actualmente de verdad a una persona —sin intentar venderle algo, ni ligártela, ni ganártela, ni conseguir a cambio algún tipo de reconocimiento

social—? Creo que muchas personas que visitaron a Morrie en los últimos meses de su vida no se animaron a venir por la atención que querían prestarle a él sino por la atención que él les prestaba a ellas. A pesar de su dolor y de su deterioro personal, aquel viejecillo les escuchaba como siempre habían querido que les escuchara alguien.

Le dije que era el padre que todos quisieran haber tenido.

—Bueno —dijo él—, tengo alguna experiencia en ese terreno...

La última vez que vio Morrie a su padre fue en un depósito de cadáveres municipal. Charlie Schwartz era un hombre callado al que le gustaba leer el periódico, solo, a la luz de una farola de la avenida Tremont, en el Bronx. Cuando Morrie era pequeño, Charlie salía a dar un paseo todas las noches, después de la cena. Era un ruso pequeño, de tez rojiza y con una buena mata de pelo gris. Morrie y su hermano David se asomaban a la ventana y lo veían apoyado en la farola, y Morrie deseaba que entrase en casa a hablar con ellos, pero rara vez lo hacía. Tampoco los arropaba en la cama ni les daba las buenas noches con un

beso.

Morrie juraba siempre que haría aquellas cosas con sus hijos si alguna vez los tenía. Y, años después, cuando los tuvo, las hizo.

Mientras tanto, mientras Morrie criaba a sus hijos, Charlie seguía viviendo en el Bronx. Seguía dándose su paseo. Seguía leyendo el periódico. Una noche, salió a la calle después de cenar. A pocas manzanas de su casa, lo asaltaron dos atracadores.

—Danos el dinero —dijo uno, sacando una pistola.

Charlie, asustado, tiró la cartera y echó a correr. Corrió por las calles, y no

dejó de correr hasta que llegó a la escalera de acceso a la casa de un pariente suyo, en cuyo porche se derrumbó.

Tenía un ataque al corazón.

Murió aquella noche.

Llamaron a Morrie para que identificara el cadáver. Viajó a Nueva York en avión y fue al depósito de cadáveres. Lo llevaron al sótano, a la sala refrigerada donde se guardaban los cadáveres.

—¿Es éste su padre? —le preguntó el empleado.

Morrie contempló el cadáver que estaba tras el vidrio, el cuerpo del

hombre que le había reñido, lo había moldeado y le había enseñado a trabajar, que había guardado silencio cuando Morrie quería que hablase, que había dicho a Morrie que se tragase los recuerdos de su madre cuando él quería compartirlos con el mundo.

Asintió con la cabeza y se marchó. Como contaría más tarde, el horror de la sala le absorbió todas sus demás funciones. No lloró hasta varios días más tarde.

Con todo, la muerte de su padre ayudó a Morrie a prepararse para la suya propia. Sabía una cosa: habría muchos abrazos, besos, conversaciones

y risas, y no quedaría ningún adiós por decir; tendría todas las cosas que había echado de menos con su padre y con su madre.

Morrie quería estar rodeado de sus seres queridos, conscientes de lo que le estaba pasando, cuando llegase el último momento. Nadie se enteraría por una llamada de teléfono, ni por un telegrama, ni tendría que asomarse a una ventanilla de vidrio en un sótano frío y desconocido.

En la selva tropical de América del Sur hay una tribu llamada desana

cuyos miembros consideran que en el mundo hay una cantidad fija de energía que fluye entre todas las criaturas. Por lo tanto, todo nacimiento debe engendrar una muerte, y toda muerte produce un nuevo nacimiento. Así se conserva completa la energía del mundo.

Cuando los desanas van de caza para conseguir alimentos, saben que los animales que maten dejarán un vacío en el pozo espiritual. Pero creen que ese vacío se llenará con las almas de los cazadores desanas cuando mueran. Si no murieran hombres, no nacerían aves ni peces. Esta idea me

gusta. A Morrie también le gusta. Parece que cuanto más se acerca a la despedida, más siente que todos somos criaturas de un mismo bosque. Lo que tomamos debemos reponerlo.

—Es simple justicia —dice.

El décimo martes.

Hablamos del matrimonio

Llevé a un visitante para que conociera a Morrie. Mi mujer.

Él me lo había pedido desde mi primera visita. «¿Cuándo voy a conocer a Janine?». «¿Cuándo vas a traerla?». Yo siempre le había dado excusas, hasta que, hacía unos días, había llamado por teléfono a su casa para preguntar cómo estaba.

Morrie tardó cierto tiempo en ponerse al aparato. Y cuando se puso, oí

los manejos torpes mientras alguien le sujetaba el auricular al oído. Ya no era capaz de sujetar por sí mismo un auricular.

—Holaaaaaaa —dijo, jadeante.

—¿Te va bien, Entrenador?

Le oí suspirar.

—Mitch... tu entrenador... no está pasando un día muy bueno...

Dormía cada vez peor. Ya necesitaba oxígeno casi todas las noches, y sus ataques de tos estaban siendo terribles. La tos podía llegar a durarle una hora, y no sabía nunca si sería capaz de dejar de toser. Siempre decía que se moriría cuando la enfermedad le llegase a los

pulmones. Me estremecí al darme cuenta de lo cerca que estaba la muerte.

—Te veré el martes —le dije—. Ese día lo pasarás mejor.

—Mitch.

—¿Sí?

—¿Está tu mujer contigo?

Estaba sentada a mi lado.

»Dile que se ponga. Quiero oír su VOZ».

Ahora bien, estoy casado con una mujer que está dotada de una amabilidad intuitiva muy superior a la mía. Aunque no había conocido nunca a Morrie, tomó el teléfono (yo en su lugar habría sacudido la cabeza y habría susurrado:

«¡No estoy! ¡No estoy!»), y al cabo de un momento estaba conectando con mi viejo profesor como si se conocieran desde la universidad. Yo lo percibía a pesar de que lo único que oía era:

—Ajá... Mitch me lo dijo... ay, gracias...

Cuando colgó, me dijo:

—Voy contigo a la próxima visita.

Y no hubo más que hablar.

Ahora estábamos sentados en su despacho, alrededor de su sillón reclinable. El propio Morrie reconocía que era un ligón inofensivo, y aunque tenía que interrumpirse frecuentemente para toser, o para utilizar el inodoro,

parecía que encontraba nuevas reservas de energía ahora que Janine estaba en la habitación. Contempló fotos de nuestra boda que había traído Janine.

—¿Eres de Detroit? —le preguntó Morrie.

—Sí —dijo Janine.

—Yo di clases en Detroit durante un año, a finales de los cuarenta. Recuerdo una anécdota graciosa al respecto.

Hizo una pausa para sonarse la nariz. Cuando vi que manejaba el pañuelo de papel con dificultad, yo lo sujeté en su sitio y él se sonó débilmente con él. Lo apreté ligeramente contra sus fosas nasales y después se lo retiré,

como hace una madre con un niño que va en un asiento infantil en el coche.

—Gracias, Mitch. Éste es mi ayudante —dijo, mirando a Janine.

Janine sonrió.

»A lo que íbamos. Mi anécdota. En la universidad éramos varios sociólogos, y solíamos jugar al póquer con otros miembros del claustro, entre los cuales había un tipo que era cirujano. Una noche, después de la partida, me dijo: «Morrie, quiero verte trabajar». Le dije que de acuerdo. Así que vino a una de mis clases y me vio dar clase.

»Cuando terminó la clase, me dijo:

«Muy bien. Ahora, ¿qué te parecería verme trabajar a mí? Esta noche tengo una operación». Yo quería devolverle el favor, de modo que dije que bueno.

»Me llevó al hospital. Me dijo: «Lávate las manos, ponte una mascarilla y una bata». Y cuando me quise dar cuenta, estaba a su lado ante la mesa de operaciones. En la mesa estaba una mujer, la paciente, desnuda de cintura para abajo. ¡Y tomó un cuchillo e hizo, zip, como si tal cosa! Bueno...

Morrie levantó un dedo y lo hizo girar.

»... Empecé a hacer así. Casi me desmayo. Con toda la sangre. Ag. La

enfermera que estaba a mi lado me dijo: «¿Qué le pasa, doctor?». Y yo dije: «¡Qué doctor ni qué narices! ¡Sáquenme de aquí!».

Nos reímos, y Morrie también se rió, con toda la fuerza que le permitía su respiración limitada. Era la primera vez que había contado una anécdota así en varias semanas, que yo recordase. Pensé que era raro que una vez estuviera a punto de desmayarse por ver la enfermedad de otra persona y que ahora fuera tan capaz de soportar la suya propia.

Connie llamó a la puerta y dijo que el almuerzo de Morrie estaba preparado.

No era la sopa de zanahoria, las tartas de verdura ni la pasta griega que yo había traído aquella mañana de Pan y Circo. Aunque ya procuraba comprar la comida más blanda, Morrie tampoco tenía fuerzas para masticarla y tragarla. Ahora comía principalmente suplementos dietéticos líquidos, a los que se añadía si acaso una galleta integral que se dejaba empapar hasta que estaba blanda y fácil de digerir. Charlotte ya reducía a puré casi todo con la batidora. Morrie absorbía los alimentos con una pajita. Yo seguía haciendo la compra todas las semanas y me presentaba ante él con las bolsas

para enseñárselas, pero lo hacía para ver su expresión más que por otra cosa. Cuando abría la nevera veía una inundación de recipientes. Supongo que yo albergaba la esperanza de que un día volviésemos a comer juntos un almuerzo de verdad y de poder ver la manera calamitosa en que él hablaba mientras comía, dejando alegremente que se le cayera la comida de la boca. Era una esperanza necia.

—Así que... Janine —dijo Morrie.
Ella sonrió.

—Eres encantadora. Dame la mano.
Ella se la dio.

—Mitch dice que eres cantante

profesional.

—Sí —dijo Janine.

—Dice que eres magnífica.

—Oh, no —dijo ella, riéndose—.

Son cosas que dice él.

Morrie levantó las cejas.

—¿Quieres cantarme algo?

Pues bien, yo he oído a la gente pedir esto mismo a Janine casi desde que la conozco. Cuando la gente se entera de que alguien se gana la vida cantando, siempre le dicen: «Cántanos algo». Janine, que es muy vergonzosa acerca de su talento y que tiene exigencias de perfeccionista en cuanto al entorno, no cantaba nunca. Se

disculpaba con educación. Y eso esperaba yo que hiciera ahora.

Y entonces empezó a cantar:

Sólo con pensar en ti

Me olvido de hacer

Las cosas corrientes que todos tienen que hacer...

Era una canción de jazz de los años 30, compuesta por Ray Noble, y Janine la cantó con dulzura, mirando fijamente a Morrie. A mí volvió a maravillarme, una vez más, la capacidad que tenía él para hacer que salieran a relucir las emociones de las personas que normalmente se las guardaban. Morrie cerró los ojos para absorber las notas.

Mientras la voz cariñosa de mi mujer llenaba la habitación, le apareció en el rostro una sonrisa creciente. Y aunque tenía el cuerpo tan rígido como un saco de arena, casi se le veía bailar por dentro.

*Veo tu rostro en cada flor,
Tus ojos en las estrellas del cielo,
Es sólo pensar en ti,
Sólo con pensar en ti,
mi amor...*

Cuando terminó, Morrie abrió los ojos y las lágrimas le rodaron por las mejillas. En todos los años que he oído cantar a mi mujer, no la he oído nunca como la oyó él en aquel momento.

El matrimonio. Casi todos mis conocidos tenían algún problema con él. A algunos les daba problemas entrar en él, a otros les daba problemas salir. Parecía que los miembros de mi generación luchaban con el compromiso, como si se tratase de un caimán de una marisma tenebrosa. Yo me había acostumbrado a asistir a bodas, a felicitar a la pareja y a sentir sólo una leve sorpresa pocos años más tarde cuando me encontraba con el novio comiendo en un restaurante con una mujer más joven a la que me presentaba

como amiga suya. «Estoy separado de fulanita, ¿sabes?» me decía.

¿Por qué tenemos estos problemas? Se lo pregunté a Morrie. Después de esperar siete años hasta que pedí a Janine que se casara conmigo, me preguntaba si las personas de mi edad estábamos siendo, sencillamente, más prudentes que las de antes, o si éramos sencillamente más egoístas.

—Bueno, tu generación me da lástima —dijo Morrie—. En esta cultura, es muy importante encontrar una relación de amor con otra persona, porque una buena parte de la cultura no nos aporta eso mismo. Pero los pobres

chicos de hoy son demasiado egoístas para participar en una verdadera relación de amor, o bien se lanzan al matrimonio apresuradamente y se divorcian seis meses más tarde. No saben lo que quieren de un compañero. No saben quiénes son ellos mismos, y así ¿cómo van a saber con quién se casan?

Suspiró. Morrie había dado consejos a muchos enamorados infelices en sus años de profesor.

»Es triste, porque tener una persona amada es muy importante. Te das cuenta de eso sobre todo cuando estás pasando una época como yo, cuando no estás muy

bien. Los amigos son estupendos, pero los amigos no van a estar aquí por la noche cuando estás tosiendo y no puedes dormir y alguien tiene que pasarse la noche en vela a tu lado, animarte, intentar serte útil».

Charlotte y Morrie, que se habían conocido de estudiantes, llevaban casados cuarenta y cuatro años. Yo los veía juntos ahora, cuando ella le recordaba que tenía que tomarse las medicinas, o entraba a acariciarle el cuello, o le hablaba de uno de sus hijos. Trabajaban en equipo, y con frecuencia no necesitaban más que una mirada callada para comprender lo que pensaba

el otro. Charlotte era una persona reservada, a diferencia de Morrie, pero yo sabía cuánto la respetaba él, pues a veces, cuando hablábamos, decía: «A Charlotte no le gustaría que yo contase eso», y ponía fin a la conversación. Eran las únicas ocasiones en que Morrie se callaba algo.

—Una cosa he aprendido acerca del matrimonio —dijo después—. Te pone a prueba. Descubres quién eres, quién es la otra persona, y de qué manera te adaptas o no te adaptas.

—¿Existe alguna regla para determinar si un matrimonio va a funcionar?

Morrie sonrió.

—Las cosas no son tan sencillas, Mitch.

—Ya lo sé.

—Con todo —dijo—, existen algunas reglas acerca del amor y del matrimonio que sé que son verdaderas. Si no respetáis a la otra persona, vais a tener muchos problemas. Si no sabéis transigir, vais a tener muchos problemas. Si no sabéis hablar abiertamente de lo que pasa entre vosotros, vais a tener muchos problemas. Y si no tenéis un catálogo común de valores en la vida, vais a tener muchos problemas. Vuestros valores deben ser semejantes.

»Y ¿sabes, Mitch, cuál es el mayor de esos valores?

—¿Cuál?

—Vuestra fe en la importancia de vuestro matrimonio.

Se sorbió la nariz y cerró los ojos un momento.

»Personalmente —dijo con un suspiro, con los ojos todavía cerrados —, creo que el matrimonio es una tarea muy importante, y que si no lo pruebas te estás perdiendo una barbaridad de cosas».

Puso fin al tema citando la poesía en que creía como en una oración: «Amaos los unos a los otros o pereceréis».

—*Bien, una pregunta —digo a Morrie. Sujeta con los dedos huesudos sus gafas sobre el pecho, que le sube y le baja con cada respiración trabajosa.*

—*¿Cuál es la pregunta? —dice.*

—*¿Recuerdas el libro de Job?*

—*¿De la Biblia?*

—*Eso es. Job es un buen hombre, pero Dios le hace sufrir. Para poner a prueba su fe.*

—*Lo recuerdo.*

—*Lo despoja de todo lo que tiene, de su casa, de su dinero, de su familia...*

—*De su salud.*

—*Lo pone enfermo.*

—*Para poner a prueba su fe.*

—*Eso es. Para poner a prueba su fe. Entonces, me pregunto...*

—*¿Qué te preguntas?*

—*¿Qué opinas de eso?*

Morrie tose violentamente. Le tiemblan las manos mientras él las deja caer junto a sus costados.

—*Creo que a Dios se le fue la mano*

—*dice, sonriendo.*

El undécimo martes. Hablamos de nuestra cultura

—Péguele más fuerte.

Doy una palmada en la espalda de Morrie.

—Más fuerte.

Le doy otra palmada.

—Cerca de los hombros... ahora abajo.

Morrie, vestido con pantalón de pijama, estaba tendido en la cama sobre su costado, con la cabeza apoyada firmemente en la almohada, con la boca

abierta. La fisioterapeuta me estaba enseñando a aflojar a golpes el veneno que tenía en los pulmones, cosa que por entonces había que hacer regularmente, para impedir que se endureciera, para que siguiera respirando.

—Siempre... supe... que querías... pegarme... —dijo Morrie, jadeando.

—Sí —le respondo, devolviéndole la broma mientras golpeo con el puño la piel de alabastro de su espalda—. ¡Ésta, por el notable que me pusiste en tercer curso! ¡Zas!

Todos nos reímos, con la risa nerviosa que sobreviene cuando el diablo está al alcance del oído. Aquella

escenita habría sido encantadora si no fuera lo que sabíamos todos, la gimnasia final antes de la muerte. La enfermedad de Morrie ya estaba peligrosamente próxima a su punto de rendición, sus pulmones. Había predicho que se moriría ahogado, y yo no podía imaginarme una manera más terrible de morir. A veces cerraba los ojos e intentaba absorber el aire por la boca y por la nariz, y parecía que estuviera intentando izar un ancla.

Al aire libre hacía un tiempo como para salir con chaqueta, principios de octubre; las hojas secas estaban recogidas en montones en los prados de

West Newton. La fisioterapeuta de Morrie había llegado hacía un rato, y yo solía retirarme cuando él tenía que reunirse con enfermeras o con especialistas. Pero con el transcurso de las semanas, al agotarse nuestro tiempo, cada vez me producía menos incomodidad la vergüenza de lo físico. Quería estar allí. Quería observarlo todo. Aquello no se ajustaba a mi manera de ser, pero la verdad es que tampoco se ajustaban muchas otras cosas que habían pasado en aquellos últimos meses en casa de Morrie.

De modo que vi a la fisioterapeuta trabajar con Morrie en la cama,

golpearle las costillas por la espalda, preguntarle si sentía que se le aflojaba la congestión por dentro. Y cuando ella se tomó un descanso, me preguntó si quería probar. Dije que sí. Morrie, con la cara hundida en la almohada, esbozó una sonrisa.

—No muy fuerte —dijo—. Soy un viejo.

Le golpeé la espalda y los costados, desplazándome según las instrucciones de la fisioterapeuta. Me desagradaba la idea de que Morrie estuviera en la cama en cualquier circunstancia —me resonaba en los oídos su último aforismo, «cuando estás en la cama,

estás muerto»—, y acurrucado sobre su costado, era tan pequeño, estaba tan consumido, que tenía un cuerpo de niño más que de hombre. Veía la palidez de su piel, las pocas canas sueltas, el modo en que le colgaban los brazos, sueltos e impotentes. Pensé cuánto tiempo dedicamos a intentar dar forma a nuestros cuerpos, levantando pesas, haciendo flexiones, y al final la naturaleza nos lo quita todo en cualquier caso. Sentía bajo mis dedos la carne flácida que rodeaba los huesos de Morrie, y lo golpeaba con fuerza, tal como me decían. La verdad es que le estaba dando puñetazos en la espalda

cuando preferiría estar dando puñetazos en la pared.

—Mitch —dijo Morrie, jadeando, con una voz que saltaba como un martillo pilón cuando yo le daba un puñetazo.

—¿Qué?

—¿Cuándo... te he... puesto yo... un notable?

Morrie creía en la bondad innata de las personas. Pero también veía en qué podían convertirse.

—Las personas sólo son malas cuando se ven amenazadas —me dijo

más tarde, aquel mismo día—, y eso es lo que hace nuestra cultura. Eso es lo que hace nuestra economía. Hasta las personas que tienen puestos de trabajo en nuestra economía se sienten amenazadas porque temen perderlos. Y cuando uno se siente amenazado, empieza a preocuparse únicamente de sí mismo. Empieza a hacer del dinero un dios. Todo forma parte de esta cultura.

Suspiró.

»Y, por eso, yo no me la trago«.

Yo asentí con la cabeza y le apreté la mano. Ya nos cogíamos de la mano con regularidad. Era otro cambio para mí. Ya hacía normalmente cosas que antes

me habrían dado vergüenza o repugnancia. La bolsa del catéter, conectada al tubo que le salía de dentro y llena de residuos líquidos de color verde, estaba junto a mi pie, cerca de la pata de su sillón. Algunos meses atrás, aquello podía haberme dado asco; ahora no tenía importancia. Lo mismo pasaba con el olor de la habitación después de que Morrie utilizara el inodoro. Ya no se podía permitir el lujo de moverse de un lugar a otro, de cerrar la puerta del baño al entrar y de pulverizar con ambientador al salir. Tenía su cama, tenía su sillón, y aquella era su vida. Si mi vida estuviera condensada en un

dedal como aquel, dudo que fuera capaz de hacer que olierá mejor.

—He aquí lo que quiero decir cuando hablo de construir tu propia pequeña subcultura —dijo Morrie—. No quiero decir que pases por alto todas las reglas de tu comunidad. Yo no voy por ahí desnudo, por ejemplo. No me salto los semáforos en rojo. Puedo obedecer las cosas pequeñas. Pero las cosas grandes, cómo pensamos, lo que valoramos, ésas debes elegirlas tú mismo. No puedes dejar que nadie, ni que ninguna sociedad, las determine por ti.

»Tomemos como ejemplo mi estado.

Las cosas que se supone deben avergonzarme ahora: no ser capaz de andar, no ser capaz de limpiarme el culo, despertarme algunas mañanas con ganas de llorar, no tienen en sí mismas nada de vergonzoso ni de deshonroso.

»Lo mismo pasa con las mujeres que no son lo bastante delgadas, o con los hombres que no son lo bastante ricos. No es más que lo que nuestra cultura quiere hacernos creer. No te lo creas».

Pregunté a Morrie por qué no se había ido a vivir a otra parte cuando era más joven.

—¿A dónde?

—No lo sé. A América del Sur. A

Nueva Guinea. A un sitio que no sea tan egoísta como los Estados Unidos.

—Cada sociedad tiene problemas propios —dijo Morrie, levantando las cejas, haciendo el gesto más aproximado que podía al de fruncir el ceño—. Creo que huir no es la manera. Tienes que trabajar para crearte tu propia cultura.

»Mira, vivas donde vivas, el defecto mayor que tenemos los seres humanos es que somos cortos de vista. No vemos lo que podríamos ser. Deberíamos estar viendo nuestras posibilidades, dando de nosotros al máximo hasta llegar a ser todo lo que podemos. Pero si estás rodeado de personas que dicen: «Quiero

lo mío ya», al final hay unos pocos que lo tienen todo y unos militares que impiden que los pobres se levanten y se apoderen de ello.

Morrie miró por encima de mi hombro a la ventana del fondo. A veces se oía el ruido de un camión que pasaba o el azote del viento. Contempló durante un momento las casas de sus vecinos, y después siguió hablando.

—El problema, Mitch, es que no creemos que somos tan semejantes como somos en realidad. Los blancos y los negros, los católicos y los protestantes, los hombres y las mujeres. Si nos viésemos más semejantes, podríamos

estar muy deseosos de unirnos a una gran familia humana de este mundo, y de ocuparnos de esa familia del mismo modo que nos ocupamos de la nuestra.

»Pero, créeme, cuando te estás muriendo ves que es verdad. Todos tenemos el mismo principio, el nacimiento, y todos tenemos el mismo final, la muerte. Entonces, ¿cuán diferentes podemos ser?

»Invierte en la familia humana. Invierte en las personas. Construye una pequeña comunidad con los que amas y con los que te aman».

Me apretó suavemente la mano. Yo le devolví un apretón más fuerte. Y,

como en esos juegos de feria en los que das un golpe con un mazo y ves subir un disco por un poste, casi pude ver cómo subía el calor de mi cuerpo por el pecho de Morrie y por su cuello hasta llegar a sus mejillas y a sus ojos. Sonrió.

—Al principio de la vida, cuando somos niños recién nacidos, necesitamos de los demás para sobrevivir, ¿verdad? Y al final de la vida, cuando te pones como yo, necesitas de los demás para sobrevivir, ¿verdad?

Su voz se redujo a un susurro.

—Pero he aquí el secreto: entre las dos cosas, también necesitamos de los

demás.

Aquel mismo día, más tarde, Connie y yo nos fuimos al dormitorio a ver la lectura del veredicto del juicio de O. J. Simpson. Fue una escena tensa. Todos los personajes principales se volvieron hacia el jurado: Simpson, con su traje azul, rodeado de su pequeño ejército de abogados; los denunciantes, que querían meterlo entre rejas, a pocos metros de su espalda. Cuando el presidente del jurado leyó el veredicto, «Inocente», Connie chilló.

—¡Ay, Dios mío!

Vimos a Simpson abrazar a sus abogados. Escuchamos a los comentaristas que intentaban explicar lo que quería decir todo aquello. Vimos a multitudes de negros que lo celebraban en las calles adyacentes al tribunal, y a multitudes de blancos atónitos sentados en restaurantes. La decisión se recibía como si fuera trascendental, a pesar de que todos los días se producen asesinatos. Connie salió al pasillo. Había visto suficiente.

Oí cerrarse la puerta del despacho de Morrie. Me quedé mirando fijamente el televisor. El mundo entero está viendo esto, me dije a mí mismo. Después oí en

la otra habitación el ruido que hacían al levantar a Morrie de su silla, y sonreí. Mientras el «Juicio del Siglo» llegaba a su conclusión dramática, mi viejo profesor estaba sentado en el retrete.

Es el año 1979, durante un partido de baloncesto en el gimnasio de Brandeis. El equipo marcha bien y el público estudiantil empieza a corear: «¡Somos los número uno! ¡Somos los número uno!». Morrie está sentado allí cerca. La frase le extraña. En un momento dado, entre los gritos de «¡Somos los número uno!», se levanta y

grita: «¿Qué tiene de malo ser los número dos?».

Los estudiantes lo miran. Dejan de corear. Él se sienta, sonriente y con aire triunfal.

El audiovisual, tercera parte

El equipo de «Nightline» volvió para realizar su tercera y última visita. La ocasión tuvo un tono totalmente diferente esta vez. Tuvo menos de entrevista y más de despedida triste. Ted Koppel había llamado por teléfono varias veces antes de venir, y había preguntado a Morrie:

—¿Crees que podrás soportarlo?

Morrie no estaba seguro de ello.

—Ahora estoy cansado constantemente, Ted. Y me estoy

atragantando mucho. Si no soy capaz de decir algo, ¿podrás decirlo tú por mí?

Koppel dijo que claro que sí. Y a continuación, el entrevistador, de carácter normalmente estoico, añadió:

—Si no quieres hacerlo, Morrie, no importa. Iré a despedirme en todo caso.

Más tarde, Morrie sonreía travieso y decía:

—Estoy comenzando a tomarle afecto.

Y era verdad. Koppel ya decía que Morrie era «amigo suyo». Mi viejo profesor había inspirado compasión incluso a la gente del mundo de la televisión.

En la entrevista, que tuvo lugar una tarde de viernes, Morrie llevaba puesta la misma camisa del día anterior. Por entonces sólo se cambiaba de camisa cada dos días, y aquel era el día segundo, de modo que ¿por qué iba a cambiar su costumbre?

A diferencia de las dos sesiones anteriores entre Koppel y Schwartz, aquella se realizó por entero en el despacho de Morrie, donde Morrie se había convertido en prisionero de su sillón. Koppel, que besó a mi viejo profesor al saludarlo, tenía que apretarse junto a la librería para poder ser visto por el objetivo de la cámara.

Antes de empezar, Koppel le preguntó por la marcha de la enfermedad.

—¿Vas muy mal, Morrie?

Morrie levantó débilmente una mano hasta la mitad del vientre. Sólo llegaba hasta allí.

Koppel entendió la respuesta.

La cámara empezó a rodar y comenzó la tercera y última entrevista. Koppel preguntó a Morrie si tenía más miedo ahora que la muerte estaba cerca. Morrie dijo que no; a decir verdad, tenía menos miedo. Dijo que estaba abandonando en parte el mundo exterior, que no pedía que le leyeran el periódico

tanto como antes, que no prestaba tanta atención al correo como antes, y que, por el contrario, estaba escuchando más música y contemplando los cambios de color de las hojas a través de su ventana.

Morrie sabía que otras personas padecían ELA, algunas famosas, tales como Stephen Hawking, el eminente físico autor de Historia del Tiempo. Éste vivía con un agujero en la garganta, hablaba por medio de un sintetizador informático, escribía las palabras moviendo los párpados ante un sensor que recogía el movimiento.

Aquello era admirable, pero Morrie

no quería vivir así. Dijo a Koppel que cuando fuera el momento de despedirse, lo sabría.

—Ted, para mí vivir significa poder responder ante la otra persona. Significa poder manifestar mis emociones y mis sentimientos. Hablar con el otro. Sentir con él...

Suspiró.

»Cuando falte eso, faltará Morrie«.

Hablaron como amigos. Tal como había hecho en las dos entrevistas anteriores, Koppel le preguntó por «el viejo test de la limpieza del culo», esperando quizás una respuesta humorística. Pero Morrie estaba

demasiado cansado para sonreír siquiera. Sacudió la cabeza.

—Cuando me siento en el inodoro, ya no puedo sentarme erguido. Me caigo constantemente, de modo que tienen que sujetarme. Cuando he terminado, me tienen que limpiar. Hasta ahí ha llegado.

Dijo a Koppel que quería morir con serenidad. Formuló su último aforismo: «No abandones demasiado pronto, pero no te aferres demasiado tiempo».

Koppel asintió con la cabeza, dolorosamente. Sólo habían pasado seis meses entre el primer programa de *Nightline* y aquél, pero Morrie Schwartz era, claramente, una forma hundida. Se

había descompuesto ante el público de la televisión nacional, como una miniserie de una muerte. Pero al irse pudriendo su cuerpo, su carácter brillaba con más fuerza todavía.

Hacia el final de la entrevista, la cámara encuadró a Morrie —Koppel no salía siquiera en la imagen, sólo se oía su voz en off—, y el entrevistador preguntó a mi viejo profesor si quería decir algo a los millones de personas a las que había conmovido. Aunque su intención no fue aquélla, yo no pude evitar pensar en el momento en que a un condenado a muerte le preguntan si quiere decir unas últimas palabras.

—Sed compasivos —susurró Morrie—. Y sed responsables los unos de los otros. El mundo sería un lugar mucho mejor con sólo que aprendiésemos estas lecciones.

Respiró, y después añadió su mantra:

—Amaos los unos a los otros, o moriréis.

Se puso fin a la entrevista. Pero, por algún motivo, el cámara siguió rodando y se recogió una última escena en la película.

—Lo has hecho muy bien —dijo Koppel.

Morrie sonrió débilmente.

—Te he dado lo que tenía —susurró.

—Siempre lo das.

—Ted, esta enfermedad me está golpeando el espíritu. Pero no se adueñará de él. Se adueñará de mi cuerpo. No se adueñará de mi espíritu.

Koppel estaba al borde de las lágrimas.

—Has estado bien.

—¿Lo crees así?

Morrie levantó los ojos al techo.

—Estoy negociando con Él, el de arriba, ahora mismo. Le estoy preguntando: «¿Se me concede un puesto de ángel?».

Era la primera vez que Morrie

reconocía que hablaba con Dios.

El duodécimo martes. Hablamos del perdón

«Antes de morir, perdónate a ti mismo. A continuación, perdona a los demás».

Esto sucedía pocos días después de la entrevista de *Nightline*. El cielo estaba lluvioso y oscuro, y Morrie estaba cubierto con una manta. Yo estaba sentado junto al extremo de su sillón, sujetándole los pies desnudos. Estaban retorcidos y llenos de callos, y tenía las uñas de los dedos amarillas. Yo tenía un pequeño bote de pomada y tomé un poco en las manos y me puse a aplicarle un

masaje en los tobillos.

Era otra de las cosas que había visto hacer a sus asistentes durante meses enteros, y ahora, en un intento de agarrarme a lo que pudiera de él, me había brindado a hacerlo yo. La enfermedad había dejado a Morrie incapaz de mover siquiera los dedos de los pies, pero todavía podía sentir el dolor, y los masajes contribuían a aliviárselo. Además, por supuesto, a Morrie le gustaba que lo cogieran y lo tocaran. Y por entonces yo estaba dispuesto a hacer cualquier cosa que estuviera en mi mano para hacerlo feliz.

—Mitch —dijo, volviendo al tema

del perdón—, no tiene sentido guardarse la venganza ni la terquedad. Son cosas —suspiró—, son cosas que lamento mucho en mi vida. El orgullo. La vanidad. ¿Por qué hacemos lo que hacemos?

 Mi pregunta había versado acerca de la importancia del perdón. Yo había visto esas películas en que el patriarca de la familia está en su lecho de muerte y llama a su lado al hijo que había repudiado para poder hacer las paces con él antes de morir. Me pregunté si Morrie tenía dentro algo así, una necesidad repentina de decir «lo siento» antes de morir.

Morrie asintió con la cabeza.

—¿Ves esa escultura? —dijo, indicándome con la cabeza un busto que estaba colocado en un lugar alto, en una estantería de la pared del fondo de su despacho. En realidad, yo no me había fijado nunca en ella. Era el rostro, fundido en bronce, de un hombre de poco más de cuarenta años, con corbata y con un mechón de pelo que le caía sobre la frente.

—Ese soy yo —dijo Morrie—. Un amigo mío lo esculpió hace cosa de treinta años. Se llamaba Norman. Pasábamos mucho tiempo juntos. Íbamos a nadar. Hacíamos excursiones a Nueva

York. Me invitó a su casa de Cambridge, y esculpió ese busto mío en su sótano. Tardó varias semanas en esculpirlo, pero quería hacerlo bien.

Estudié el rostro. Era raro ver a un Morrie en tres dimensiones, tan sano, tan joven, que nos contemplaba mientras hablábamos. Aun en bronce tenía un aspecto juguetón, y pensé que su amigo había esculpido también un poco de espíritu.

—Bueno, y ahora llega la parte triste de la historia —dijo Morrie—. Norman y su mujer se trasladaron a Chicago. Un poco después, Charlotte, mi mujer, tuvo que someterse a una operación bastante

grave. Norman y su mujer no se pusieron en contacto con nosotros. Yo sé que se habían enterado. Charlotte y yo estábamos muy dolidos porque no nos llamaron nunca para interesarse por su estado. De modo que dejamos de tratarnos con ellos.

»Al cabo de los años me encontré con Norman varias veces y él siempre quería reconciliarse, pero yo no lo acepté. Su explicación no me satisfacía. Yo tenía orgullo. Me lo quitaba de encima».

Se le quebró la voz.

—Mitch... hace pocos años... él murió de cáncer. Me siento muy triste.

No llegué a verlo. No lo perdoné. Ahora me duele tanto...

Estaba llorando otra vez, un llanto suave y callado, y como tenía la espalda inclinada hacia atrás, las lágrimas le caían por los lados de la cara sin llegar a sus labios.

—Lo siento —dije yo.

—No lo sientas —susurró—. Las lágrimas no importan.

Seguí aplicando pomada a los dedos de sus pies sin vida. Él pasó varios minutos llorando, a solas con sus recuerdos.

—No sólo tenemos que perdonar a los demás, Mitch —susurró por fin—.

También tenemos que perdonarnos a nosotros mismos.

—¿A nosotros mismos?

—Sí. Todas las cosas que no hicimos. Todas las cosas que deberíamos haber hecho. No te puedes quedar atascado en el arrepentimiento por lo que debería haber pasado. Eso no te sirve de nada cuando llegas al punto donde estoy yo.

»Yo deseaba siempre haber hecho más en mi trabajo; deseaba haber escrito más libros. Solía azotarme a mí mismo por ello. Ahora veo que eso no servía de nada. Debes hacer las paces. Debes hacer las paces contigo mismo y con

todos los que te rodean».

Me incliné sobre él y le sequé las lágrimas con un pañuelo de papel. Morrie parpadeó varias veces. Se le oía la respiración, como un leve ronquido.

—Perdónate a ti mismo. Perdona a los demás. No esperes, Mitch. No todos pueden contar con tanto tiempo como yo. No todos tienen tanta suerte.

Tiré la servilleta a la papelera y volví a sus pies. ¿Suerte? Apreté su carne endurecida con el pulgar y él ni siquiera lo sintió.

—Es la tensión de los opuestos, Mitch. ¿Lo recuerdas? ¿Lo de las cosas que tiran en sentidos diferentes?

—Lo recuerdo.

—Lamento que se me agote el tiempo, pero valoro la oportunidad que me da para arreglar las cosas.

Pasamos un rato allí sentados, en silencio, mientras la lluvia salpicaba las ventanas. El hibisco que estaba detrás de su cabeza seguía aguantando, pequeño pero firme.

—Mitch —susurró Morrie.

—¿Qué?

Yo hacía girar los dedos de sus pies entre mis dedos, absorto en la tarea.

—Mírame.

Levanté la vista y vi en sus ojos una mirada muy intensa.

»No sé por qué volviste a mí. Pero quiero decirte una cosa...».

Hizo una pausa, y se le quebró la voz.

»Si pudiera haber tenido otro hijo, me hubiera gustado que fueses tú».

Bajé la vista, amasando la carne moribunda de sus pies entre mis dedos. Durante un momento sentí miedo, como si al aceptar sus palabras estuviera traicionando de algún modo a mi propio padre. Pero cuando levanté la vista vi que Morrie sonreía entre sus lágrimas y supe que en un momento así no había traiciones.

Lo único que me daba miedo era

decir adiós.

—*He elegido un sitio para que me entierren.*

—*¿Dónde es?*

—*No está lejos de aquí. En una colina, bajo un árbol, con vistas a un estanque. Muy apacible. Un buen lugar para pensar.*

—*¿Piensas pensar allí?*

—*Pienso estar muerto allí.*

Él se ríe entre dientes. Yo me río entre dientes.

—*¿Me visitarás?*

—*¿Visitarte?*

—*Simplemente, ven a charlar. Que sea martes. Siempre vienes los martes.*

—*Somos personas de los martes.*

—*Eso es. Personas de los martes.*

¿Vendrás a charlar, entonces?

Se ha debilitado mucho en poco tiempo.

—*Mírame —dice.*

—*Ya te miro.*

—*¿Vendrás a mi tumba a contarme tus problemas?*

—*¿Mis problemas?*

—*Sí.*

—*¿Y tú me darás soluciones?*

—*Te daré lo que pueda. ¿Acaso no te lo doy siempre?*

Me imagino su tumba, en la colina, con vistas a un estanque, alguna parcela pequeña de dos metros setenta donde lo depositarán, lo cubrirán de tierra, le pondrán una piedra encima. ¿Dentro de pocas semanas, quizás? ¿Acaso dentro de pocos días? Me veo allí sentado, solo, con los brazos sobre las rodillas, mirando al vacío.

—No será lo mismo, sin poderte oír hablar —le digo.

—Ah, hablar...

Cierra los ojos y sonríe.

—Te diré lo que haremos. Cuando yo esté muerto, tú hablarás. Y yo te escucharé.

El decimotercer martes. Hablamos del día perfecto

Morrie quería que lo incineraran. Lo había hablado con Charlotte, y ellos habían decidido que era lo mejor. El rabino de Brandeis, Al Axelrad —viejo amigo al que habían encargado que dirigiera los funerales— había visitado a Morrie, y éste le explicó su deseo de ser incinerado.

—Y, Al...

—¿Sí?

—Procura que no me tuesten

demasiado.

El rabino se quedó aturdido. Pero Morrie ya era capaz de hacer bromas acerca de su cuerpo. Cuanto más se acercaba al final, más lo veía como una simple cáscara, como un recipiente del alma. En todo caso, se iba consumiendo hasta quedarse en piel y huesos inútiles, por lo cual le resultaba más fácil dejarlo.

—Tenemos mucho miedo a la visión de la muerte —me dijo Morrie cuando me senté. Prendí el micrófono en el cuello de su camisa, pero no dejaba de descolocarse. Morrie tosía. Ya tosía constantemente.

—El otro día leí un libro. Decía que en cuanto una persona se muere en el hospital, le cubren la cabeza con la sábana y llevan rodando el cadáver hasta una rampa y lo dejan caer. No ven el momento de perderlo de vista. La gente se comporta como si la muerte fuera contagiosa.

Manipulé torpemente el micrófono. Morrie me miró las manos.

»No es contagiosa, ¿sabes? La muerte es tan natural como la vida. Forma parte del trato que hemos establecido».

Volvió a toser y yo me retiré y esperé, preparado siempre para algo

grave. Morrie estaba pasando malas noches últimamente. Noches terribles. Sólo podía dormir unas pocas horas de un tirón, hasta que lo despertaba un acceso violento de tos. Las enfermeras entraban en el dormitorio, le daban golpes en la espalda, intentaban sacarle el veneno. Aunque consiguieran hacerle respirar normalmente de nuevo —«normalmente» quiere decir con la ayuda del aparato de oxígeno—, la lucha lo dejaba fatigado para todo el día siguiente.

Ahora tenía el tubo de oxígeno en la nariz. A mí no me gustaba nada verlo. Para mí era un símbolo de impotencia.

Tenía deseos de quitárselo.

—Anoche... —dijo Morrie con voz suave.

—¿Sí? ¿Qué pasó anoche?

—... tuve un acceso de tos terrible.

Duró horas enteras. Y la verdad es que yo no estaba seguro de salir de aquello. No tenía aliento. El ahogo no se me pasaba. En un momento dado empecé a marearme... y entonces sentí una cierta paz, sentí que estaba preparado para irme.

Abrió más los ojos.

»Mitch, fue una sensación increíble. La sensación de aceptar lo que pasaba, de estar en paz. Estaba pensando en un

sueño que había tenido la semana pasada, en el que cruzaba un puente que conducía a un lugar desconocido. Estaba dispuesto a pasar a lo que venga a continuación».

—Pero no pasaste.

Morrie hizo una pausa. Sacudió la cabeza levemente.

—No, no pasé. Pero sentí que podía. ¿Lo entiendes?

»Eso es lo que buscamos todos. Una cierta paz con la idea de morir. Si al final sabemos que podemos tener, en último extremo, esa paz al morir, entonces podemos hacer por fin lo que es verdaderamente difícil».

—Que es...

—Hacer las paces con la vida.

Quiso ver el hibisco que estaba en el alféizar detrás de él. Lo tomé en la mano y se lo acerqué a los ojos. Sonrió.

—Morirse es natural —volvió a decir—. El hecho de que hagamos tanto alboroto al respecto se debe por completo a que no nos vemos a nosotros mismos como parte de la naturaleza. Pensamos que, por ser humanos, estamos por encima de la naturaleza.

Sonrió a la planta.

»No lo somos. Todo lo que nace, muere».

Me miró.

»¿Lo aceptas?

—Sí.

—Está bien —susurró—. Ahora, he aquí lo positivo. He aquí el modo en que somos diferentes de estas plantas y de estos animales maravillosos.

»Mientras podamos amarnos los unos a los otros y recordar el sentimiento de amor que hemos tenido, podemos morirnos sin marcharnos del todo nunca. Todo el amor que has creado sigue allí. Todos los recuerdos siguen allí. Sigues viviendo en los corazones que has conmovido y que has nutrido mientras estabas aquí».

Tenía la voz ronca, lo que solía

significar que tenía que dejar de hablar un rato. Volví a poner la planta en el alféizar y fui a apagar la grabadora. Ésta es la última frase que dijo Morrie antes de que yo la apagara:

—Al morir se pone fin a una vida, no a una relación personal.

Había aparecido un nuevo avance en el tratamiento de la ELA: un medicamento experimental que empezaba a aprobarse. No curaba la enfermedad sino que la retrasaba, aplazaba el deterioro durante cosa de varios meses. Morrie había oído hablar

de ello, pero la enfermedad estaba demasiado avanzada. Además, aquel medicamento no estaría disponible hasta dentro de varios meses.

—No es para mí —decía Morrie, descartándolo.

En todo el tiempo que duró su enfermedad, Morrie no abrigó nunca la esperanza de poderse curar. Era realista hasta la exageración. Una vez, le pregunté si, suponiendo que alguien pudiera agitar una varita mágica y curarle, se convertiría él con el tiempo en el hombre que había sido antes.

Él sacudió la cabeza.

—No puedo volver atrás. Ahora soy

un ser diferente. Tengo actitudes diferentes. Aprecio de una manera diferente mi cuerpo, lo que no hacía plenamente antes. Soy diferente en cuanto al modo de abordar las grandes preguntas, las preguntas definitivas, las que no se puede quitar uno de encima.

»Ésa es la cuestión, ya ves. Cuando pones los dedos en las preguntas importantes, ya no te puedes apartar de ellas».

—Y ¿cuáles son las preguntas importantes?

—Tal como yo lo veo, están relacionadas con el amor, la responsabilidad, la espiritualidad, la

conciencia. Y si yo estuviera sano hoy, éstas serían todavía las cuestiones que me importarían. Deberían haberlo sido siempre.

Intenté imaginarme a Morrie sano. Intenté imaginarme que se quitaba las mantas de encima, que se bajaba de ese sillón, que los dos íbamos a dar un paseo por el barrio, como solíamos pasearnos por el campus. Me di cuenta de pronto de que hacía dieciséis años que no lo veía en pie. ¿Dieciséis años?

—¿Y si tuvieras un día de salud perfecta? —le pregunté—. ¿Qué harías?

—¿Veinticuatro horas?

—Veinticuatro horas.

—Veamos... Me levantaría por la mañana, haría mis ejercicios, me tomaría un desayuno riquísimo con bollos y té, iría a nadar, después haría venir a mis amigos para tomar con ellos un buen almuerzo. Los haría venir de uno en uno o de dos en dos para que pudiésemos hablar de sus familias, de sus asuntos, hablar de cuánto significamos los unos para los otros.

»Después me gustaría ir a dar un paseo, en un jardín con árboles, contemplar sus colores, contemplar los pájaros, absorber la naturaleza que no he visto desde hace tanto tiempo.

»Por la tarde iríamos todos juntos a

un restaurante a comer una buena pasta, quizás algo de pato, me encanta el pato, y después pasaríamos el resto de la noche bailando. Yo bailarían con todas las parejas maravillosas que hubiera allí, hasta quedar agotado. Y después volverían a casa y me echarían un sueño profundo y maravilloso.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo.

Era tan sencillo. Tan corriente. En realidad, me sentí algo decepcionado. Me imaginaba que irían en avión a Italia o que almorzarían con el presidente, o que retozarían en la playa, o que probarían todas las cosas exóticas que se le

ocurrieran. Después de todos aquellos meses allí acostado, incapaz de mover una pierna o un pie, ¿cómo podía encontrar la perfección en un día tan corriente?

Entonces me di cuenta de que aquélla era la clave.

Antes de que yo me marchase aquel día, Morrie me preguntó si podía sacar él un tema.

—Tu hermano —me dijo.

Sentí un escalofrío. No sé cómo sabía Morrie que yo tenía aquello en la cabeza. Había estado intentando llamar

a mi hermano a España desde hacía varias semanas, y me había enterado (por un amigo suyo) de que iba y volvía en avión a un hospital de Amsterdam.

—Mitch, sé que duele no poder estar con una persona querida. Pero debes estar en paz con los deseos de él. Quizás no quiera que interrumpas tu vida. Quizás no sea capaz de soportar esa carga. Yo digo a toda la gente que conozco que sigan haciendo la vida que conocen, que no la echen a perder porque yo me esté muriendo.

—Pero es mi hermano —dije yo.

—Ya lo sé —dijo Morrie—. Por eso duele.

Vi mentalmente a Peter cuando tenía ocho años, con el pelo rubio y rizado recogido en una bola sudorosa sobre su cabeza. Nos vi a los dos luchando en el solar que había junto a nuestra casa, manchándonos de hierba las rodillas de los vaqueros. Lo vi cantando canciones delante del espejo, sujetando un cepillo a modo de micrófono, y nos vi a los dos deslizándonos en el desván donde nos escondíamos juntos de niños, poniendo a prueba la disposición de nuestros padres a buscarnos para cenar.

Y después lo vi como el adulto que se había alejado de nosotros, delgado y frágil, con la cara enjuta a causa de los

tratamientos de quimioterapia.

—Morrie —le dije—, ¿por qué no quiere verme?

Mi viejo profesor suspiró.

—No existe ninguna fórmula para llevar las relaciones personales. Hay que negociarlas de modos amorosos, con sitio para ambas partes; para lo que quieren y para lo que necesitan; para lo que pueden hacer y para cómo es su vida.

»En los negocios, las personas negocian para ganar. Negocian para obtener lo que quieren. Quizás estés demasiado acostumbrado a eso. El amor es diferente. El amor es cuando te

preocupas tanto por la situación de otra persona como por la tuya propia.

»Has tenido esos momentos especiales con tu hermano y ya no tienes lo que tenías con él. Quieres recuperarlos. Quieres que no terminen nunca. Pero eso forma parte del hecho de ser humanos. Terminar, renovar, terminar, renovar».

Lo miré. Vi toda la muerte del mundo. Me sentí impotente.

—Encontrarás un camino de vuelta a tu hermano —dijo Morrie.

—¿Cómo lo sabes?

Morrie sonrió.

—Me encontraste a mí, ¿no?



El otro día oí un cuentecillo bonito —dice Morrie. Cierra los ojos durante un momento y yo espero.

»Bueno. El cuento es de una olita que va saltando por el mar y lo pasa muy bien. Disfruta del viento y del aire libre, hasta que ve que las demás olas que tiene delante rompen contra la costa.

»“Dios mío, esto es terrible —dice la ola—. ¡Mira lo que me va a pasar!”.

»Entonces llega otra ola. Ve a la primera ola, que parece afligida, y le dice: “¿Por qué estás tan triste?”.

»La primera ola dice: “¿Es que no lo entiendes? ¡Todas vamos a rompernos! ¡Todas las olas vamos a deshacernos! ¿No es terrible?”.

»La segunda ola dice: “No, eres tú la que no lo entiende. Tú no eres una ola; formas parte del mar”.

Sonríó. Morrie vuelve a cerrar los ojos.

—Parte del mar —dice—, parte del mar.

Lo veo respirar, inspirar y espirar, inspirar y espirar.

El decimocuarto martes. Nos decimos adiós

Sentía frío y humedad mientras subía los escalones de la entrada de la casa de Morrie. Observaba los pequeños detalles, las cosas en las que no me había fijado a pesar de todas las veces que había ido de visita. El perfil de la colina. La fachada de piedra de la casa. Las plantas de palisandro, los arbustos bajos. Yo caminaba despacio, sin prisas, pisando hojas muertas mojadas que se aplastaban bajo mis pies.

Charlotte me había llamado el día anterior para decirme que Morrie «no estaba bien». Era su manera de decir que habían llegado los últimos días. Morrie había anulado todas sus citas y había pasado una buena parte de su tiempo durmiendo, lo que no era propio de él. Nunca le había gustado dormir, por lo menos cuando había gente con la que podía hablar.

—Quiere que vengas a visitarle —dijo Charlotte—; pero, Mitch...

—¿Sí?

—Está muy débil.

Los escalones del porche. El vidrio de la puerta principal. Yo absorbía

aquellas cosas de una manera lenta, observadora, como si las viera por primera vez. Sentía la grabadora en la bolsa que llevaba al hombro, y abrí la cremallera para asegurarme de que llevaba cintas. No sé por qué lo hice. Siempre llevaba cintas.

Abrió la puerta Connie. Aunque normalmente era optimista, tenía un aire tenso en el rostro. Me saludó en voz baja.

—¿Cómo va? —le pregunté.

—No muy bien.

Se mordió el labio inferior.

—No me gusta pensar en ello. Es un hombre muy bondadoso, ¿sabe?

Yo lo sabía.

—Es una pena.

Charlotte vino por el pasillo y me abrazó. Dijo que Morrie seguía dormido, aunque eran las diez de la mañana. Pasamos a la cocina. Le ayudé a ordenar las cosas, observando todos los frascos de pastillas que estaban alineados en la mesa, un pequeño ejército de soldaditos marrones de plástico con gorros blancos. Mi viejo profesor estaba tomando morfina para aliviarse la respiración.

Metí en la nevera la comida que había traído: sopa, tartas de verdura, ensalada de atún. Me disculpé ante

Charlotte por haberla traído. Morrie llevaba meses enteros sin masticar comida como aquella, y los dos lo sabíamos, pero se había convertido en una pequeña tradición. A veces, cuando estás perdiendo a alguien, te aferras a la tradición que puedes.

Esperé en el cuarto de estar, donde Morrie y Ted Koppel habían mantenido su primera entrevista. Leí el periódico que estaba sobre la mesa. Dos niños de Minnesota se habían pegado un tiro mutuamente jugando con las pistolas de sus padres. Habían encontrado un niño recién nacido enterrado en un cubo de basura en un callejón de Los Ángeles.

Dejé el periódico y me quedé mirando la chimenea vacía. Me puse a dar golpecitos suaves con el zapato en el suelo de madera. Por fin, oí que se abría y se cerraba una puerta y sentí a continuación los pasos de Charlotte que venían hacia mí.

—Bueno —dijo en voz baja—. Está preparado para ti.

Me levanté y me dirigí a nuestro lugar familiar, y entonces vi a una mujer desconocida que estaba sentada al final del pasillo en una silla plegable, con los ojos en un libro, con las piernas cerradas. Era una enfermera de hospital, del servicio de vigilancia de

veinticuatro horas.

El despacho de Morrie estaba vacío. Yo me quedé confuso. Después volví titubeando al dormitorio, y allí estaba él, acostado, bajo la sábana. Sólo lo había visto así en otra ocasión, cuando estaba recibiendo el masaje, y empezó a sonarme de nuevo en la cabeza el eco de su aforismo: «cuando estás en la cama, estás muerto».

Entré con una sonrisa forzada. Llevaba puesta una chaqueta amarilla como de pijama, y lo cubría una manta hasta el pecho. La masa de su cuerpo estaba tan consumida que casi me pareció que le faltaba algo. Era tan

pequeño como un niño.

Morrie tenía la boca abierta y tenía la piel pálida y contraída sobre los pómulos. Cuando volvió los ojos hacia mí, intentó hablar, pero sólo oí un suave gruñido.

—Aquí está —dije, haciendo acopio de toda la emoción que pude encontrar en mi caja vacía.

Él espiró, cerró los ojos, y después sonrió, haciendo un esfuerzo que parecía cansarlo.

—Mi... querido amigo —dijo por fin.

—Soy tu amigo —dije.

—Hoy no estoy... muy bien...

—Mañana estarás mejor.

Volvió a espirar y asintió con la cabeza forzadamente. Luchaba con algo bajo las sábanas, y me di cuenta de que intentaba llevar las manos hasta el borde.

—Cógeme —dijo.

Retiré la manta y le cogí los dedos. Desaparecieron entre los míos. Me incliné hacia él, hasta estar a pocos centímetros de su cara. Era la primera vez que lo veía sin afeitarse; la corta barba blanca parecía fuera de lugar, como si alguien le hubiera esparcido cuidadosamente sal por las mejillas y por la barbilla. ¿Cómo era posible que

hubiera nueva vida en su barba cuando todo el resto de él la iba perdiendo?

—Morrie —dije suavemente.

—Entrenador —me corrigió.

—Entrenador —dije yo. Sentí un escalofrío. Hablaba a fragmentos cortos, inspiraba aire, espiraba palabras. Tenía la voz delgada y ronca. Olía a ungüento.

—Eres... un alma buena.

Un alma buena.

—Me has conmovido... —susurró.

Llevó mis manos a su corazón—. Aquí.

Sentí que tenía un nudo en la garganta.

—Entrenador...

—¿Eh?

—No sé despedirme.

Me dio palmadas débiles en la mano, manteniéndola en su pecho.

—Así... es como decimos... adiós...

Inspiraba y espiraba suavemente. Yo sentía la subida y la bajada de su caja torácica. Después, me miró fijamente.

—Te... quiero —dijo con voz ronca.

—Yo también te quiero, Entrenador.

—Sé que me quieres... sé... otra cosa...

—¿Qué otra cosa sabes?

—Que siempre... me has querido...

Entrecerró los ojos y después se echó a llorar, haciendo gestos con el

rostro como un niño recién nacido que todavía no sabe cómo funcionan sus conductos lacrimales. Lo estreché durante varios minutos. Le froté la piel flácida. Le acaricié el pelo. Le puse la palma de la mano sobre el rostro y sentí los huesos próximos a la carne y las lágrimas húmedas y minúsculas, como si salieran de un cuentagotas.

Cuando su respiración se normalizó relativamente, me aclaré la garganta y le dije que sabía que estaba cansado, de modo que volvería el martes siguiente y esperaba que estuviera un poco más atento, muchas gracias. Dio un resoplido leve, que era lo más aproximado a una

risa que podía hacer. De todos modos, era un sonido triste.

Tomé la bolsa de la grabadora, que no había llegado a abrir. ¿Por qué había traído aquello siquiera? Sabía que no volveríamos a usarlo. Me incliné sobre él y lo besé estrechamente, con mi rostro contra el suyo, barba contra barba, piel contra piel, manteniéndolo así, más tiempo de lo normal, por si aquello le proporcionaba aunque fuera una fracción de segundo de placer.

—¿De acuerdo, entonces? —dije, retirándome.

Parpadeé para apañar las lágrimas, y él chascó los labios y levantó las cejas

al ver mi cara. Prefiero pensar que fue un momento pasajero de satisfacción para mi querido y viejo profesor: por fin me había hecho llorar.

—De acuerdo, entonces —susurró.

Graduación

Morrie murió un sábado por la mañana.

Su familia más cercana estaba con él en la casa. Rob había venido de Tokio, llegó a tiempo de dar un beso de despedida a su padre, y estaba Jon, y, naturalmente, estaba Charlotte, y Marsha, la prima de Charlotte que había escrito la poesía que tanto había conmovido a Morrie en sus funerales «extraoficiales», la poesía en que lo comparaba con una «secoya tierna». Se turnaban para dormir alrededor de su cama. Morrie había entrado en coma dos días después de mi última visita, y el

médico decía que podía irse en cualquier momento. Pero aguantó una dura tarde, una noche oscura.

Por fin, el día cuatro de noviembre, cuando sus seres queridos habían salido un momento de la habitación para tomar un café en la cocina —era la primera vez en que no estaba ninguno presente desde que había entrado en coma—, Morrie dejó de respirar.

Y se fue.

Yo creo que murió así a propósito. Creo que no quería momentos escalofriantes, que nadie presenciara su último aliento para que lo obsesionara como lo había obsesionado a él el

telegrama con la notificación de la muerte de su madre o el cadáver de su padre en el depósito municipal.

Creo que sabía que estaba en su propia cama, que tenía cerca de él sus libros, sus notas y su pequeño hibisco. Quería irse serenamente, y así se fue.

Los funerales se celebraron una mañana húmeda y ventosa. La hierba estaba mojada y el cielo tenía el color de la leche. Nos quedamos de pie junto al hoyo en la tierra, lo bastante cerca del estanque para oír el agua que lamía el borde y para ver los patos que se sacudían las plumas.

Aunque habían querido asistir

centenares de personas, Charlotte había limitado la asistencia a pocas personas, sólo a algunos parientes y amigos íntimos. El rabino Axelrad leyó algunas poesías. El hermano de Morrie, David, que todavía cojeaba por la polio que había tenido de pequeño, levantó la pala y arrojó tierra a la tumba, como manda la tradición.

En un momento dado, cuando depositaron las cenizas de Morrie en la tierra, recorrí el cementerio con la mirada. Morrie tenía razón. Era, verdaderamente, un lugar encantador, con árboles, hierba, y la ladera de una colina.

—Tú hablarás, y yo te escucharé —
había dicho él.

Intenté hacerlo así dentro de mi cabeza, y, con alegría por mi parte, descubrí que la conversación imaginada parecía casi natural. Me miré las manos, vi mi reloj, y comprendí el motivo.

Era martes.

Mi padre estaba presente a través de nosotros, cantando cada nueva hoja de cada árbol (y todos los niños estaban seguros de que la primavera bailaba al oír a mi padre cantar). De una poesía de E. E. CUMMINGS, leída

por el hijo de Morrie, Rob, en los funerales.

Conclusión

A veces recuerdo la persona que era antes de que volviese a descubrir a mi viejo profesor. Quiero hablar a esa persona. Quiero decirle a qué debe estar atenta, qué errores debe evitar. Quiero decirle que sea más abierta, que no haga caso del señuelo de los valores anunciados, que preste atención cuando hablen sus seres queridos, como si fuera la última vez que pudiera oírles.

Lo que más quiero decir a esa persona es que coja un avión y visite a un amable anciano que vive en West Newton, en Massachusetts, mejor antes

que después; antes de que ese anciano se ponga enfermo y no sea capaz de bailar.

Sé que no puedo hacerlo. Ninguno podemos deshacer lo que hemos hecho ni volver a vivir una vida que ya está registrada. Pero si el profesor Morrie Schwartz me enseñó algo, fue esto: en esta vida no existe el «demasiado tarde». Él cambió hasta el día en que se despidió.

Poco después de la muerte de Morrie logré hablar con mi hermano en España. Mantuvimos una larga conversación. Le dije que respetaba su distanciamiento y que lo único que quería era estar en contacto con él —en

el presente, no en el pasado—, tenerlo en mi vida tanto como él me lo permitiera.

—Eres mi único hermano —le dije—. No quiero perderte. Te quiero.

Nunca le había dicho una cosa así.

Algunos días más tarde recibí un mensaje en mi fax. Estaba escrito a máquina de una manera desaliñada, mal puntuada, todo en mayúsculas, como eran siempre las cartas de mi hermano.

«¡HOLA, ME HE UNIDO A LOS NOVENTA!» —empezaba. Contaba algunas anécdotas, lo que había hecho aquella semana, un par de chistes. Al final, se despedía de esta manera:

TENGO ARDOR DE ESTÓMAGO
Y DIARREA EN ESTOS MOMENTOS.
LA VIDA ES UNA PERRA.
¿CHARLAMOS MÁS TARDE?

[firmado] TRASERO DOLORIDO.

Me reí hasta que se me saltaron las
lágrimas.

Este libro fue, en gran medida, idea de Morrie. Decía que era nuestra «última tesina». Como los mejores proyectos de trabajo, nos unió más, y Morrie se quedó encantado cuando varios editores manifestaron su interés, aunque murió sin llegar a conocer a

ninguno. El dinero que se cobró como anticipo contribuyó a pagar las enormes facturas de la atención médica de Morrie, por lo cual nos sentimos agradecidos ambos.

El título, dicho sea de paso, se nos ocurrió un día en el despacho de Morrie. A él le gustaba dar nombre a las cosas. Tenía varias ideas. Pero cuando yo dije «¿Qué te parece *Martes con mi viejo profesor?*», él sonrió casi con rubor, y yo supe que había dado en el clavo.

Cuando murió Morrie, revolví varias cajas de antiguos papeles de la universidad. Y descubrí un trabajo de fin de curso que había preparado para una

de sus asignaturas. El trabajo ya tenía veinte años. En la primera página aparecían mis comentarios escritos a lápiz, dirigidos a Morrie, y debajo de éstos aparecían los comentarios de él como respuesta a los míos.

Los míos comenzaban: «Querido entrenador...».

Los suyos comenzaban: «Querido jugador...».

Por algún motivo, cada vez que lo leo lo echo más de menos.

¿Has tenido realmente alguna vez un maestro? ¿Un maestro que te viera como algo en bruto pero precioso, como una joya que, con sabiduría, podía pulirse

para darle un brillo imponente? Si tienes la suerte suficiente para encontrar el camino que conduce a maestros así, siempre encontrarás el camino para volver a ellos. A veces, sólo está en tu cabeza. A veces está junto a sus lechos.

Mi viejo profesor impartió la última asignatura de su vida dando una clase semanal en su casa, junto a una ventana de su despacho, desde un lugar donde podía contemplar cómo se despojaba de sus hojas rosadas un pequeño hibisco. La clase se impartía los martes. La asignatura era el Sentido de la Vida. Se impartía a partir de la experiencia.

La enseñanza prosigue.

FIN



MITCHELL DAVID —«Mitch»—
ALBOM nació en mayo de 1958 en
Passaic, Nueva Jersey (EE.UU.). Es un
hombre polifacético que ha ejercido y
ejerce de escritor, periodista, guionista,
dramaturgo, locutor de radio,
presentador de televisión, y músico.

Además, promueve iniciativas fiantrópicas como *The Dream Fund* —que beca a niños sin recursos para que puedan estudiar Arte—, *A Time to Help* —dedicado a las personas necesitadas de Detroit—, o *S.A.Y. Detroit* y *A Hole in the Roof Foundation* —que trabajan con personas sin techo—. En la foto, el autor con el profesor Morrie, protagonista de este libro.

Notas

[1] *Just say No* y *Just do it* son dos eslóganes de los años noventa. El primero, de una campaña contra la droga; el segundo, de una marca de material deportivo. Fuera de su contexto, su mensaje es claramente contradictorio. (N. del T.). <<

[2] En Estados Unidos, el primer lunes de septiembre. (N. del T.). <<